

FENOMENOLOGÍA DE LOS ENTEÓGENOS:

*Su dimensión espiritual y cognitiva*

POSIBILIDADES DE CONOCIMIENTO EN ESTADOS MODIFICADOS DE  
CONCIENCIA PRODUCIDOS POR HONGOS PSILOCÍBICOS

DUVÁN RIVERA ARCILA

UNIVERSIDAD DE CALDAS

FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA

MAESTRÍA CULTURAS Y DROGA

MANIZALES

2010

FENOMENOLOGÍA DE LOS ENTEÓGENOS:

*Su dimensión espiritual y cognitiva*

POSIBILIDADES DE CONOCIMIENTO EN ESTADOS MODIFICADOS DE  
CONCIENCIA PRODUCIDOS POR HONGOS PSILOCÍBICOS

DUVÁN RIVERA ARCILA

Tesis de postgrado para optar al título de Magíster Culturas y Droga

JORGE ECHEVERRI GONZÁLES

Director de Tesis

UNIVERSIDAD DE CALDAS

FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA

MAESTRÍA CULTURAS Y DROGA

MANIZALES

2010

## AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mis más sinceros agradecimientos a mi familia, por su apoyo incondicional durante todo el tiempo que tomó la realización de este trabajo y el período de estudio de la maestría. Su educación me dio la fortaleza para tener la vista puesta siempre en un luminoso horizonte, perfilado por la honestidad, la humildad y la sencillez.

A Luisa, mi dulce y cálida compañera, quien con su amor me ha enseñado a vivir.

A Jorge Ronderos y Jorge Echeverry, por brindarme su amistad y la libertad para emprender la búsqueda de nuevos caminos.

A todos mis amigos, por compartir su tiempo conmigo y escuchar las reflexiones de los ires y venires en este recorrido.

A las personas que compartieron conmigo su saber.

Y finalmente, quiero dar gracias a la Vida por darme la oportunidad de vivir momentos inolvidables; de aprender a vivir; de encontrar el camino sagrado de la vida y poder **ver** nuevamente lo divino en Todo.

## TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	5
UNA CUESTIÓN FENOMENOLÓGICA.....	19
A TÍTULO PERSONAL.....	27
LA “MONTAÑA MÁGICA” Y EL CAMINO DEL HONGO .....	41
MÉXICO: <i>hora de actuar</i> .....	110
ARMONIZAR LA VIDA .....	164
UNA ÚLTIMA LECCIÓN .....	183
BIBLIOGRAFÍA.....	186
ANEXOS.....	190
Anexo A. ....	190
Anexo B. ....	204

## INTRODUCCIÓN

*Tenemos los ojos cubiertos por unos  
velos y cuando alcanzamos ciertos  
niveles de conciencia, los velos caen  
y durante un breve instante, vemos  
como nunca antes vimos.*

*Oh Shinnah (McFADDEN, 1992: 162)*

Éstas son las palabras de una mujer de conocimiento, una guerrera. Una mujer que ve con otros ojos, a través de las enseñanzas que recibió de su padre de tradición apache; de su madre de los mohawk; y de su bisabuela de quien “heredó tradiciones que cree son anteriores al tiempo” (McFADDEN, 1992: 149). Tradiciones culturales de los indígenas norteamericanos; por medio de las cuales aprendió una forma de *ver* y *vivir* en el mundo, en equilibrio con él, en armonía con las manifestaciones de la vida. Una manera sagrada de *ver* y *vivir* en el planeta tierra.

Para ello ha de alcanzarse otro tipo de conciencia que, a los ojos de nuestra tradición, aparece lejana, muy lejana, en nuestro horizonte. La razón de su lejanía se halla en el meollo mismo del tejido cultural desde el cual estamos viendo; en otras palabras, la cultura en la que hemos sido formados es nuestro mayor impedimento, nuestro mayor obstáculo.

Como un velo se cierne sobre nuestros ojos. Incapaces incluso de reconocer que sobre nosotros se encuentra este velo. Somos uno con él. Vemos el mundo como nos enseñaron a verlo; actuamos, sentimos y pensamos de acuerdo a ello. Pero, ¿es *esto* todo?; ¿*esto* es la vida?, nos preguntamos a nosotros mismos, al sentir palpar la energía de la vida en nuestro interior.

Energía que nos desborda; energía que probablemente no seamos capaces de reconocer, pues no se acomoda dentro de los patrones culturales aprendidos. Mas su fuerza es tal que no queda otra respuesta a tal cuestionamiento que decir: No. Esto no puede ser Todo. Esto no puede ser la Vida.

Sin embargo, ha tenido lugar un acontecimiento en nuestras vidas al cuestionarnos de esta forma. El cuestionamiento ha aflorado, porque súbitamente hemos alcanzado otro nivel de conciencia, originado por la energía de la vida que llevamos en nosotros. El velo ha caído y, por un breve instante, hemos *visto* como nunca antes habíamos *visto*.

Por breve que haya sido este instante, ha sido suficiente para que un recuerdo quede grabado en nuestra *memoria*. Entonces, dependerá de nosotros si confiamos, tras pasar el fugaz destello, en lo que hemos *visto* o lo dejamos pasar como algo sin importancia. En ello está nuestra vida. Ir en busca de lo que hemos *visto* (algo con otro valor dado que no hacía parte de lo que estaba en cuestión), o dejarse ser parte de la cultura adquirida, teniendo la conciencia de que por un

breve instante se ha vislumbrado un horizonte amorfo, pero significativo, pues se ha *visto* con otros ojos.

A la búsqueda de *lo otro* me he entregado. El resultado de ello es el escrito que el lector encontrará a continuación. Un escrito que se suponía presentara resultados de acuerdo a los lineamientos establecidos para una investigación de tipo académico; dado que ha sido desarrollada en el marco de un estudio universitario de maestría.

No obstante, como podrá percatarse el lector en el proceso de lectura, el escrito no responde a tales lineamientos, empezando por su estilo narrativo. Las razones de ello se encuentran sugeridas en las palabras precedentes con las que he comenzado esta introducción. Es decir, el presente escrito responde a una búsqueda personal, no a un interés académico ni intelectual. Con esto no se pretende marcar límites excluyentes entre ambos campos de búsqueda. Todo lo contrario.

La búsqueda que emprendí la inicié justamente en el territorio académico, caminando por los terrenos de la filosofía; y la continué en el mismo territorio, pero con la mirada puesta en otro horizonte. El que me abrieron las plantas sagradas. Desembocando así en esto: un escrito en el que se conjugan mi formación académica y mi búsqueda personal.

El escrito, la comprensión, la visión, no los hubiera alcanzado de no ser porque la energía de mi búsqueda le dio un norte a lo aprendido en la academia; pero esto,

a su vez, me proporcionó no sólo las bases para lograr una visión más amplia de la cultura en la que hemos sido formados, sino también la posibilidad de conocer personas de gran valor. En resumidas cuentas, el escrito condensa una experiencia de vida.

Otra razón por la cual no se siguen estrictamente aquellos lineamientos, se debe a que, en tanto reproducen los supuestos culturales que precisamente están en cuestión, no consideré adecuado ni pertinente repetirlos. Diríase que es una cuestión ética. Por ello mismo la metodología ha seguido otros criterios, hablando en términos de investigación.

Veamos detenidamente el motivo de esto. “Durante un breve instante, vimos como nunca antes vimos”. Este breve instante es propiciado, para llamarlo de alguna forma, por aquél acontecimiento primordial; esto es, el momento en que se genera el cuestionamiento.

Al poner en cuestión la realidad que vemos y de la que hacemos parte, nos desprendemos de ella, tomamos distancia, descorriendo el velo por aquél breve instante. El recuerdo queda y con él una conciencia de otro tipo, puesto que se ha visto la realidad desde otro ángulo, además de que se ha tenido una experiencia desde la diferencia. Momentos como éste, experiencias como ésta, pueden sucederse en otros instantes de la vida, pero pierden su valor primordial al ser acomodados en el continuo de la vida habitual.



El acontecimiento primordial provocó en mí una profunda inquietud. Persistí entonces en tratar de comprender aquello que por breves instantes había vivido. Busqué comprensión<sup>1</sup> en la filosofía; pero obtuve un conocimiento intelectual que no me proporcionaba un acercamiento mayor a lo que buscaba. Fue la fenomenología la que más cerca me llevaría. Sin embargo, esto sería posible sólo gracias a los hongos<sup>2</sup>; puesto que, ellos me abrieron “las puertas de la percepción”<sup>3</sup>; alcanzando por intermedio de ellos una experiencia con las mismas características a las del acontecimiento primordial, tan sólo que ahora no fue por un ‘breve instante’, sino infinito. Un instante sin tiempo. Logrando además el

---

<sup>1</sup> “Knowledge is acquired when we succeed in fitting a new experience into the system of concepts based upon our old experiences. Understanding comes when we liberate ourselves from the old and so make possible a direct, unmediated contact with the new, the mystery, moment by moment, of our existence.” (El conocimiento es adquirido cuando tenemos éxito en encajar una nueva experiencia dentro del sistema de conceptos basados en nuestras viejas experiencias. La comprensión llega cuando nos liberamos de lo viejo y hacemos así posible un contacto directo, sin intermediarios, con lo nuevo, el misterio, momento a momento, de nuestra existencia). {HUXLEY, 1960:377}. Esta diferenciación que hace Huxley entre conocimiento y comprensión encaja perfectamente con aquello de lo que vengo hablando. Dado que el acontecimiento primordial es una experiencia nueva que no encaja dentro del sistema conceptual proporcionado por nuestra cultura, juzgando la nueva experiencia como algo sin valor. La definición de Huxley para comprensión da cuenta en gran medida de lo que quiero mostrar con lo que sucede en ese “breve instante”. Aunque esto no significa que me adhiera a la postura epistemológica de Huxley, puesto que para mí el conocimiento no se reduce a esta mera operación.

<sup>2</sup> Hongos psicodélicos (*Stropharia cubensis*, fue el hongo con el que tuve todas mis experiencias). Reciben el calificativo de psicodélicos debido al alcaloide determinado como principio activo en el proceso bioquímico al ser consumidos por seres humanos. Sus principios activos son dos: la psilocibina y la psilocina, su forma activa. Dichos principios activos fueron aislados y sintetizados por el químico suizo Albert Hofmann, quien pudo dar con ello por medio de bioensayos. (Para ver con más detalle sobre la historia de su descubrimiento para Occidente ver nota al pie de página Nº 25, pags. 57 – 58).

En el presente escrito los hongos psicodélicos reciben diferentes nombres, cuyo sentido está dado por la experiencia con ellos, según el momento y el tipo de experiencia. Nombres como ‘niños santos’, honguitos, amiguitos, el Hongo, todos se refieren al mismo hongo. Su sentido está dado por la experiencia y el momento en que ésta se dio. No tengo un criterio establecido para diferenciarlo, el único es la experiencia. Esto hace parte del intento por mostrar un cambio de perspectiva; otra forma de *ver* las cosas.

<sup>3</sup> Éste es el nombre del famoso libro de Aldous Huxley, en el que narra su primera experiencia con mescalina, la cual le fue proporcionada por el psiquiatra Humphry Osmond, quien además fue quien acuñó el término psicodélico. Huxley titula así su escrito en referencia a un fragmento del poema de William Blake, titulado *El matrimonio del cielo y la tierra*, el cual utiliza como epígrafe de su libro. Dice así: *Si las puertas de la percepción quedaran depuradas, todo se habría de mostrar al hombre tal cual es: infinito.*

acceso a un entendimiento de la fenomenología en sus lineamientos iniciales; debido a que la experiencia que me proporcionaron los hongos me permitió asimilar algunos conceptos y algunas ideas centrales de la fenomenología que permanecían para mí lejanos, como pertenecientes a otro reino.

Los hongos psicodélicos dan acceso, por consiguiente, a otro tipo de experiencia, y con ella a otras formas de conocimiento. Un conocimiento primario, esencial, intuitivo, podríamos decir, más o menos en el sentido en que sobre éste habla Henri Bergson<sup>4</sup>.

Brindan la oportunidad de una experiencia sumamente particular, una experiencia enteogénica<sup>5</sup>; esto es, una experiencia sagrada, hablando con todo el sentido de

---

<sup>4</sup> “Llamamos intuición a la *simpatía* por la cual nos trasportamos al interior de un objeto para coincidir con lo que tiene de único y por consiguiente de inexpresable.” (BERGSON, 1973:16). Bergson establece una diferencia entre conocimiento por intuición y por análisis; siendo el primero uno que alcanza lo absoluto al conocer desde dentro; mientras que el segundo se queda en lo relativo, al situarse fuera de la cosa, tomando diferentes puntos de vista y refiriéndose a ella por medio de símbolos. En cambio, el primero entra en la cosa misma.

<sup>5</sup> Este tipo de hongos, al igual que otras plantas sagradas (valga la aclaración de que los hongos constituyen un reino independiente, de manera que no clasifican como plantas en términos botánicos) desde el momento en que incursionaron en el ámbito cultural occidental a partir del siglo XIX hasta el presente, han recibido diversos nombres con el fin de determinar el carácter particular de la experiencia que desencadenan (alucinógeno, psiquedélico, pisodisléptico, entre otros). Uno de ellos y al que nos adherimos aquí, desde la perspectiva en que lo maneja Jonathan Ott, es el de enteógeno. Por esta razón, hacemos referencia a la nota 10 del libro de Ott *Pharmacophilia* o los paraísos naturales, pues él mismo estuvo en el comité de estudiosos que acuñaron el término.

“ENTEÓGENO *nov verb.* –Sacramentos vegetales o embriagantes chamánicos que evocan éxtasis religioso o visionario, utilizados habitualmente en el mundo antiguo para trances adivinatorios en curación chamánica y en Sagrada Comunión, por ejemplo durante la iniciación a los Misterios de Eleusis o en el sacrificio del *soma* védico. Literalmente: devenirse divino por dentro. El neologismo fue acuñado a instancias del difunto R. Gordon Wasson partiendo del término griego que define la inspiración divina, *ενθεοζ* (*entheos*), por un comité *ad hoc* que contó con los filólogos clásicos Carl A.P. Ruck y Danny Staples y, como enteobotánicos, con Jeremy Bigwood y yo mismo. Aunque nuestro neologismo es a veces mal interpretado, como si fuese sinónimo de *psiquedélico* o *alucinógeno*, en realidad se trata de un término más amplio que carece de los referentes farmacológicos implícitos en esos controvertidos y peyorativos epítetos; se refiere más al *contexto cultural de uso* que a las propiedades farmacológicas. También vale la pena apuntar que muchos términos científicos acuñados para describir los efectos visionarios de los embriagantes chamánicos están

la palabra, si es que es posible en nuestros días tener una remota idea de a qué se refiere, cuando esta vital dimensión de la realidad se encuentra fuera de nuestro mundo circundante. No a causa de que lo sacro se haya perdido en el limbo o porque la diosa Razón haya iluminado hasta tal punto nuestros espíritus permitiéndonos ver la falsedad que se ocultaba tras aquellos viejos dioses representados en cuentos infantiles (mitologías). La razón de ello se encuentra en que hemos perdido la capacidad de *ver* y se nos ha olvidado cómo vivir en equilibrio.

La cultura Occidental, de la que hacemos parte, ha expulsado de su territorio lo sacro, restringiendo nuestra forma de ver, sentir, pensar, actuar, en fin, de ser, al imperio de la materia. El mundo se ha vuelto objeto y con él el espíritu. La dualidad se ha instaurado, y recuperar la unidad perdida por medio de los aparatos epistemológicos que perpetúan la escisión es una tarea absurda.

Sin embargo, por muy enajenados que estemos, la energía sagrada de la vida sigue fluyendo por el mundo y por nosotros, recordándonos que ahí está, a través de esporádicos acontecimientos primordiales. Pero como en un comienzo lo decía, de nosotros depende si escuchamos la voz que tal acontecimiento ha despertado en nuestra conciencia y la energía que con ello fluye en nuestro corazón, o hacemos caso omiso despojándolo de su valor y fuerza.

---

tácitamente imbuidos por el concepto baudelairiano de artificialidad, especialmente *alucinógeno*, «que produce percepciones falsas o delusiones», *piscotomimético* «que simula psicosis» (síntoma de la cual son las alucinaciones), *psicodisléptico* «que causa disfunción mental», *delusionógeno*, *delirante*, etc.” (OTT, 1998: 99).

Volviendo sobre mis palabras, los hongos enteogénicos desencadenan una experiencia sagrada. La unidad con Todo es posible de ser vivenciada. Somos UNO con la Vida y la Vida es UNA con nosotros. Una comprensión inmediata de las cosas, prístina y evidente es susceptible de alcanzarse.

A raíz de ello, como ya lo mencionaba, un conocimiento de otra índole, un conocimiento intuitivo, cuyas fronteras nos son completamente desconocidas, se perfila en el horizonte. Un conocimiento que deviene de la fluyente energía sagrada unificante que trasciende nuestra experiencia habituada; que trasciende los límites de nuestra cultura; que desborda nuestras capacidades intelectivas y nuestro limitado y limitante ego.

En esta experiencia encontré la fenomenología y pude comprender su lema *Hacia las cosas mismas!* En términos generales, se puede asimilar la experiencia enteogénica con hongos psilocínicos a la experiencia fenomenológica. Es decir, podemos afirmar que en la experiencia enteogénica se supera la dualidad de la actitud natural por medio de la modificación de la conciencia producida por sus componentes activos. Modificación que, en mi opinión, es completamente equiparable a aquel acto que constituye en la fenomenología el segundo paso<sup>6</sup> del método fenomenológico: la epojé o “puesta entre paréntesis” de la tesis de la actitud natural.

Para ello, es si no imaginarse la concentración o, como también podríamos llamarla, la energía requerida en el espíritu necesaria y suficiente para *suspender*

---

<sup>6</sup> El primer paso es el reconocimiento de la dualidad inherente a nuestra actitud natural.

nuestros juicios, supuestos, hábitos mentales, es decir, todo lo implicado en nuestra actitud natural en el mundo; para que de esta forma todo ello quede suspendido en el tiempo y en el espacio, provocando necesariamente en nuestra conciencia, una modificación tal que le permita retrotraerse o, como diría don Juan Matus, “detener el mundo”<sup>7</sup> hasta el punto en que las limitaciones culturales como la dualidad onto-epistemológica cesen de tener validez, aligeren sus cargas sobre nuestro espíritu y podamos flotar de manera tal que alcancemos el estado de unidad desde el cual podremos *ver* las cosas tal y como son, desnudas, en su

---

<sup>7</sup> Don Juan, hablando con Castaneda sobre el silencio interior, le dice: “El resultado deseado es lo que los antiguos chamanes llamaban *detener el mundo*, el momento en que todo lo que nos rodea cesa de ser lo que siempre ha sido [...].

Don Juan me aseguró que el *silencio interno* es una avenida que conduce a la verdadera suspensión del juicio, a un momento en que los datos sensoriales que emanan del universo dejan de ser interpretados por los sentidos; el momento en que la cognición deja de ser la fuerza que, a través de uso y repetición, decide la naturaleza del mundo.” (CASTANEDA, 2000: 149). Es curioso encontrar en un libro ajeno por completo al ámbito filosófico y más aún al fenomenológico, ideas, expresadas en otro contexto, pero que apuntan hacia lo mismo y prácticamente con las mismas palabras. Aunque lo interesante no es el hecho de encontrar similitud de expresiones, sino que tomadas en serio podemos, digámoslo así, confirmar que están haciendo referencia a un tipo particular de experiencia, una experiencia que es lugar común para distintas disciplinas que andan tras lo mismo: una experiencia directa de la realidad. ¿Por qué habrían de tener menos validez estas afirmaciones de Carlos Castaneda en lo que es considerado un escrito de carácter literario (no antropológico, pues desde éste ámbito ha sido tajantemente rechazado) que las que podría hacer, digamos, un fenomenólogo que habla sobre el experiencia fenomenológica? También es llamativo la similitud de nociones, en cuanto al camino para llegar a este tipo particular de experiencia, entre lo que acabamos de leer de Castaneda y Jonathan Ott, quien por cierto es firme en el rechazo al trabajo de Castaneda. Jonathan dice lo siguiente: “estos embriagantes sagrados se emplean para *contraer la mente*, para acallarla, si se prefiere; no para *expandir* la conciencia, sino para *someterla* o anularla. Describiría las propiedades espirituales que busco en los enteógenos como un «dejar fuera de combate» la mente racional y su espíritu tutelar, el ego; aventurarse más allá del pensamiento y la razón, de las etiquetas lingüísticas y sus correspondientes conceptos; anhelar reinos *translingüísticos* de percepción directa y desnuda, lo inefable más allá de palabras, que Platón describió acertadamente como *arquetipos* o *ideas* tras las construcciones mentales determinadas por nuestra programación lingüística.” (OTT, 1998: 141 El subrayado es mío). Me parece escuchar la voz de Castaneda de fondo. La cuestión es ésta: si fuéramos a las cosas mismas, en vez de estar cortando cabezas como con una hoz que porque aquél no entregó material etnográfico de su estudio en tal o cual comunidad, tal vez podríamos aprender a ver algo más en esta vida. Es decir, por su supuesta falta de coherencia en ciertos elementos de su obra, no es suficiente para descartar tajantemente algunos caminos que Castaneda muestra en sus libros como vías de conocimiento. Si vamos directamente a lo que muestra, tal vez podamos ver más de lo que creemos.

esencia; o desde dentro, como diría Bergson<sup>8</sup>. Ahora bien, ¿hay en este acto o no una modificación de la conciencia? y no de cualquier tipo. A mi juicio, definitivamente lo hay.

Así, ambas experiencias llegan, dentro del inconmensurable ámbito de la unidad, a un lugar común. Mas, sin embargo, existe una diferencia de vital importancia. La experiencia liberada por los enteógenos, sean hongos, ayahuasca u otros de este tipo, es de carácter sagrado. Algo de lo cual carece la fenomenológica. Que ésta pueda ser interpretada también como sagrada, pues claro que es posible. Pero tal carácter no tiene presencia en el discurso fenomenológico desarrollado por Edmund Husserl. Las razones de esta ausencia en gran parte de la filosofía Occidental no son motivo de discusión en este trabajo. De todas formas, es una diferencia que delimita los posibles caminos<sup>9</sup>. Como el emprendido en este trabajo.

El camino trazado en el presente escrito, es un camino con corazón. Ha sido así, porque de allí, del corazón, deviene el saber intrínseco a la vida; el saber que armoniza; un saber con raíces en la tierra, esto es, en conexión con *todo*. Es el saber que descubren los enteógenos, las plantas sagradas. Mientras que, un conocimiento sin corazón, es uno que no tiene vínculos, desarraigado, que puede tomar cualquier rumbo.

---

<sup>8</sup> “Visto desde dentro, un absoluto es, pues, cosa simple; pero considerado desde fuera, es decir, relativamente a otra cosa, se convierte, con relación a los signos que lo expresan, en la moneda de oro cuyo cambio nunca concluye de pagarla.” (BERGSON, 1973: 16.)

<sup>9</sup> Al respecto se habla con más detalle en el apartado inicial: Una cuestión fenomenológica.

Al contrario, los enteógenos, como los hongos, enseñan un camino, en la medida en que uno entre en contacto con su espíritu<sup>10</sup>. Se entabla entonces una relación, un diálogo. En él comprendí que si quería *saber*, entonces mis intenciones debían ser claras. Así que desde el momento en que emprendí con decisión el camino dibujado por el hongo, aclaré mi intención: aprender. Aprender a vivir y aprender a ver. Es lo único que necesitamos.

Por consiguiente, la forma que encontré para llevar a cabo esto fue, primero, por medio de la autoexperimentación o bioensayo<sup>11</sup>; y segundo, la descripción

---

<sup>10</sup> Jacques Mabitt, fundador del Centro Takiwasi para rehabilitación de toxicómanos con plantas tradicionales, entre las que se cuenta la ayahuasca, define de esta manera espíritu: “En cada planta, una vez que la conoces, ingiriéndola y experimentando sus efectos, comienzas a percibir o a sentir de un modo progresivo, una entidad, una personalidad, una estructura, una matrix, la cual posee inteligencia porque puedes comunicarte con ella. Es una comunicación en dos sentidos: no hay cuerpo, la planta está físicamente ahí, puedes tocarla y verla, pero el espíritu de la planta no está contenido en esa planta individual sino en las plantas en general; es un espíritu colectivo. Así que, algo que se comunica, es inteligente, es sensible y te permite conectarte con él, es llamado un espíritu.” Documental titulado The Snake and I. Parte IV. Cargado en la red por YouTube.

La definición me parece apropiada y me adhiero a ella. Pues esto es algo de lo que se puede tener experiencia con los hongos.

<sup>11</sup> El bioensayo se podría denominar como un modo de conocimiento por vía directa, a través de la autoexploración o autoexperimentación. Jonathan Ott, experto en el tema, afirma que el proceso de bioensayo humano, es el más eficaz, y el único *éticamente aceptable* en el caso de fármacos visionarios. (OTT, 1998:122). Es, por lo tanto, un método de investigación que ha sido desarrollado tanto en el campo de la ciencias, como la farmacología, la química, la medicina, como en el de las humanidades, pasando por la literatura (Baudelaire, Ernst Jünger, Henri Michaux, Aldous Huxley, entre otros) hasta la filosofía (como dato curioso, el pensador francés Jean-Paul Sartre probó en su momento la mescalina, pero su experiencia fue tan mala que pensó que iba enloquecer, pues aún después de los efectos seguía percibiendo langostas que lo perseguían).

Por la vía del bioensayo se lograron grandes avances científicos, hasta llegar a lo que Ott llama la farmacia celestial. Esto es, compuestos enteogénicos purificados; aislados, sintetizados y producidos en laboratorios. El primero de éstos fue la mescalina por parte del químico alemán Arthur Heffter, quien por la vía del bioensayo determinó cuál de los cuatro alcaloides puros que había aislado del cacto *péyotl* (*Lophophora williamsii*), era el “responsable de los principales síntomas del envenenamiento por peyote (mescal). Esto es aplicable a sus singulares visiones.” (Citado por OTT, 1998:32). El alcaloide recibió el nombre de Mezcalin. El químico alemán le abrió la puerta a los bioensayos psiconáuticos al ser el primero en emplearlos en la búsqueda fitoquímica de un principio activo específico. Por esta razón, este proceso de bioensayo recibió el nombre de Técnica Heffter.

fenomenológica de mi vivencia. Ambos caminos se reunieron en uno solo para así formar lo que podemos llamar el bioensayo fenomenológico.

Llamo aquí bioensayo fenomenológico a la propuesta metodológica que parte del método fenomenológico, tomando del mismo sólo los dos primeros pasos: reconocimiento de la actitud natural como modo de conciencia habitual, propia a la cultura Occidental; y modificación de esta conciencia con la “puesta entre paréntesis” de la tesis de dicha actitud.

Se asume entonces hasta aquí el método fenomenológico, para vincularlo en este punto con el bioensayo. Con el bioensayo entra a participar en este camino el elemento encargado de la modificación de la conciencia, que en el presente trabajo se trató de los hongos psicodélicos.

La vinculación del bioensayo al método fenomenológico se fundamenta en el hecho de que la experiencia personal<sup>12</sup> es no sólo el punto de encuentro sino también el punto de partida para la indagación. Ambas formas de conocer le

---

La misma técnica que emplearía Albert Hofmann para elucidar los principios activos de los hongos visionarios mexicanos, dando como resultado la psilocibina y la psilocina, su forma activa. Esta tarea estuvo a cargo suyo, luego de que descubriera por “casualidad” el enteógeno más potente hasta ese momento conocido: La LSD. El descubrimiento fue también propiciado por la vía del bioensayo.

Por esta misma vía Aldous Huxley tuvo contacto con la mescalina, producto de esta experiencia fue el renombrado libro *Las puertas de la percepción*. El bioensayo se perfila de esta manera como una vía de conocimiento que tiene como punto de partida los datos primarios de la experiencia. Aplicable no sólo al campo de las ciencias naturales, sino también humanas. Incluso más que ciencias humanas, deberíamos decir el campo de la creación artística. Y aún más que esto, deberíamos sencillamente afirmar que es una vía de conocimiento del espíritu humano.

<sup>12</sup> En la introducción a *La filosofía como ciencia estricta*, leemos lo siguiente de voz del comentarista: “Husserl se proponía reformar la filosofía, a fin de elevarla a condición de ciencia rigurosa [...]”. Esta reforma conducía a una filosofía de orientación subjetiva, en dos sentidos: por lo que concierne al sujeto, la filosofía es una tarea personal, un saber que cada uno adquiere por sí mismo, apoyándose en sus propias evidencias, y del que cada uno es responsable en su punto de partida y en sus pasos sucesivos.” (HUSSERL, 1969:31). He aquí la responsabilidad con el saber que la experiencia nos proporciona.



confieren un lugar preeminente a la propia experiencia, en tanto fuente primaria de conocimiento.

Los enteógenos cumplen la función de catalizadores de una experiencia que brinda la posibilidad de percibir el mundo de un modo diferente, y a la luz de *otro* modo de conciencia. Es entonces cuando la experiencia fenomenológica tiene lugar. Pero cuando estamos al otro lado del espejo, adónde vamos y adónde lleguemos, dependerá de la intención con la que hayamos entrado. En este punto hago énfasis en que la intención ha de estar vinculada con el corazón; con aquello que nos hace seres humanos, seres vivos, seres de la tierra que andan sobre ella conscientes de sí mismos. Es todo lo que se requiere, en especial, cuando nos aventuramos de cuerpo y alma en los territorios de lo sagrado.

Este fue el camino en el que me embarqué desde el comienzo de la maestría. Producto de una inquietud de años atrás a la que permanecí fiel gracias a las bonitas oportunidades que la vida me ha brindado. De esta búsqueda ha resultado este escrito. Uno que pude **ver** en cada palabra, cada frase, cada recuerdo; por ello lo escribo como lo **ví**.

Mi intención no era estrictamente la de hacer un escrito de carácter literario, aunque haya resultado, hasta cierto punto, con este tinte. Mi intención fue la de narrar una experiencia con el lenguaje de la misma; su propio lenguaje, no mediado por teorías o armazones conceptuales que realitizaran la experiencia, para usar los términos de Bergson. Si no, precisamente, que fuera narrada desde

su interior, porque sólo así podría mostrarla tal y como es. Sólo así conservaría su unidad. Unidad que pude **ver** sólo gracias a las enseñanzas y los aprendizajes del Hongo y la madre ayahwasca. Sólo así pude experimentar la transformación que buscaba. Sólo así pude *comprender*.

## UNA CUESTIÓN FENOMENOLÓGICA

“[...] Toda intuición en que se da algo originariamente es un fundamento de derecho del conocimiento” (HUSSERL, 1995:58).

Edmund Husserl fue un hombre de conocimiento. A la luz de una intuición fundó la fenomenología. *Vio* la unidad indisoluble entre el hombre y el mundo. *Vio* que allí había otra forma de conocimiento, de otra índole; un conocimiento primordial, originario. Un conocimiento con *sentido*. Fiel a la evidencia de su intuición y al *otro* mundo que se descubría con ella (el mundo de la vida – el mundo de las esencias), labró un camino (método) con pretensiones universales, por medio del cual todos pudiéramos tener acceso a dicho mundo; acceso a este conocimiento.

A través de este camino aspiraba también a un nuevo comienzo; a “una reconstrucción radical de la filosofía como UNIDAD UNIVERSAL DE LAS CIENCIAS en la unidad de una FUNDAMENTACIÓN ABSOLUTAMENTE RACIONAL” (HUSSERL, 1988:4). En su aspiración podemos ver la riqueza de lo descubierto que lo impulsaba a emprender una nueva fundamentación de todas las ciencias, a la luz de su intuición originaria. Definitivamente Husserl *vio* algo con evidencia absoluta, más allá del espacio y el tiempo. Incorpóreo e inmaterial no

era una cosa, era la *esencia*. Por ello, la fenomenología es el estudio de las esencias; y su lema: ¡Hacia las cosas mismas! (Zum Sachen selbst!).

Veamos la forma en que Husserl quiere llevarnos allí por medio del camino dibujado en el método fenomenológico. El primer paso saber dónde estamos parados. Conciencia indispensable para dar el segundo. Aunque la pregunta es inadecuada. No es ¿dónde estamos parados?, sino ¿cómo estamos parados en el mundo?, ¿cómo lo asumimos?

Día a día nos vemos arrastrados por las actividades cotidianas; por las labores y las rutinas a las que nos hemos entregado, en un mundo convalidado por nosotros a través de nuestros actos, pensamientos y sentimientos; es decir que, en cada instante que lo hacemos, con cada partícula de nuestro ser, nos estamos entregando a él, adhiriéndose a nosotros en una sola actitud: la actitud natural. Ésta es la actitud con que asumimos el mundo y vivimos en él, dándolo por supuesto.

Adheridos a él nuestros juicios siguen su rumbo, coherentes con el mundo que convalidamos, no habiendo espacio entre él y nosotros para el cuestionamiento. Menos aún cuando hemos sido implicados en su ver y ser en el mundo, por medio de un sistema educativo. Vemos y somos según la educación cultural que recibimos. La misma que permite que en estos momentos el lector comprenda el lenguaje, el idioma y la sintaxis con la que me expreso; la palabra con la que

vemos el mundo. Somos hijos de la cultura Occidental; una cultura racional. La misma a la que pertenece Husserl.

La racionalidad imperante en ella, ha traído para el ser humano, la vida y la vida en el mundo, una serie de consecuencias en su gran mayoría perjudiciales, las cuales no son de la incumbencia de este trabajo, a excepción de una: la dualidad. Comúnmente se le conoce como la dualidad epistemológica sujeto – objeto. Pero esta clasificación oculta otra realidad: la ontológica. Es decir, la dualidad no se queda simplemente en los lindes del conocimiento, sino que abarca también los del Ser. La relación entre ambos es directa, pero ocultada subrepticamente por la clasificación, la cual en sí no es más que un producto de la dualidad.

De manera que la educación que recibimos es una educación dual, con todas las implicaciones que ello trae para nuestra vida en el mundo. Por consiguiente, habitualmente nos movemos en el mundo en una *actitud natural dualista*. Ahora que sabemos esto, veamos el segundo paso sugerido por Husserl.

El siguiente paso es dejar de movernos como lo veníamos haciendo. Detener el tiempo sin rumbo, precipitado por los juicios y los supuestos del mundo convalidado en la actitud natural dualista. Desprendernos de él y dejar de convalidarlo. Acto al que Husserl le da varios nombres, como “poner fuera de juego” la tesis de la actitud natural; o “colocarlo entre paréntesis”, lo cual finalmente recibe el nombre de “epojé”. La epojé fenomenológica.

La epojé es un acto por medio del cual damos el paso al otro lado del espejo. Nuestra conciencia es el espejo de la cultura adquirida. En la actitud natural somos el reflejo de ella; con la epojé dejamos de serlo para simplemente ser ahí, ni reflejo ni reflejante, sólo *algo* en medio de los dos. Un ojo incorpóreo que ve sin ser visto. Es ahí, en ese instante intemporal, cuando podemos *ver*<sup>13</sup>.

Husserl ha rescatado el valor y la fuerza de este acto de Descartes, entendido con el intento de duda universal; aunque aclara que se sirve de él “como *instrumento metódico* para poner de relieve ciertos puntos que son susceptibles de ser sacados a luz con evidencia mediante este intento en cuanto entrañados en su esencia” (HUSSERL, 1995:70) Puntos como, por ejemplo, “un determinado modo *sui generis* de conciencia” (HUSSERL, 1995:71), resultante de la “puesta entre paréntesis” de la tesis de la actitud natural.

Hay, por lo tanto, en la epojé fenomenológica una modificación de la conciencia, originada por el intento de cambiar el punto de vista al buscar “desconectarse” de la actitud natural. Hay una inmensa fuerza en este acto; o, por lo menos, es requerida. ¿De dónde la extrae Husserl? ¿De la estricta disciplina que caracteriza al espíritu alemán? ¿De un elemento exógeno? En realidad, no lo creo. Este tipo de fuerza es del espíritu. La fuerza espiritual de Husserl provenía de la claridad y la firmeza en su búsqueda desinteresada por el conocimiento.

---

<sup>13</sup> “La *‘visión’ directa*, no meramente la visión sensible, empírica, sino la *visión en general, como forma de conciencia en que se da algo originariamente, cualquiera que sea esta forma*, es el último fundamento de derecho de todas las afirmaciones racionales. Función jurisdiccional sólo la tiene porque y en tanto que en ella se da algo originariamente” (HUSSERL, 1995:50).

Con este paso hemos accedido a “una región del ser, por principio *sui generis*” (HUSSERL, 1995:76). Nos encontramos allí, presencias inmatrimales. *Vemos* el mundo tal y como es. Ahora, ¿cuál es el siguiente paso? De él dependerá la mirada con la que volveremos a ver el mundo. En esta región del ser, caminos hay cuanto colores hay en la vida. Husserl escogió el verde del intelecto<sup>14</sup>; como lo veíamos al comienzo “UNA FUNDAMENTACIÓN ABSOLUTAMENTE

---

<sup>14</sup>“Veras, este día hablamos de los cinco puntos energéticos, son los cinco puntos con colores, son el numero por excelencia, 5, un numero que representa también lo no creado y lo creado, el orden y el caos, la vida y también la muerte. Después de haber trabajado con don Julian durante varios años he podido dibujar un mapa, el inicio es blanco porque es la entrada, la inocencia, el nacimiento, cuando la voluntad apunta la energía hacia adelante. Podemos considerar que todo ser humano esta en este nivel, en general pero no siempre. Este color es un punto como una figura geométrica, como el inicio de una formula y es el cuerpo, tu cuerpo. La casa, la torre, el instrumento de viento como la flauta, la escalera, etc. Hay que curarlo, el solo puede, pero muchas veces esta contaminado por agentes exteriores pero principalmente por la emoción y la mente. Luego viene el sexo, nuestro motor energético, el mas portentoso en nuestra vida porque es el que da la vida y tiene prioridad sobre todo, lo que explica tan bien nuestra conducta con el. Es un mundo rojo, el de la sangre y lleva el conocimiento de una energía propia y poderosa que podemos llevar a trascender y conducir a otros niveles o utilizarla siempre para fines placenteros y volcarnos en el. No es malo, simplemente puede definir así de una vez por todas tu conducta futura. Estos dos primeros puntos hacen una alianza muy efectiva, es lo menos que podamos decir. En tercer lugar es el punto de la emoción, el amarillo, es una energía que liga a los dos primeros, los animales lo tienen como instinto porque juntan dos puntos de energía que son la mente y la emoción, en uno solo y es el instinto. Este punto maravilloso, también puede ser aterrador porque la emoción nos gana siempre, es casi nuestra meta de vida, porque uno obtiene satisfacción y considera que asta aquí es la culminación del entendimiento. Forman una trinidad donde la voluntad es potente, donde culmina la emoción culmina lo mas bello o lo mas cruel, no hay ninguna moral, es un numero de poder y la diferencia reside en que la vida en si puede vivir eternamente con esta construcción. Pero claro no se para aquí, si uno quiere ser completo tiene que seguir avanzando y llegamos al cuarto punto, la mente, algo verde, algo mágico, porque somos la representación de la voluntad y del espíritu en forma humana, somos el hijo del Hombre, poderosamente inteligentes y poderosamente conocedores. Aquí esta el lenguaje, las artes, la religión y nuestra capacidad de crear como dioses y provocar nuestra propia destrucción. La mente es un mundo salvaje, sin limite, pero cuando se conecta con sus puntos anteriores logra una dimensión casi divina pero para eso falta llegar al quinto punto, el corazón, el punto azul y esta geográficamente ubicado en el corazón biológico, en el corazón del universo, en la fuente misma de la voluntad y de la energía creativa y regeneradora.

El ser humano debe atravesar conscientemente los cinco puntos para realizarse como ser completo y curar a los cuatro puntos, curarlos es liberar la energía y cerrarlos, así tendrán un conecte constante entre si y un propio estado de conciencia en si y de si mismo. Libertad en cada uno porque cada uno pertenece al otro y sucesivamente, la libertad es pertenecer, la libertad de la conciencia es viajar con la voluntad y cada presencia es única.

Uno aprende así a leer la vida, a leer el mapa y reconocer el tesoro, si, esta en el centro, y te espera.” Comunicación personal por correo electrónico de Eric Scibor-Rylski, aprendiz del maestro Julián, *mara' akame* huichol. El nombre del correo fue “Con el Espíritu”, enviado el 16 de julio de 2009.

RACIONAL.” Y es que, una vez al otro lado, nuestro camino será configurado por la intención. Husserl debía saberlo; pues ello está contenido en el concepto de conciencia intencional o conciencia *de*.

También entendida como conciencia posicional del mundo, cuyo sentido consiste en que toda conciencia siempre está dirigida al mundo; hacia él se lanza y en él se agota, es decir, no hay contenido alguno en la conciencia porque todo está afuera, superando así la cosificación de la conciencia.

Sin embargo, la energía empleada para realizar el acto de “desconexión”, se encuentra en estado puro al otro lado del espejo, en la *otra* región del ser. De tal modo que, la intención con que allí se llegue, encausará esta energía por uno u otro camino. La intención de Husserl era intelectual, determinando así los siguientes pasos en el método y la construcción conceptual del andamiaje de la fenomenología.

Hasta aquí seguí los pasos de la fenomenología de Husserl. La construcción conceptual y racional de los próximos pasos (reducción eidética, reducción trascendental y retorno al mundo de la vida), no representaban para mí el camino a seguir. Una vez pude pasar al otro lado del espejo, gracias a la fecunda semillita de luz germinada y plantada a través del cúmulo de experiencias con los honguitos, elegí el camino azul, el camino del corazón. No *veía* la unidad que buscaba en el camino del intelecto. Mi intención expresa, alcanzar la serenidad



que otorga ser *UNO* con la vida. Unión sagrada que sólo se alcanza por el camino del corazón.

El para mí árido terreno de la razón, no era lo suficientemente fértil como para que en él floreciera el *sentido*. Mis experiencias con los honguitos en Maltería (la montaña mágica), habían nutrido mi espíritu, brindándome la bella oportunidad de aprehender el *sentido* de los primeros pasos del método fenomenológico; como una preciosa perla multicolor llevaba conmigo este entendimiento obsequiado por los honguitos, esperando el momento en que al unirse con la fecunda semillita de luz, brillara la vida por sí sola en la serenidad de mi espíritu, gracias a un silencio interior alcanzado a través de las enseñanzas del Hongo y de la madre ayahuasca. Enseñanzas sagradas de la vida.

La unidad de espíritu que se me ha permitido vivir, ha hecho posible este escrito. De otra forma no lo hubiera logrado. Aquí narro *una* experiencia. Una experiencia que he podido *ver* gracias a las enseñanzas que la vida me ha permitido recibir en mi caminar. Es una experiencia narrada porque sólo así puedo expresar la unidad de lo vivido en ***sentido***.

Pude ***ver*** el ***sentido*** sólo cuando pude entrar en armonía con mi espíritu y la Vida. Esto lo alcancé gracias al ***intento***. Las enseñanzas del Hongo que formaron un tejido entre mi corazón y la música, me brindaron la confianza que determinó mi voluntad para *intentar* este escrito de esta manera. El resultado: un tejido, bordado con la fortaleza de la serenidad, la firmeza de la sinceridad, la claridad de la

honestidad y la pureza de la humildad. Éste es mi Lenguaje, el Lenguaje de la Vida.

## A TÍTULO PERSONAL

En las aguas tranquilas y juguetonas de mi alma en su temprana edad, algo cayó, provocando una reacción en cadena de ondas, sostenidas por una vibración que aún perdura. Sus ondas se esparcieron por todas sus aguas; una de las cuales llegaría hasta mi corazón, despertándolo de su apacible comodidad, tocándole una de sus delicadas fibras, transmitiéndole a ésta la vibración de la que provenía, cuyo *telos* era despertar algo en él.

Inquieto quedó mi espíritu desde aquél momento. Inquieto profundamente. Sueños invadían mis noches, lejos de alguna comprensión posible para mí en ese momento. Sueños sin formas habituales que me cautivaban en la oscuridad. ¿Abstractos? Calificarlos así sería sólo una tentativa. De todas formas, con el paso del tiempo se irían diluyendo, no sin antes dejar una impronta en mi espíritu.

Guardado en algún rincón de mi memoria, esperando a que algún día, en algún lugar, en algún momento y por algún motivo, *algo* los rememorara; *algo* los llamara a salir. Como si desde el momento en que surgieran llevaran consigo el germen de ese instante preciso en el que serán vividos con la conciencia en vigilia. No obstante, ni así nos es dado su *sentido* a cabalidad; ni así podemos aprehenderlo, pero sí vivirlo. Y es que su sentido no es *el sentido*. Es decir, su sentido no reside en ese aislado, pequeño y breve instante. Simplemente hace parte de todo. Un *todo* que no está en nuestras manos apresar con la conciencia, ni mucho menos con las palabras. En nuestras manos sólo está vivirlo en el silencio de la humildad.

No hace mucho llegó ese momento en que el sueño de aquella época despertó. Después de dieciocho años. Y lo que viví no fue la concordancia o similitud de una situación, como comúnmente suele suceder; revivió como una sensación. Una sensación interior. La sentía particularmente en mi cabeza, en mi boca, como si hubiera algo en su interior más grande que ella. Con la sensación de inmediato recordé la imagen del sueño. Aun así no podría describir la imagen. Pero en ese momento comprendí que las sensaciones también son visuales.

Algo se había despertado en mí. De repente empezaba a tener conciencia del mundo en que vivía y de mi presencia en él, la cual empezaba a inquietarme profundamente. Al principio comencé un diálogo conmigo mismo a través de la escritura.; luego lo continué con un amigo, quien pacientemente escuchaba mis reflexiones e inquietudes.

La inquietud fue asimilándose a mi vida diaria; dando la apariencia de haberse disuelto en la rutina de mi vida. Entre el colegio y los amigos todo andaba bien, no había razón para inquietarse. Mas, sin embargo, las reflexiones, los monólogos y las conversaciones con mi amigo en los momentos álgidos de la inquietud, habían tocado de tal forma esa fibra despierta en mi corazón que un sentir fue quedando allí grabado. Un sentir que no era más que la voz de mi corazón; la que, en los momentos en que por la rutina la inquietud parecía olvidada, suavemente subía a la superficie a decirme: *“no lo olvides, no lo olvides; lo que te inquieta no es algo pasajero; aunque lo sientas y no lo comprendas, no lo olvides, tenlo presente”*. Y

eso hice. Con pertinacia lo mantuve ahí. O, más bien, fue al contrario. *Eso me mantuvo ahí. Eso determinó mi vida. Eso, es lo que por fin estoy encontrando.*

Había comenzado entonces un diálogo con la vida, con el mundo. Un diálogo que había cedido su lugar por un tiempo ante los amigos, ante la diversión de la juventud, ante ese gozo espontáneo de la vida impulsado por esa energía compartida de la amistad entre coetáneos. Con la secundaria vendrían nuevas amistades, otros sentires, y otras energías.

Así conocí a César. Él era diferente de los demás compañeros de clase; diferente de las demás personas que conocía, incluidos mis amigos. Físicamente también lo era. Su cabello largo lo denotaba, al igual que su mirada. Por supuesto su actuar tampoco era ajeno a ello. Aislado del grupo y del ritmo de los compañeros de clase, sólo compartía dentro y fuera de él con otro amigo: Manuel; quien, aunque de un carácter más abierto, había asimilado para sí el ritmo de la diferencia; cuyo núcleo, en torno al cual ambos giraban, era la música; en aquella época, el metal.

Busqué su amistad y la encontré. En aquel momento había un lugar común que yo sabía compartía con ellos, y a través del cual pude abrir una conversación que se convertiría en el inicio de nuestra amistad.

La puerta abrió y en su mundo entré. Silenciosa y pacientemente lo escuché. Sutiles detalles me mostraba. Con la delicadeza de su espíritu me los enseñaba. La misma delicadeza con la que veía el mundo y que tanta fuerza le imprimía a sus sentimientos. Esa misma que encontraba en la música; aquella que llegaba a

parajes recónditos de nuestro ser, despertándonos a una multiplicidad de sensaciones, sentimientos, imágenes; tocando diferentes fibras en nuestro corazón, y en mí, aquélla en particular; aquélla que había estado en reposo durante los últimos años, pero que ahora despertaba a la vida con mayor vigor: el que le transmitía la nueva amistad.

La fuerza del sentir y el compromiso personal con ello llegaron a mi vida a través de César. Nada era más importante que ello. Por completo nos entregábamos a la música; con sus rítmicas vibrábamos; con sus armonías y desarmonías; con su tristeza, su energía, su alegría; con su luz y su oscuridad. Vivíamos y sentíamos a través de la música. Por ella nos dejamos llevar a lugares donde la melancolía, interpretada con tanta fuerza, lograba ser aprehendida en toda su belleza. Cautivos por ésta, nos volvíamos melancólicos; otras, enérgicos, alegres, y en otras la tristeza nos invadía. Y en algunas ocasiones le abrimos la puerta a la oscuridad; anduvimos por sus lares, nos impregnamos de ella; vimos el mundo por un tiempo a través de su gris tejido. Nos atraía, nos fascinaba. Sus pliegues rústicos y primitivos como signos de tiempos ancestrales, de algo oculto, cautivaban nuestro ánimo. Y entonces, durante un tiempo, la vida se opacó, tornándose grisácea. *Vimos* lo suficiente como para saber que ése no era nuestro camino. Lo nuestro estaba en la música, en lo que ella despertaba en nosotros, y en la vida; en la vida que fluía en nuestro interior.



Esa inquietante vibración de la fibra de mi corazón, despertada en las profundidades de la noche, en el cenit de mi niñez, había encontrado a alguien con similar inquietud pero diferente vibración. La suya me había llevado a la de la música; siguiéndole su cauce me conduciría también al mundo de los libros. Con ellos conocería la filosofía y a Jean-Paul Sartre.

*La náusea*, que me facilitó César, me provocaría reacciones, sensaciones y percepciones que, hasta ese momento, no había llegado a experimentar con ningún otro libro. Así como con la música, había sido César quien me había enseñado a vivir los libros; me hacía *ver*, con mayor profundidad, los detalles, las sutilezas; me había enseñado a captar *el sentido*, presente ahí entre y con las palabras, y aun más allá de ellas.

Así fue como me sumergí en *La náusea*. Así me inicié en la obra de Sartre. Poco a poco empezaría a enterarme de sus otros libros; además de los de su obra literaria, también los de la filosófica. De ellos me hablaría César con mucho respeto; de la misma forma como lo hacía con la filosofía. Éstos eran lugares adonde ciertos hombres, con ciertas características, llegaban, y su vida dedicaban a pensar sobre la misma, en un intento por comprenderla.

*César. Hombre sensible, de gran intuición. ¡¿Cómo llegaba la vida a ti, la aspirabas por todos los poros de tu sentir, despertando las delicadas fibras de tu ser en una sutil pero única caricia, que te conmovía en ese entonces y que aún te conmueve, marcando así tu mirada?! Respirando y expirando vida llegabas a mí, me la dabas mientras pacientemente te escuchaba, cautivado por la fuerza de lo que me mostrabas, así no comprendiera mucho de lo que me hablabas; después de todo mi carácter anímico era diferente al tuyo. Tal vez sin darte cuenta de ello, me enseñaste un camino y lo seguí; me mostraste el valor de la vida interior y lo aprendí; me enseñaste a vivir la música y ella me ha enseñado a vivir; ella me ha dado vida. En aquella época yo tampoco era consciente de ello. Si ahora lo veo, es gracias a lo que me enseñaste y gracias a la vida que nos encontró.*

La misteriosa filosofía comenzaba a rondar mi espíritu, más inquieto ahora después de vivenciar *la náusea* sartreana de la existencia, y haber despertado a la pureza y belleza del sentir musical. Su hálito misterioso giraba a mi alrededor, hasta que un día cualquiera en mis manos cayó un libro de un escritor alemán; su título: *La filosofía: desde el punto de vista de la existencia*; su autor: Karl Jaspers.

Habitado al fluir de las palabras en las narraciones literarias, me encontré por primera vez con el ritmo del discurso filosófico. Palabras cargando sobre sus espaldas un significado conceptual. Frases enlazadas entre sí por la fuerza de los



conceptos. Conceptos fuera de mi alcance. Un sentido constituido en conjunto que trataba de aprehender.

Lenta, muy lentamente, leía cada palabra, cada frase, cada párrafo, tratando de comprender, buscando referente alguno en mi campo de experiencia que me permitiera acercarme al discurso, tener alguna idea de lo allí contenido, apresado entre las palabras. Y pude. Aunque sólo crucé la puerta de entrada, pude *ver* algo. Pude *ver* el terreno; desconocido, por supuesto. Pero tal vez esto fue lo que me atrajo. Allí había *algo* que quizá me podría ayudar a comprender, y *algo* que aprender.

En el horizonte buscaba un concepto del libro de Jaspers que no había podido aprehender, por mucho que lo intentara. Adonde fuera lo llevaba conmigo tratando de encontrarlo. De lo circundante hablaba Jaspers. Pero no lograba *verlo* en algún lado. Había una distancia entre el concepto y mi experiencia, que luego se convertiría en la principal barrera en la filosofía. No obstante, allí residiría uno de los principales aprendizajes más valiosos para mí en la experiencia filosófica.

Este campo abierto con nuevos conocimientos en el horizonte era, para mí, magnético. No podía ni quería luchar contra su fuerza de atracción. Prontamente mi decisión sobre qué carrera universitaria seguir estaba ya tomada: Filosofía. Era ésa o ninguna otra. A esta decisión me aferré. Y eso hice.

Con *La náusea* se había estimulado mi curiosidad por la obra de Sartre. Novelas y escritos políticos leí en un comienzo. La lectura de sus escritos me daba algo. Algo encontraba en ellos de lo que había vivido, de lo que había *sentido*, pero que no era un sentimiento. Era algo más. Lo que transmitía con sus libros tenía esa *fuerza*; la misma que encontraba en la voz de mi corazón cuando me decía que no olvidara lo que había vivido; la misma que percibía en César cuando me enseñaba a escuchar la música; cuando me compartía su pensar y su sentir. Sartre transmitía la fuerza del vivir; *la fuerza de la vida*. Sartre le dio voz a ésta fuerza.

Me lancé a las aguas del existencialismo; procuré sumergirme lo más hondo que mis fuerzas me dieran. Sumergido en estas aguas busqué sólo una de las corrientes que en sus profundidades se movían y me dejé llevar, intentando ser parte de ella para poder comprenderla; pronto me daría cuenta de que otras corrientes la atravesaban, e incluso dirigían su cauce por momentos, a raíz de la fuerza intrínseca que llevaban. Así descubriría que la fenomenología era la fuerza líder en el existencialismo sartreano. Allí también hacía presencia el movimiento dialéctico hegeliano, al igual que el pensar heideggeriano. Todos se entrelazaban y configuraban el intrincado andamiaje de *El ser y la nada*, un *ensayo de ontología fenomenológica*.

Había adquirido el libro antes de iniciar los estudios de filosofía, con el ánimo de leerlo. Pero no estaba preparado para ello. Su lenguaje me era completamente

inaccesible. Así que decidí esperar. Lo guardaba en mi cajón de los libros con un cuidado especial, como si se tratara de un libro sagrado. Guardaba un saber que me era ajeno, al cual esperaba acceder algún día. Sus cuatrocientas páginas con letra minúscula, su pasta dura color verde oscuro con las palabras *El ser y la nada* repujadas sobre ella; un índice con temas sobre la temporalidad, el cuerpo y la mirada, entre otros, eran lo suficientemente atractivos y sugerentes para mí como para estudiar lo que fuera necesario para acceder a tal saber. No importaba el tiempo, ya llegaría el momento en que adquiriría las llaves para abrir sus puertas. Tenía claro que una de ellas era la fenomenología de un filósofo alemán: Edmund Husserl.

La llave fenomenológica. La puerta me abriría no sólo al camino del ser y la nada, trazado por Sartre, también a otros, además del propuesto por el mismo Husserl.

Husserl nos abre el reino de las esencias. Él lo *vio* y nos dice: ¡es hora de volver a las cosas mismas! (zum Sachen selbst!). Parecía perdido, pero no!, replica. Lo he *visto* y está entre nosotros, en nosotros se encuentra la forma de acceder a él. Los hombres acuden a su llamado, a ver si es verdad aquello de lo que está hablando. Entonces empiezan a *ver*. Es cierto lo que dice el alemán. Todo el tiempo ha estado *ahí*; siempre lo ha estado. ¿Por qué no lo veíamos?, se preguntan algunos. La maravilla de lo que *ven* embarga sus espíritus. Otros le dan las gracias por haberlos traído de vuelta al mundo. Entre éstos se encuentra Jean-Paul Sartre; quien al enterarse de la buena nueva viaja a Alemania a estudiar la fenomenología.

Sartre, francés, ciudadano, ateo y sin agrado por el campo, se abre a la fenomenología, divisa el terreno y toma el camino que él *vio*. El Absoluto es inalcanzable. Si mucho podemos tener fugaces destellos de él, nosotros, seres concretos, pero no más que eso. Vivimos en un mundo netamente humano; en el que entre nosotros y el Ser hay un vacío del mismo, una fuga de ser, cuyo origen se encuentra en la razón de nuestra existencia: la conciencia *de* o conciencia intencional. Es una caída tan fuerte como la del jardín del edén. La diferencia es que nos levantaremos sin siquiera darnos cuenta del lugar de donde hemos caído. Si le preguntaran ¿sabes que has caído del jardín del edén? Respondería: ¿de qué jardín del edén hablas?, si me he caído del andén.

Sartre halla así en la negación la fuerza de la vida. En la conciencia intencional encuentra la existencia, al hombre concreto, no más allá sino más acá de la dualidad epistemológica sujeto-objeto, para luego volver a instaurarla, sólo que ahora pone entre ambos la negación como fuerza de atracción que nunca permitirá la fusión.

No obstante, una vez negado el jardín del edén, reconocida la imposibilidad de alcanzar el Absoluto, despojado el mundo de cualquier clase de divinidad trascendental, nos encontramos entonces en uno completamente terrenal; un mundo de seres concretos, de seres humanos y hecho por humanos. De este modo, la negación se convierte en la fuente de la libertad. Y entonces escuchamos el sonido de frase tan llamativa: “estamos condenados a la libertad” (SARTRE, 1993:160), sentencia Sartre.

Pero, ¿qué puede significar tamaña sentencia? Entre las muchas interpretaciones posibles que de allí pueden brotar, hay una en particular que marca su pensamiento, obra y vida: el compromiso. Ineludible con nosotros mismos como seres humanos, por consiguiente, también con los otros; igualmente con la vida y con el mundo. Si la razón de ser de nuestra libertad se halla en el meollo mismo de la conciencia, entonces por ella arranca nuestro compromiso. De lo contrario, la mala fe (SARTRE, 1993:81-104) sería el sello de nuestros actos. En ello radica el ser auténticos o no.

¿Qué tan hondo y qué tan ancho puede expandirse nuestra conciencia? ¿En la medida de nuestro sentir, de nuestro percibir? ¿Dónde están sus límites? ¿Podemos percibirlos, *verlos*? ¿Hasta dónde podría entonces llegar el compromiso? La conciencia es etérea. Ella podría expandirse y expandirse hasta disolverse. El compromiso no. Éste es de otro carácter; su fuerza reside en *algo* más. Tiene raíces que son el polo a tierra de la conciencia. Como un hilo delgado que la conecta, y gracias al cual ella puede *ver*. **Ver** con **sentido**. La sagrada fuente de ello: el corazón. Sus raíces profundo se hunden en la tierra; de ella se nutre; por ella vive; con ella vibra. El **sentido** florece de allí; mientras los astros iluminan su **ver**. Ahora, el compromiso tiene fuerza, arraigo. ¿Límites? Los del corazón.

*El corazón. Fuente desbordante de energía. Fuente de vida. ¿Cómo evitar sucumbir ante la magnitud de tu fuerza? ¿Cómo encausarla? ¿De qué sostenernos cuando de las orillas de tu devenir se escuchan voces infinitas indicándonos qué hacer y qué no hacer, mientras la tuya se ahoga en este algarabío? ¿Cómo detener el tiempo?; ¿cómo parar el mundo y prestar atención a tu sabia voz? Y cuando no son las otras sino la voz de nuestro ego, ¿cómo acallararlo y escucharte? Tu voz es débil unas veces, fuerte otras; pero constante en tu fluctuar. Tan frágil y a la vez tan fuerte como los finos y delgados hilos de una telaraña. Mas tu sutil presencia no deja de llamarnos, por desapercibidos que estemos, por embotados que nos encontremos en nuestros monólogos o en nuestros diálogos con las demás voces. De una u otra forma te encargas de hacernos saber que estás ahí; al final de cuentas, siempre lo has estado.*

Como antes lo mencionaba, Sartre transmitía la fuerza de la vida en sus escritos, en su postura. La fuerza del compromiso era para mí innegable. ¿Cómo ser consciente de algo y no hacer nada al respecto? ¿Cómo no darle la vuelta a las cosas, a las situaciones? ¿Qué excusas nos inventamos para no hacerlo? ¿Qué fuerza nos lo impide? ¿Por qué obstruir el libre fluir de la vida? ¿De dónde proviene la infinita variedad de restricciones con las que nos topamos a la hora de enfrentarnos con una situación y cambiarla? De la nada.

Voces fantasmagóricas retumban en mi interior. Temeroso de contrariarlas las dejo hablar; las obedezco y me poseen. Perdidos entre ellas temo alzar la mía. Frágil, muy frágil, quiere decir algo, pero teme equivocarse. Oye, tú ¿por qué las has dejado apoderarse de ti? Inseguro de qué decir, no sabe cómo responder. La sinceridad es la única fuerza que tiene. Finalmente responde: “le entregué mi confianza a la razón, sin saber las consecuencias que traería a mi vida. Me brindaba seguridad y creía saberlo todo; creía tener el mundo en mis manos. Pero mi corazón sabía que por ahí no era; pues entre más me afianzaba en aquello más grande era el conflicto en mi interior. Hasta que un día *algo* se cruzó en mi camino. *Eso* le habló directamente a mi corazón y las brumas de la ilusión empezaron a despejarse, y las viejas murallas inertes a debilitarse. Abrumada quedó la voz pretenciosa de mi ego con lo que *eso* comenzaba a mostrarle, comprendiendo poco a poco la prudencia del silencio. Silenciosamente mi corazón fue saliendo de su sopor. Vivos recuerdos de la infancia lo fueron acompañando en su surgir. La alegría que lo acompañaba siempre en la niñez nuevamente fue llenando su espíritu...”



Cursaba mis estudios universitarios en filosofía. Seguía leyendo a Sartre y comenzaba a adentrarme en el mundo de la fenomenología de Edmund Husserl. Sus conceptos y sus escritos me eran difíciles de aprehender. Mas persistía en el intento, aunque parecieran palabras de otro mundo. En el transcurso de este tiempo había comenzado a experimentar las cadenas sin fin del razonamiento

lógico. Los razonamientos se enlazaban entre sí, unidos por su coherencia lógica, poblados de palabras y más palabras, no llegando a ningún lado. Dejando en mí un sinsabor, una ambigua sensación, y mi mente activa lista a continuar enlazando.

Mientras tanto guardaba en mí como un tesoro el recuerdo de la intuición temprana de mi niñez. Ese fuerte sentimiento que guardaba en sí su verdad y a la cual le era fiel, así no comprendiera de qué se trataba ni siquiera tampoco qué hacer o cómo seguirlo. No obstante, era un motor en mi vida; sobre la cual constantemente reflexionaba precisamente en relación a él. Al hacerlo llegaba a la conclusión de que la costumbre, la rutina, eran las que lo adormecían; lo cual me inquietaba bastante; pero nunca había hecho nada al respecto. Tal vez porque no tenía idea de cómo cambiar la situación; y también porque mi espíritu se consumía en los delirios de la razón.

Así vivía hasta que un día la rutina me colmó. Ver cómo se repetía la vida día tras día, año tras año, se convirtió para mí en algo insoportable. Como un temblor mi espíritu se conmocionó. De repente, tomaba viva conciencia del mundo y un sentimiento crecía en mí y se hacía claro como la luna, como una noche de estrellas: *la vida es una y hay que apostarle todo por ella.*

Inicié el siguiente semestre de filosofía con la duda de continuarlo. También encontré en ella el hastío de la rutina. Ante la incapacidad de sostenerla, opté por dejarla temporalmente. Me embarqué en otras actividades; y con el pasar de los



días el hastío fue disminuyendo. Finalmente, la ausencia de otros caminos me dejó ante continuar el estudio de la filosofía como la mejor opción. Al siguiente semestre la retomé. A mi regreso hice nuevas amistades, una de las cuales me pondría en el camino de los hongos.

### **LA “MONTAÑA MÁGICA” Y EL CAMINO DEL HONGO**

Antonio era un joven de Villavicencio, de voz suave y prudente al hablar. Estudiante de filosofía, conocía los honguitos y dónde encontrarlos en Manizales. Había convidado a una amiga a ir en su búsqueda. Ella no los conocía, pero algo sabía de ellos, pues el temor a lo que se pudiera encontrar la motivó a invitarme. Los tres nos pusimos una cita para el sábado a las ocho de la mañana. Ella no acudió. Quedamos entonces Antonio y yo.

Era un hermoso día con el cielo azul celeste abierto por completo a la luz del astro solar. Tomamos la buseta con destino a Maltería. Sobre la carretera principal nos bajamos. Dimos unos cuantos pasos, cruzamos la cerca y ahí estaba ante nosotros: la montaña. Iniciamos nuestra búsqueda bajo el abrigo del sol matutino. Recuerdo la indicación que me dio Antonio para reconocerlos. Me dijo que, a diferencia de los otros hongos, ellos tenían en su pié una ‘faldita’ color violeta, distintivo inequívoco de ellos. Recorrimos un tramo de la montaña; cruzamos otra cerca. Al hacerlo se extendía a nuestra izquierda una ladera, y a nuestra derecha

una planicie, sobre la cual continuamos buscando antes de seguir subiendo. Allí, al borde de la ladera, donde más pendiente se erguía, los encontré. La alegría de hallarlos y conocerlos, aunado a la sensación de estar *ad portas* de algo nuevo para mí, se dibujó en mi rostro. De inmediato llamé a Antonio. “Sí, éstos son. Es bueno que en tu primera vez los hayas encontrado”, me dijo. Con mucho cuidado los recogimos y empezamos a subir la ladera, la cual, llegado un punto, es atravesada de extremo a extremo por una carretera. La cruzamos y continuamos nuestro camino a la búsqueda de más honguitos, subiendo por las suaves laderas de la montaña hasta casi llegar a su cumbre. En el último tramo por el que andamos, nos detuvimos a observar el paisaje. Antonio me contaba cómo iba a la montaña cuando su espíritu confundido estaba, buscando la claridad en su caminar por ella, despejando su mente y aclarando sus ideas.

Finalmente no encontramos más de los que ya habíamos recogido. Bajamos este tramo de la montaña, conduciéndome Antonio al abrigo de un par de árboles, situados en una planicie donde los campesinos encargados del ganado tenían su choza. Bajo la sombra de los árboles y sentados sobre un tronco, nos repartimos los honguitos y los comimos acompañados de leche condensada.

Iluminados por el sol de media tarde conversábamos, aunque era más lo que lo escuchaba hablar, guiando en cierta forma mi experiencia. Me conducía hacia ciertos detalles en particular. Detalles que habían marcado su experiencia, y que ahora lo hacían con la mía. Los honguitos habían entrado ya en mí; ya eran parte de mí. Con suma delicadeza abrieron una puerta, con el cuidado de alguien que la

conoce muy bien. Entraron, y ese día abrieron sólo las ventanas necesarias. Y entonces, la serenidad de la montaña atravesó mi ser abierto; reconfortado en el calor del sol. Luz en el horizonte, esparcida sobre las montañas, los árboles, las plantas, el pasto; sobre el rostro de Antonio, sobre su voz, sobre sus palabras; bañando nuestro espíritu con el calor de la vida, mientras la montaña mágica aspiraba y exhalaba serenidad, humildad y sencillez.

Antes del atardecer bajamos la montaña y volvimos a la ciudad. La sutileza con la que abrieron las puertas de mi corazón, tocando las fibras de mi ser en tan bella armonía, sonando con tal calidez, tal tranquilidad, y... ¡oh!... bella calma que embargó mi espíritu, y... ¡oh!... serena alegría que con prudencia se despertó en mí al darse cuenta de que por fin había encontrado *algo*. Algo... algo... algo más; *algo* fuera de la rutina soporífera; fuera del hastío. Algo en sintonía con el *sentido* contenido en la intuición de mi infancia; en sintonía con la vibración conectada a mi corazón en aquella ocasión en que las aguas tranquilas y juguetonas de mi alma se removieron por ese *algo* que cayó en ellas. Este *algo* que se había cruzado en mi camino, era algo esencial, vital; lo *sabía*. En ello había un camino que conocer y explorar. Rico, vivo y comprometedor; cálidamente natural, lejos de ser algo artificial.

Antonio me había enseñado el camino. Uno que yo quería seguir recorriendo y descubriendo. Lo anduvimos juntos en un par de ocasiones, hasta el día en que se retiró de la carrera de filosofía. Entonces lo continué solo. Seguí yendo a la montaña, y en cada oportunidad ella me acogía con la misma naturalidad y

serenidad con que nos había recibido la primera vez. Su espíritu nos<sup>15</sup> recibía sin queja alguna; nos entregaba la magia y la maravilla de la vida. Como niños recorríamos sus laderas, descubriendo la vida en cada paso que dábamos y, al mismo tiempo, descubriéndonos con ella.

Y así, lentamente, los ‘niños’ de la montaña mágica fueron corriendo el velo que se cernía sobre mi vida. Recuerdo en particular una ocasión.

Recorrer el camino de la montaña mágica, siempre era para mí encantador. Como Antonio, buscaba en él la claridad. Casi siempre me preparaba con lo necesario. Un abrigo para la lluvia, algún acompañante para los honguitos, fuera leche condensada o yogurt, y una bolsa donde recogerlos. Pero, a veces, mi resolución de ir era un tanto intempestiva. El motivo de esto era que creía que los preparativos no eran tan necesarios y que, además, calcular las cosas parecía resultar, en ocasiones, algo contraproducente; pues ello despojaba de magia la ocasión.

De un momento a otro decidí entonces salir hacia Maltería. Tomé sólo lo que tenía a mano. Un buzo de capota y un pastelito. Abordé la buseta que me llevaba directo a la montaña. Como de costumbre, me bajé sobre la carretera principal, de frente a la ella. Crucé la primera cerca e inicié mi búsqueda.

Recorrí este primer tramo de la montaña sin encontrar nada, hasta cruzar la segunda cerca. Casi siempre llevaba conmigo el recuerdo del lugar en el que los

---

<sup>15</sup> Me refiero a las demás personas con las que tuve la oportunidad de compartir este tipo de experiencias en la montaña.

hallé aquella primera vez. Así que constantemente recurría a él, en vano. Busqué sobre la ladera. Y allí estaba. Grande como ningún otro que hubiera conocido. De inmediato intuí que éste sería diferente; que con éste bastaría. Pidiéndole permiso lo tomé en mis manos.

Continué subiendo en busca de la compañía de los árboles. Cerca de ellos me senté. Detenidamente observé el hongo. En realidad era grande. Lo partí en dos, y cada mitad en varios pedazos. “Que sea lo que ha de ser”, le dije al hongo. Y empecé a comérmelo acompañado del pastelito. Y la lluvia llegó a la montaña. Me abrigué entonces con el buzo que había llevado. Sentado sobre el césped, de cara al sol, lo recibí con serenidad.

Despertando, despertándome, el hongo fue subiendo dentro de mí. Bajo el abrigo de mis cavilaciones seguía allí sentado. Nada me motivaba a moverme; ni siquiera el haber notado que los campesinos que cuidaban el ganado se encontraban en los alrededores; sólo hasta que empezaron a moverlo en la dirección en que yo me encontraba y sentirme como uno más del ganado, decidí cambiar de lugar. Opté por bajar la montaña. Llegué hasta el tramo previo a la carretera principal. El agua de la lluvia, ahora sobre el pasto, inundaba mis tenis. A borbotones salía por donde podía. Esto me causó gracia y empecé a cantar: “Tengo agua en mis tenis y estoy cantando; tengo agua en mis tenis y estoy cantando”. Caminaba de un lado a otro mientras canturreaba, jugando coquetamente con la salida. Cantaba y reía, cantaba y reía. Hasta que sentí que debía continuar mi camino de vuelta, así sintiera todavía la presencia del hongo en mí.

Pisar el asfalto era la primera huella citadina que marcaba el camino de regreso a la ciudad. La siguiente era embarcarse en una buseta que recorría el barrio La Enea. Aunque había otra opción que evitaba el barrio, abordé la de La Enea. Ésta me dejaba antes y quería caminar por la ciudad. Algunas veces era curioso, otras no tanto, recorrer el barrio a bordo de este transporte, observando el movimiento de este pequeño y aislado pueblo, mientras más y más pasajeros subían llenando el pasillo, con la música del chofer de trasfondo; a menos que uno llevara su propia música, lo cual le daba otro aire a este recorrido.

Me bajé en el Cable. Cubierto con la capota del buzo, llevando la música sobre mis oídos, comencé a caminar por la ciudad rumbo a mi apartamento, observando con asombro a las personas que me encontraba en el camino. Observaba sus ropas, sus peinados, sus rostros, sus gestos, su caminar; cada detalle reflejaba algo de cada persona; detalles que en conjunto denotaban un solo *gesto*, una *intención*. Así, creía ver la intención que sobre sí llevaba cada persona; lo cual me causaba mucha gracia.

Continué mi camino por la avenida principal. Al llegar a la universidad (Facultad de Derecho), algo me impulsó a entrar. Caminé por sus pasillos de la misma forma a la que estaba habituado. Lentamente y deteniéndome a observar la gente en sus alrededores. De repente y sin previo aviso la imagen me golpeó en la frente. *Vi* cómo caminaba por los pasillos; me *vi* allí, deambulando por ellos que, en cierta forma, era lo que hacía. *Vi* el sentido que arrastraba conmigo, pegado a mí como una sombra, dejando tras de sí su hálito en cada recorrido que hacía. ¿Qué era lo

que quería transmitir? Esto me impactó de tal forma que de inmediato busqué la salida rumbo a mi apartamento. Pero justo antes de salir, me topé con un profesor amigo mío. Se detuvo a saludarme y me estuvo conversando por un momento, durante el cual pensaba cómo cortar la conversación, observando su *gesto*, para terminar *viéndome* a través de su mirada. Una imagen que no me agradó mucho. Finalmente pude interrumpirlo y llegar a mi apartamento.

Una vez allí, me detuve a observarme en el espejo, *viendo* de nuevo la imagen que de mí había visto hace unos momentos. Ya había sido suficiente. Puse música en la grabadora y me senté a observar el atardecer. Las variaciones, las rítmicas 'ocultas' en esas canciones conocidas por mí hace mucho tiempo, más el parsimonioso movimiento de las nubes, me calmaron. Calma que me condujo a recibir con serenidad esta nueva experiencia.



El camino a la montaña mágica seguiría recorriéndolo. Ir allí en busca de los honguitos era ir a confrontar todo mi ser; mis creencias, mis temores, mis miedos, mis angustias, mi racionalidad, mi vida. Todo.

No sabía, por ejemplo, que el cartesianismo había hundido tanto sus anclas en mí. Lo usaba como una herramienta para apresar el mundo y lograr algún control

sobre él. Traté de emplearlo en la búsqueda de los honguitos. Lo primero que hice fue dividir la montaña en cuadrantes. Luego, observaba con detalle las características particulares de cada cuadrante. Y, por último, al encontrar los honguitos detallaba las condiciones del lugar en el que los encontraba: humedad, época del año y ubicación del cuadrante. De esta manera obtenía un conocimiento específico sobre los hongos. Pero cuando volvía en su búsqueda y lo empleaba para ello, me daba cuenta de que no servía para nada. Era completamente inútil. Poco a poco fui comprendiendo que de eso no se trataba. *Eso* no era más que un artificio; una vacua abstracción; un juego de prestidigitación del que no obtenía nada real. La montaña mágica lo deshacía sin ningún esfuerzo; sin siquiera enfrentarlo, puesto que no era necesario. Ella simplemente está ahí; es. Y así es como nos refleja; así es como nos enseña. Montañita sagrada, albergue de los 'niños santos'.

Continuamente acudía a ella. Cada oportunidad traía algo nuevo a mi vida; la enriquecía vivencialmente, abriendo el estrecho espacio que entre cerca y cerca se encontraba el campo de mi experiencia. Brindándome así la posibilidad de acceder al para mí cifrado lenguaje de la fenomenología y a las variantes de pensamiento que de él se derivaban, como el contenido en *El ser y la nada* de Sartre. Sin embargo, sus posibilidades se extendían más allá de esto; pues los honguitos los límites deshacían, y entonces otro tipo de vivencias podían llegar.





Como en otras ocasiones, la resolución de ir a la montaña ese día había surgido intempestivamente. Resultado de la lucha entre lo que 'debía' hacer y el fuerte deseo de estar en la montaña mágica. Tomé el buzo de capota, una bolsa donde recoger los hongos, compré un yogurt, lo empaqué todo en mi morral y salí con destino a Maltería. No me importó que el cielo grisáceo señalara una inminente lluvia. Aunque usualmente esta señal me conducía a considerarlo dos veces, había ido comprendiendo o, mejor dicho, aceptando que ello estaba fuera de mis manos. En mí no estaba el poder de predecir algo así; y si lo estuviera tampoco tendría sentido considerarlo como un impedimento. Cavilaciones insensatas. ¡Cómo negarme la gracia de llegar a la montaña y tras el presagio de lluvia, encontrarla bañada por el sol! O llegar allí y ¡correr en busca de un refugio cuando la lluvia caía fuerte sobre la montaña!; o simplemente abrigarme cuando era leve y ¡verla caer surcada por los rayos del sol, y sentir la deliciosa frescura en el ambiente tras su paso por ella! Cavilaciones insensatas aquellas que le cerraban la puerta al goce de vivir.

En esta ocasión, tan pronto crucé la cerca y caminé un breve trecho, la lluvia se soltó. Salí corriendo en busca de un árbol bajo el cual escamparme; pero como en todo potrero, allí los árboles también escaseaban. Subir hasta los que yo conocía, representaba correr un largo trecho en medio de una lluvia cada vez más fuerte. Al llegar a la carretera que atraviesa la montaña decidí no insistir y devolverme a la ciudad; justo en el momento en que llegaba a la vía principal, la lluvia cesó.

Resolví entonces intentarlo de nuevo. Crucé de nuevo la cerca y caminé en busca de ellos. Exactamente por donde había buscado en el primer intento y no había encontrado nada, en ese mismo lugar aparecieron ellos. Una familia de tres o cuatro honguitos. Brillaban entre el pasto. Con la alegría sobre mí los observé con cuidado. Las gracias les di por salir a mi encuentro; y pidiéndoles permiso con delicadeza los recogí.

Al momento de hacerlo la lluvia volvió de nuevo. Entonces le dirigí a ella mis palabras: “Juegas conmigo como poniéndome a prueba. ¿Te atreves?, no te atreves”. Busqué de nuevo donde escamparme. Esta vez vi al fondo a mi derecha unos pequeños árboles, donde el terreno era todavía más húmedo. Sin importarme busqué abrigo en uno de ellos. Mientras la lluvia seguía su curso, aproveché para comerme los honguitos. “Que sea lo que ha de ser. Muéstrenme lo que ustedes me quieran mostrar”, les dije, y con yogurt los acompañé.

Fuerte caía la lluvia; quieto y de pie allí me quedé. La observaba deslizarse sobre las montañas; miraba las gotas caer de mi buzo empapado. Y pacientemente esperé hasta que pasara. Salí del arbolito sintiendo la frescura que la lluvia había dejado tras su paso. Por fortuna había llevado conmigo, en esta ocasión, una camiseta de más. Me quité el buzo y me cambié la camiseta. De inmediato sentí el placer de cubrir mi pecho y espalda con algo seco.

Empecé a caminar por los alrededores, esperando la pronta salida del sol. Tímidamente su luz brillaba en el horizonte. Y lentamente las nubes fueron

abriéndole paso. De frente a él, me detuve a contemplarlo. La frescura del atardecer acariciaba mi piel. Su cálida luz brillaba sobre el verde pasto aún con el agua sobre su superficie. La luz de la alegría de mi niñez, cuando pasaba el tiempo jugando fútbol en la finca de mis padres, brilló de nuevo dentro de mí. Con esta luz observaba el atardecer sin pensar en nada más. Su presencia entonces sentí. Divina Luz que me acompañaba en mi niñez. Nostálgico se tornó el recuerdo.

Al lado mío pasó un campesino, llevando una vaca atada a una cuerda. Al verme me saludó y me preguntó: “¿Todo bien? Sí vecino, aquí no más observando el atardecer”, le contesté. Con el silencio de la alegría en mi corazón, volví a mi casa.



Maltería no era el único albergue de los honguitos. Rumores se ventilaban sobre otros lugares donde también crecían, al igual que las historias sobre ellos. Una de éstas había llegado a mí por boca de un amigo de la adolescencia: Carlos Eduardo.

A Carlos Eduardo lo había conocido por intermedio de otro amigo: Carlos Enrique. A él lo conocía porque compartíamos el transporte escolar, conducido por una tía. Vivía detrás de mi casa, en un pasaje llamado La Rosa, con su abuela materna y su mamá. Diagonal a su casa vivía Carlos Eduardo. No tardamos en formar una bonita amistad los tres. Fuera del colegio compartíamos todo el tiempo jugando en las casas del uno o del otro. Así terminaría conociendo también al hermano mayor

de Carlos Eduardo: Julián. Por aquella época, cursaba sus estudios universitarios; amante del Rock, llevaba sus cabellos largos al igual que sus amigos. En una de tantas ocasiones que pasé el tiempo en su casa, recuerdo haberlos escuchado, a él y sus amigos, hablar sorprendidos y entre risas sobre cómo les había hablado el balón de fútbol la vez que se comieron unos hongos. En aquel momento no comprendía nada de lo que decían, no tenía ni remota idea de a qué se referían. Pero sus palabras, por cosas del destino, quedarían grabadas en mi *memoria*.

Crecimos juntos entre juegos, aventuras y desventuras, amistades y enemistades, hasta que me distancié de ellos cuando entré en el mundo del Rock pesado y César; y aún más cuando me fui a Manizales a estudiar filosofía.

Juntos, a temprana edad, habíamos entrado al mundo de las drogas: alcohol, perico y marihuana, fue el orden en que las conocimos. Pero tal vez por los azares de la vida, Carlos Eduardo se hundiría un poco más que yo en ellas.

Mientras estudiaba en Manizales, constantemente viajaba a Pereira, durante los fines de semana y las vacaciones. En un par de ocasiones, tuve la oportunidad de reunirme con él de nuevo. Escuchábamos música, bebíamos, metíamos perico y conversábamos. Lo hacíamos sobre muchas cosas y, a veces, nos recriminábamos mutuamente el habernos distanciado. Mas, entre todo lo que hablábamos, Carlos Eduardo me contaba sobre los hongos; sus experiencias con ellos; el hermoso sitio donde los encontraba y cómo los recogía. Entonces, con mucho afecto, me dijo: “hay que hablarles, tratarlos con cariño y pedirle permiso”.

Verlo hablar así me sorprendió un poco, pues no me lo imaginaba expresándose con tanta delicadeza sobre algo así. Un reflejo de lo poco que lo conocía.

Me contaba sus historias con los honguitos, corriendo bajo la lluvia, buscando refugio en una cabaña, siendo recibido por amables personas; todo en un valle. Un valle en los alrededores de Salento. Con atención lo escuchaba, mientras mi espíritu volaba imaginándose este valle; anhelando conocerlo algún día, pero sabiendo que no sería pronto. Toda una aventura a la cual no me sentía todavía capaz de lanzarme.

Me hablaba también de sus formas. De unos que tenían un sombrerito como de duende y otros más. Pero más sorpresa me dio, cuando un día, en una de éstas reuniones casuales, me dijo: "los honguitos son para usted, yo sé que son para usted". Me pregunté ¿qué idea tendría de mí para haberme dicho eso? O ¿qué era *lo* que veía en mí? Sea lo que fuere, tenía razón.

El recuerdo de sus historias en aquél valle permanecía vivo en mi imaginación. Luego vendría Antonio y me mostraría el camino a la montaña mágica. Un camino a través del cual los hongos me llevarían a conocer nuevos y maravillosos lugares. Uno de los cuales sería aquel valle encantado de las historias de Carlos Eduardo.



Finales del 2006. Ya había concluido la carrera de filosofía. Había sustentado mi monografía sobre Sartre, titulada: *Negación y Libertad*. Un año en el que había estado tratando de definir qué hacer luego de iniciar el camino de la filosofía, y en

el cual no tenía mucho interés en continuar tras conocer el camino de la montaña mágica. Mi interés había comenzado a dirigirse hacia los temas afines a este camino. A su paso aparecería una señal. La seguí emocionado, atraído por su nombre: *I Simposio Colombiano e Internacional sobre Cultura y Droga. “Una mirada hacia adentro”*.

Sin pensarlo me inscribí en él. Asistí a todas la conferencias que pude. Y al final del mismo, el gran anuncio. Tras catorce años de investigación y trabajo, el Taller Permanente de Cultura y Droga de la Universidad de Caldas, con orgullo anunciaba la apertura de la Maestría en Culturas y Droga, presta a iniciar labores en el segundo semestre del 2006; aunque, por cuestiones burocráticas, finalmente comenzaría en el primer semestre del 2007.

Había encontrado así el camino a seguir, el cual no dudé ni un instante recorrer. Ahora que lo tenía definido, no quedaba más que esperar su partida de inicio. Pero antes de hacerlo iría a Salento en busca del valle encantado.

Temprano en la mañana salimos rumbo a Salento. André, mi fiel, paciente y calmado amigo, emprendería conmigo esta aventura. Ya conocía los honguitos, pues habíamos tenido la oportunidad de compartir un par de experiencias en la montaña mágica. Sobre la cual había volado, se había desintegrado y había sido reintegrado por el amor, según me lo contaba.

Emprendimos el viaje, llevando con nosotros la emoción de conocer este mágico lugar. El camino dibujaba paisajes hermosos, llenos de montañas y bosques de pinos. Sobre la vía principal a Armenia, el microbús se desvió a su izquierda y tomó la carretera a Salento. Recorriendo curvas empezó a bajar hacia el río; al verlo observamos a su orilla cómo se extendía el valle; antes de cruzarlo nos bajamos.

Cruzamos a pié el puente. Tan pronto lo hicimos, optamos por seguir el valle que se extendía a nuestra izquierda. Atravesamos la cerca y nada más dar unos pasos, encontramos unos hongos. Pero eran de otro tipo. Continuamos caminando por el valle en busca de los honguitos. Y para nuestra sorpresa, habiendo recorrido sólo un breve trecho, empezaron a salir a nuestro encuentro. Grandes, chicos y medianos, seis 'amiguitos' recogimos. Nuestra alegría no podía ser mayor. A la bolsa con los honguitos la llamamos "el botín".

Como niños nos adentramos en el valle. Asombrándonos con cada árbol y cada piedra que encontrábamos a nuestro paso. Caminamos y caminamos hasta encontrar el abrigo de un árbol frutal, cerca de la orilla del río, que nos acogió con calidez. Allí nos sentamos a descansar y observar el paisaje, respirando con frescura su belleza y llenos de la energía matutina. Joven era el día que se abría ante nosotros con expectativa.

"Bueno Andre, a lo que vinimos", le dije, tomando un nuevo aire. Cuidadosamente los observamos. Con cautela mirábamos los más grandes. "Que sea lo que ha de

ser. Que nos muestren lo que nos quieran mostrar. Que con todo respeto, en nuestro cuerpo bienvenidos son”, le dijimos a los honguitos. Cada hongo lo compartíamos. Pero el último, que era uno grande, André prefirió no comer su parte y yo no la rechacé, sabiendo que ello me traería una experiencia más fuerte. A los grandes les teníamos mucho respeto. Su sola presencia nos lo indicaba. Y así lo percibíamos. Como de costumbre, con yogurt los acompañamos.

Sentados esperamos. Pasado un rato, me levanté. Me acerqué a la orilla y contemplé por un momento el río. Luego volví adonde estaba sentado André y le pregunté cómo se sentía. Me respondió que ya empezaba a sentirlos; “yo también”, le dije. Seguí el camino por el que veníamos, alejándome un trecho del árbol; y al lado del camino que seguía me encontré otro honguito; lo recogí y lo llevé a mostrárselo a André. Él ya se sentía ‘cogido’ y no pensaba comer más. Por un momento lo pensé, tras el cual me lo comí.

Y así; al ritmo del río, de los pinos ondulados de un lado a otro por el viento, que yacían en la montaña en frente de nosotros, como si la montaña misma se estuviera moviendo; al ritmo del sol que pacientemente llegaba a su cenit; el hongo fue despertando en nosotros y nosotros en él. Su espíritu se dibujaba ya en nuestros rostros. Mientras André yacía tendido ahí, sobre la tierra, con su mirada estupefacta y su boca levemente abierta, como contenida en un solo respiro; yo, de pié, al lado suyo, sonreía con alegría y más alegría, y más alegría, hasta que la euforia estalló en mí. Reía a carcajadas, sin timidez alguna, sin restricciones,



simplemente reía y me asombraba escuchar esa risa que me fascinaba, porque me sentía yo, el verdadero Duván.

André se levantó manteniendo su mirada estupefacta. Seguimos el camino que hasta allí nos había llevado, adentrándonos más y más en el valle. Completamente fascinados con lo que veíamos lo recorríamos. Las grandes rocas que lo poblaban nos cautivaban; las contemplábamos, las acariciábamos, sobre ellas nos acostamos. Algunas de ellas, más grandes que nosotros, cubiertas bajo la sombra de un árbol, formaban una especie de cuevas, llenas de misterio para nosotros, cuya sola presencia nos llamaba a entrar. A una de éstas nos dirigimos; allí nos embargó el frío hálito de su misteriosa presencia. Yo, zarpé vela y navegué hacia mi interior; André... André... hechizado, como pronto lo estaría yo también.

Hechizados nos movíamos de un lado a otro; a otra cueva, a la orilla del río, al árbol que nos hospedó, tomando así el camino de vuelta. Los pinos, a nuestro paso, encantados, como todo el valle. Percibíamos el encantamiento; hechizados estábamos, hasta que la idea de volver, de salir del valle, como un soplo cruzó nuestros espíritus. Mas frío fue su soplo, frío de angustia al imaginarnos cómo hallaríamos la salida de este valle encantado.

Recurrí a un principio práctico que en algunas ocasiones puede resultar útil: el camino de salida es el mismo de entrada. Además el camino que habíamos

recorrido era paralelo al cauce del río; es decir que, básicamente, era una línea recta.

A ello me aferré. Y toda clase de obstáculos enfrentamos. La calma llegaría a nuestros corazones al ver el primer vestigio humano. Una carretera despejada paralela al valle por el que habíamos entrado. Ya el hechizo se estaba desvaneciendo y el encantamiento se había esfumado ante el horizonte que se abría en frente nuestro. La carretera nos llevaba a la principal. Pero todavía era muy pronto para volver. La lluvia llegó y buscamos resguardo bajo unos pinos. En silencio nos sentamos a ver la apacible lluvia iluminada por un sol tardío que reconfortaba nuestro espíritu, mientras en el reproductor de André escuchábamos a Lou Reed cantar pausadamente: “*Just a perfect day, you make me forget my self...*”. Estábamos de acuerdo con Lou Reed, había sido un día perfecto.



Los honguitos de la montaña mágica irradiaban con su cálida y serena luz mi andar. Sus destellos seguía en cada paso que daba. Tímidamente un camino fue dibujándose en el horizonte. Su luz desvanecía las sombras de la ilusión que conmigo llevaba. Otro mundo ante mí se descubría. Quería conocerlo, vivirlo, sentirlo, ser parte de él. Seguí el camino confiado en la luz que iluminaba mis pasos. La misma que me permitió ver la señal que me indicaba el camino a seguir.

La señal decía: “*Una mirada hacia adentro*”. Seguro estaba de querer echar un vistazo.

Pero antes de entrar, requisitos había que cumplir. Formular en palabras escritas adónde queríamos llegar; cuál era nuestra *intención* al echar tal vistazo.

Para mí era claro: autodescubrimiento; autoconocimiento; transformación. Procuré hacer una formulación más o menos teórica de ello; pero las experiencias con los honguitos habían comenzado a resquebrajar las estructuras del frágil edificio conceptual que había construido en mi carrera filosófica. Aunque leves pero firmes, algunos destellos de luz se filtraban por entre sus fracturas. Su luz tomaba consistencia al fundirse con la que emanaba del horizonte: la luz de los honguitos. Así, una mariposa fue tomando fuerza al ir delineándose su contorno con los colores de la luz. Esta fue la primera imagen con vida que floreció en mí; cuando anteriormente sólo lo hacían imágenes huecas, inertes, demasiado abstractas.

La mariposa entonces se dibujó en el trasfondo de una carga conceptual lo suficientemente pesada como para que tomara vuelo. Pero representaría el primer *intento* de deshacerme de viejos hábitos; de aprehender las cosas de un modo diferente; de enlazarlas de otra forma; de hallar otras conexiones; en pocas palabras, el primer movimiento de mi espíritu.

Con este bosquejo iniciaría la Maestría; dando el primer paso en el camino que ahora se abría ante mí. El bosquejo llevaba consigo la semillita de luz que los honguitos habían plantado en mí. Una semillita de la cual cualquier cosa podría

surgir. Fecunda semillita que abría un horizonte de posibilidades. Pero, ¿cuál de todas seguir? Fecunda semillita que había ido esparciendo su luz sobre el mundo en el que vivía; sobre mis creencias, mis presupuestos, mis valores; sobre lo que esto hacía de mí, lo que yo creía que era; poniendo, de esta manera, mi visión del mundo en cuestión.

Interrogantes poblaban las diferentes formas que en el transcurso del tiempo fue tomando el bosquejo. Cada interrogante se dirigía a diferentes esferas de la realidad, traspasando sus diversas capas hasta llegar a cuestionar la realidad misma; llegando incluso hasta los cimientos de la cultura en la que nació.

Esta fecunda semillita llevaba conmigo. Con ella vi el camino de la Maestría, el cual se abría ante mí como la posibilidad de alcanzar nuevas experiencias, viajes, nuevos conocimientos, cambios. Seguro estaba entonces de un par de cosas. Que el verdadero conocimiento no se hallaba en los libros. Luego, antes que realizar una indagación teórica, lo que quería era vivir; enriquecer mi vida con experiencias, buscando así la transformación. Y finalmente, y en coherencia con lo anterior, mi indagación o como se le quiera llamar, no seguiría los delineamientos habituales de investigación académica. ¿Cómo seguirlos cuando ellos mismos estaban en cuestión?

Claridad sobre esto tenía, pero aún no encontraba cómo direccionarlo. Un día asistí a una reunión del Taller Permanente de Cultura y Droga. Al final de la misma

algunos profesores de la Maestría tuvieron la palabra para darle la bienvenida a los estudiantes de la misma. Uno de ellos fue Jorge Echeverri<sup>16</sup>.

Mostraba una postura crítica ante el discurso académico, sus formas de conocer y, en especial, con relación al tema de la maestría. Entre palabras y palabras, formuló una pregunta contundente. “En vez del ¿por qué?, que habitualmente se formulan las investigaciones científicas, deberíamos preguntarnos más bien el ¿para qué?,” afirmó el profesor. A lo que llamaba con su pregunta, era a un cambio de perspectiva, así lo interpreté. Pero, además de esto, dijo también algo que llamó mi atención, cuya resonancia haría eco en mí, brindándole un norte a mi investigación. Se preguntaba el porqué se había investigado tan poco sobre los hongos en el taller de Cultura y Droga. Le parecía un hecho curioso. Decidí entonces enfocar la investigación en ellos. Y con el tiempo le propondría que fuera mi director.

Jorge aceptaría mi propuesta; así ésta no tuviera una formulación clara hacia dónde quería llegar. Pero ambos estábamos de acuerdo en ciertos puntos. Un estudio teórico no llegaba a lo que era en realidad la experiencia con los honguitos; “este tipo de estudios sólo le dan la vuelta a las cosas, se van por la tangente y no llegan a lo que es. De lo que se trata es de otra cosa. Yo no sé usted cómo va hacer. Ese es su problema. Yo solamente puedo darle algunas pistas o sugerencias”, me decía. Y así lo hizo. Me sugirió que fuera y le preguntara

---

<sup>16</sup> A quien de aquí en adelante se le llamará Jorgeche.

a los honguitos. “Porque la única forma de saber de qué se trata es teniendo la experiencia.”

Sus sugerencias me llevaron a dar un paso más en el camino de los hongos. “El único problema es que con ellos uno no tiene a qué atenerse. Como no es posible tenerlos a disposición, a menos que se los cultivara, lo cual es un poco engorroso y además implicaría otro tipo de cuestiones que sería decisión suya”, me dijo. Yo era consciente de lo “azaroso” de los honguitos, pero esto no me preocupaba. Por el contrario, me motivaba aún más. Pues significaba para mí entregarme al fluir de la vida. Sin previsiones, sin cálculos, sin control. Era tomar un riesgo. Un buen comienzo para cambiar de perspectiva.

La semillita que llevaba conmigo, me daba confianza. Confianza en que aparecerían. Y lo harían; incluso de las formas más inesperadas y sorprendentes. Pero antes habría de dar otro paso en este camino.



Comencé a indagar sobre los hongos, topándome con un libro a mi paso. *El hongo maravilloso: Teonanácatl. Micolatría en Mesoamérica*. Su autor: Robert Gordon Wasson. He aquí una historia que narrar.

Robert Gordon Wasson era un banquero neoyorquino recién casado con una pediatra rusa: Valentina Pavlovna. El día de su luna de miel, caminaban juntos por

las montañas Catskill, un área natural al noroccidente de New York, tomados de la mano. Valentina soltó la suya de la de su esposo, y corriendo con alegría se dirigió hacia la ladera de una montaña, poblada de árboles, cerca al sendero por el que iban.

Robert, sorprendido por el repentino movimiento de su mujer, observó cómo se agachaba emocionada a recoger innumerables hongos entre su falda, mientras cariñosamente los llamaba por su nombre en ruso. De inmediato reaccionó advirtiéndole a Valentina que podían ser venenosos, aun sin él conocerlos. Su mujer encantada no le hizo caso, pues los conocía muy bien, regresando a su lado llevando consigo cuanto hongo pudo recoger.

Robert no lo podría creer, pasando toda clase de pensamientos por su cabeza; hasta llegar incluso a pensar que esto sería el fin de su joven matrimonio. Y con mayor fuerza lo pensaría al ver a su esposa preparar la cena con algunos de ellos, mientras los otros colgados se secaban. Ni loco probaría la cena que su esposa había preparado.

Pero Robert, después de todo, era un hombre abierto. Pacientemente escucharía lo que esta experiencia le había dejado, buscando en sí mismo la razón de su reacción que tan profundamente lo había tocado. No encontrándola en sus reflexiones, inquieto e intrigado quedaría. Lo suficiente como para concentrar sus energías y esfuerzos en hallarla; abriéndole así el camino a una nueva ciencia: la etnomicología.

Su tiempo dedicaría al estudio de los hongos en diferentes regiones de gran parte de Europa; abordándolo desde diferentes ramas del saber, como la lingüística; pero, en particular, en el uso vivo de la lengua entre campesinos. Lo hacía siguiendo una intuición que con el paso de los días se hacía más fuerte entre los dos, pues su esposa lo acompañó en su búsqueda.

Esa intuición era que los hongos, de una u otra forma, se encontraban en los orígenes mismos de la religión y la cultura humana y que, por tal razón, se explicaba la división entre pueblos micófilos y micófobos<sup>17</sup>; conclusión a la que habían llegado tras esta primera incursión en el mundo de los hongos. Y que, a su vez, le proporcionaba la respuesta a la inquietud surgida de aquél día de luna de miel; dado que Wasson, descendiente del pueblo anglosajón llevaba consigo el carácter del mismo: micóforo.

Pero la inquietud había despertado su espíritu. Ya una búsqueda había comenzado. Una nueva inquietud, producto de una intuición de mayor alcance, se había ahora despertado. Y la vida le enviaría las señales para que continuara avanzando por el camino abierto por el hongo.

Una publicación desapercibida y olvidada; el dibujo de una estatuilla observada por un amigo suyo en un museo de Alemania; y una “información fortuita”, enviada

---

<sup>17</sup> Micofilia: amor por los hongos. Micofobia: miedo o rechazo a los hongos.



a Wasson por Robert Graves, lo pondrían rumbo a México, con la esperanza de encontrar allí un culto religioso a los hongos aún vivo.

Y lo haría. Gracias a la ayuda de una misionera evangelista que llevaba tiempo viviendo entre los mazatecos del poblado de Huautla de Jiménez, en el estado de Oaxaca; región conocida como la Sierra Madre Oriental. Eunice Pick se llamaba esta mujer. Vivía entres los mazatecos con el fin de aprender su lengua y hacer así la traducción del evangelio. Estaba enterada del rito sagrado de los hongos. Además porque había encontrado en él el mayor obstáculo para introducir su religión. Pues cómo convencerlos que con la hostia se entraba en comunión con Dios, cuando ellos mismos lo hacían por medio del hongo!

De cualquier forma, Eunice le facilitó a Wasson la llave que, sin saberlo, le daría acceso al ritual sagrado. Tan sólo una palabra: Ntixitho (el pequeño que brota). La palabra mazateca para referirse a los hongos sagrados con afecto y respeto, pronunciándola siempre en voz baja. Wasson la aprendió con su correcta pronunciación. Y la llevaría consigo hasta que, en su tercer viaje a Oaxaca y su segundo a Huautla, lograría abrir la puerta.

Andaba por las calles de Huautla, sin esperanza alguna de dar con su cometido, tras preguntar allí y acá por ayuda en su búsqueda. De pronto, se le ocurrió preguntarle al síndico<sup>18</sup> del pueblo. Con prudencia se le acercó hablándole de manera cortés y humilde, hasta que finalmente le dijo si podía hacerle una

---

<sup>18</sup> El síndico es la persona que queda a cargo cuando el principal (el alcalde) no está.

pregunta. Cayetano<sup>19</sup>, como se llamaba el síndico, le dijo que claro. Entonces Wasson le preguntó si sabía algo sobre... y dijo la palabra clave. Cayetano “no podía creer lo que escuchaba”<sup>20</sup>, mas al instante le respondió afirmativamente diciéndole que “nada sería más fácil”; pues él conocía una curandera de primera. Una mujer impecable. Lo citó en su casa una hora antes del atardecer, cuando él terminara su trabajo.

Wasson, acompañado de su fotógrafo Allan Richardson, cumplió la cita puntualmente. La casa del síndico estaba ubicada al borde de la carretera sobre una agreste loma, por la cual bajarían hasta su planada, donde había un cultivo de caña de azúcar, parte del cual ya había sido cortado meses atrás, quedando no más que el bagazo, sobre el cual crecían los honguitos.

Allí los encontraron. Frescos, rebosantes de salud y en gran cantidad. Con ellos, guardados en una caja, subirían la loma. Luego, Cayetano los enviaría con su hermano Emilio donde la curandera: María Sabina. Al llegar, se presentaron y le mostraron los honguitos. Ella y su hija los miraron con alegría. Entonces le preguntaron si podía presidir una velada para ellos esa noche, respondiéndole afirmativamente María Sabina.

Momentos antes, mientras Wasson y sus acompañantes estaban recogiendo los honguitos, Cayetano había ido donde la sabia y le había contado lo sucedido,

---

<sup>19</sup> Cayetano García Mendoza.

<sup>20</sup> “[...], por un momento dudé; pero el hombre rubio parecía saber demasiado sobre el asunto, esa impresión sentí. El hombre parece sincero y bueno. Finalmente les prometí traerlos a tu casa” (ESTRADA, 1984: 91).

diciéndole que el extranjero parecía ser una persona sincera y buena, prometiéndoles llevarlos donde ella. “Si tú quieres que así se haga, no me puedo negar. Eres autoridad y somos amigos” (ESTRADA, 1984:91), le respondió la señora. Ésta fue una de las razones por las que María Sabina aceptó. Quizá también porque en una velada previa a la llegada de Wasson, María acompañada por la esposa de Cayetano, había *visto* llegar al pueblo a “seres extraños. Parecían personas pero no eran familiares, ni siquiera parecían paisanos mazatecos” (ESTRADA, 1984:90). Aunque finalmente reconoce que así no hubieran sido recomendados por Cayetano, de todos modos hubiera aceptado mostrarles su sabiduría, “porque en eso no hay nada malo. Los *niños* son la sangre de Cristo” (ESTRADA, 1984:103).

A Wasson y su acompañante, María Sabina su sabiduría les mostró. Wasson quedó impactado. Era la primera prueba fehaciente de aquella intuición que se había ido dibujando al empezar a recorrer este camino. No sólo por la ceremonia en cuanto tal, sino aún más por lo vivido aquella noche. Experiencia que le daría luz y vida a otras indagaciones que en su recorrido le irían apareciendo<sup>21</sup>, y a las cuales se entregaría con igual ímpetu.

María Sabina le abrió la puerta, con la humildad de su sabiduría, al mundo sagrado de los *niños santos*. Wasson le abriría la puerta a Occidente a la

---

<sup>21</sup> Tales como: El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los misterios y Soma: The divine Mushroom of Immortality.

experiencia enteogénica de los honguitos mágicos. Y sería uno de los catalizadores de la era psicodélica; uno de cuyos precursores había sido precisamente el autor del artículo desapercibido que había llamado la atención de Wasson: Richard Evans Schultes. Otro de los precursores sería la persona que aislaría el principio activo de los hongos<sup>22</sup>, quien además, en asocio con Wasson, revelaría la pócima sagrada de los misterios Eleusinos: Albert Hoffman, descubridor de la LSD.

Así conocería a María Sabina, de quien aprendería el respeto por los honguitos; siguiendo su ejemplo empezaría a preparar veladas con una intención<sup>23</sup> para entrar en comunión con ellos. La claridad e impecabilidad de su espíritu sería la luz que me guiaría en las ceremonias; la luz que me guiaría en el aprendizaje con ellos. Una luz a alcanzar.

---

<sup>22</sup> “El nuevo principio psicotrópico llamado psilocibina, dio color violeta con el reactivo Van Urk, color que es característico de los derivados indólicos.” (HOFMANN, 1985: 60).

El reactivo Van Urk, es un reactivo específico para el reconocimiento de los alcaloides derivados del indol; facilita su reconocimiento por la coloración violeta que provoca al ser esparcido sobre los cromatogramas (técnica de análisis químico empleada para separar sustancias puras de mezclas complejas), en este tipo particular de sustancias: los alcaloides indólicos. Éstos alcaloides tienen como precursor al aminoácido triptófano, el mismo compuesto involucrado en la síntesis de la triptamina, de la cual proviene la serotonina, conocido neurotransmisor que interviene en diferentes funciones cerebrales, tales como el sueño, la cognición, la percepción sensorial, el ánimo, el apetito, entre otros. La psilocibina entra pues dentro del grupo de las triptaminas simples y en estrecha relación con la serotonina. Un parentesco que se extiende a otros compuestos químicos de similares características como lo es la LSD; cuyo descubrimiento ‘casual’, resultado del estudio dedicado a los alcaloides del cornezuelo de centeno, sirvió para que la empresa farmacéutica Sandoz fuera probablemente la única que tuvo el único laboratorio que, a mediados del siglo pasado, poseía el compuesto 4 hidroxindol, producto de tal investigación y sobre el cual se sintetiza la LSD. El tener éste compuesto posibilitó que A. Hofmann, aislara y sintetizara los principios activos del Teonanácatl, el hongo mágico de México, traído a la luz para Occidente por R. Gordon Wasson, quien al descubrirlo buscó de inmediato a expertos en la materia, encontrándose con Roger Heim, director del Museo de Historia Natural de París, un conocido y experto micólogo, quien tras viajar con Wasson a México, recogiera muestras de los hongos que llevaría a París, donde pudo hacer un cultivo de hongos, a partir del cual fue que empezaron a buscar la forma de aislar y sintetizar los principios activos, pero al no obtener resultados en los laboratorios a los que las enviaron, decidieron intentar con Hofmann, quien lo logró gracias a los bioensayos que realizó con ellos, en vistas de que era imposible por medio de animales.

<sup>23</sup> María Sabina dirigía todas sus veladas con una intención, principalmente la de sanar.

Con su guía daría un paso adelante en este camino. Jorgeche me había impulsado a dar el otro, al sugerirme que fuera y le preguntara a los honguitos los que quería saber. Pero, ¿qué era lo que quería saber? El anuncio de la maestría al pie del camino, “una mirada hacia adentro”, era algo que quería hacer; motivado por la confrontación de mi visión del mundo, a la que me habían llevado los honguitos al andar por el camino de la montaña mágica. Una profunda confrontación; luego de la cual llegaba a la conclusión de que no sabía nada; de que el mundo era una cosa diferente a lo que tanto se hablaba de él; de que era mejor callar, hacer silencio, porque, en realidad, no sabíamos de lo que estábamos hablando. Lo más prudente era hacer silencio y escuchar. Entonces ¿qué era lo que quería saber? Nada. No quería saber nada. Tan sólo aprender. Mi única intención. Ahora era sólo cuestión de esperar a que los ‘niños’ aparecieran.



Siempre me ha gustado caminar, en especial, por el campo. Al iniciar la maestría había vuelto a vivir en Manizales, tras permanecer un año en Pereira, luego de finalizar filosofía. Me ubiqué con mi compañera en un apartamento en un barrio llamado Alta Suiza. Ya había vivido allí por un mes en una ocasión cuando todavía era estudiante de pregrado. Frío y lluvioso me agradaba su ambiente; en particular por la montaña cubierta de pinos que se erguía a sus espaldas. Atraído me sentía

por ella, deseoso de conocerla. En aquélla ocasión no lo hice. Pero ahora que el mundo empezaba a abrirse ante mí, aprovecharía la oportunidad para hacerlo.

A la montaña se le conoce por dos nombres: el cerro de oro y el camino del zancudo. Nunca supe el porqué de los nombres, pero siempre la llamé por el primero. Empecé entonces a recorrer su camino. Al principio con timidez, sin llegar hasta el final. Luego lo haría hasta donde se cierra el camino: la reserva forestal de la empresa de acueducto Aguas y Aguas.

*Las palabras se sueltan al aire. Danzan con el viento, como una pluma, de un lado a otro, hasta que tocan tierra. Vuelan de persona en persona, hasta que alguna de ellas, por su roce, su contacto, la recibirá y en ella algo activará. Luego, ésta persona algo dirá, dándole un nuevo impulso para que siga volando, tomando, como el viento, caminos inesperados. Tan inesperados como sorprendentes para el primero que la lanzó; quien al verla volver con nuevos colores, asombrado observará cómo lo lleva por nuevos caminos.*

Así, ventilé en una ocasión la palabra hongo, volviendo a mí con los colores del cerro de oro. Por él caminaba con ellos en mi mente, pues lugar específico no me habían indicado. A lado y lado de la carretera los potreros se extendían. A su borde me acercaba y observaba. ¿Cómo saber qué potrero es el adecuado para ellos? Forma no la hay. Sólo la intuición nos lo puede indicar.

Subiendo por el camino del zancudo, a mi derecha un lugar había visto que llamaba mi atención. Hasta que un día decidí *intentarlo*. Era una hondonada, a cuya izquierda la montaña se erguía y cuyo lomo un trayecto seguía, hasta llegar a un llamativo montículo, cuyas faldas con la hondonada se unían. Por ésta caminé sin nada encontrar. Entonces al llamado montículo subí para el paisaje divisar. Al fondo a mi derecha los edificios se alzaban de la ciudad. A mi izquierda picos montañosos el cielo horadaban, mientras el nevado en su silencio observaba.

Palabras al viento lancé; palabras que no recuerdo. Pero escuchadas fueron al parecer, porque al volver sobre mis pies, una familia de hongos encontré. Mayor la sorpresa no podía ser, al tan hermosa familia ver sobre las laderas crecer.

Llenóse de alegría mi ser, al tan mágico día conocer. Con amor, cuidado y respeto, los 'niños' recogí, y a mi casa llevé. Incienso, música y una vela preparé, y mi primera velada inicié.

Suspendido en el espacio y el tiempo el hilo de la vida inició su recorrido. Partiendo de la fibra de mi corazón, despertada por el temblor de mi niñez, vibrando suelta al aire, un tejido comenzó a formarse, ante el cual sólo silencio puedo hacer. El tejido sagrado de la vida.



Velada tras velada iría entretejiéndose, en el silencio de la vida y con el ritmo de la música que me acompañaba. Tejíase en el silencio de la oscuridad, enlazando todo con cada puntada de *sentido*. El sentido, ahí, deslizándose rápidamente por

cada hebra; palpitando en cada movimiento, cada gesto, cada cosa, cada detalle por pequeño e insignificante que pareciera; tomando la velada uno propio.

Su sentido tenía un rumbo, un destino, cuyo núcleo de origen era uno sólo: el corazón. La conexión primigenia con la vida; el vínculo sagrado. Formular la intención de la velada es algo que debe surgir, tan claro como el agua, de este vínculo; debe estar en consonancia con él. Pero, ¿qué tanto nos conocemos como para que esto se dé así? ¿Qué tan bien escuchamos la voz de nuestro corazón? ¿Qué tanto la escuchamos cuando en el mundo en que vivimos perseguimos ilusiones, imágenes vacuas, fantasmas, etc.?; o cuando no es esto, vamos tras la imagen de nosotros mismos. Una imagen, no más. Pero es una a la que le damos vida con nuestra energía; la sostenemos con nuestro pensamiento, con nuestros actos; sentimos como se supone que se debe sentir la imagen. Y como imagen que es, frágil es. Sus pilares son temores infundados. Por consiguiente, si alguien a ellos ataca, nos defendemos a capa y espada. Entonces las cosas no empiezan a marchar.

Los pilares del miedo han tomado tal fuerza que uno mayor aparece. El miedo a enfrentarse a sí mismo; a la imagen que de nosotros tenemos. No queda de otra más que refugiarse en ella y defenderse de ese mundo cruel y despiadado, con aquello que creamos es nuestra mayor fortaleza.

Viviendo así, ¿qué tan sinceros podemos llegar a ser con nosotros mismos, como para formular una intención clara y prístina ante algo sagrado que pone en



*evidencia* lo que creemos ser, las ilusiones, los miedos, la imagen, todo, absolutamente todo?

De imágenes está hecho el mundo, además de la nuestra. Imágenes prefabricadas, huecas, sin corazón alguno. ¿Qué encontraremos de real en ellas cuando por su vacuidad no *reflejan* nada? Además es imposible que reflejen algo cuando nosotros somos también una imagen. Entre imagen e imagen sólo hay un vacío. Un vacío de realidad. Por principio, será imposible allí encontrarnos, conocernos a nosotros mismos. Pues divididos andaremos entre lo que realmente somos, luz de vida que emana de nuestro corazón, y lo que creemos ser; y más aún cuando el mundo en que vivimos está fabricado a base de imágenes, reforzadas constantemente por la cultura de la que hacemos parte a través de distintos medios, empezando por los de comunicación, seguido por el sistema escolar en sus diferentes niveles. Las bases ontológicas y epistemológicas de nuestra cultura, la occidental, están basadas en una representación que, por derecho propio, es mental; trayendo consigo por consiguiente, un desfase de realidad. Vivimos como seres producto de una cultura racional, para terminar siendo seres representados.

♠

El *sentido* salía a flote en las veladas a través de acontecimientos vividos recientemente o en días pasados, o hace mucho tiempo; a través de los sueños; de alguna palabra flotando en el aire; del recuerdo de una sensación o un

sentimiento; de la forma particular de alguno de los hongos; de su cantidad; de la forma en que los encontraba, en que los recogía; de la música; de algún insecto que aparecía durante la velada. En fin, todo lo que rodeaba la velada tenía y tiene algo que decir.

Pero el *sentido* se delineaba a partir de la *intención* interiorizada en el transcurso de los días previos a su encuentro. Aunque la velada siempre terminaba desbordando la intención. Debido, en cierta medida, a que probablemente nunca se esté lo suficientemente preparado para lo que el hongo nos muestra; y, por otra parte, aunque coherente con lo anterior, muchas veces no se quiere escuchar lo que el Hongo tiene para decir.

Sin embargo, es ahí donde está la confrontación con uno mismo. Lo más valioso de la experiencia; porque sólo así las imágenes empezarán a caer y el velo a descorrer. Liberándose gradualmente la energía que las sostenía. Es allí donde la luz de vida que fluye en el corazón nos dará el soporte para afrontar tal situación. Y es de allí de donde surgirán las enseñanzas del Hongo; ya que, como antes lo mencionaba, el corazón es el vínculo sagrado. De este modo, la energía liberada lo irá fortaleciendo con cada confrontación.



Con suavidad, con serenidad; con humildad y sinceridad; pacientemente recorramos este camino de la vida.

César había abierto en mí el vínculo emocional con la música. Sin barreras de por medio, ésta me llegaba directo al corazón. Vibraba con ella. Toda clase de sentimientos surgían dentro de mí con cada canción. Adonde fuéramos la llevábamos con nosotros. Lo que hiciéramos siempre estaba acompañado por ella. Innumerables recuerdos de experiencias vividas con él y otras personas quedarían grabados en mi *memoria* con la música que escuchaba en aquella época.

Su espíritu inquieto generaba permanentemente conversaciones entre los dos. Intrigados por la vida nuestros cuestionamientos a ella se dirigían. Recuerdo una ocasión en que sentados en la cocina de mi casa, César me preguntó: “parce, ¿será que algún día sí encontraremos *algo*? En aquél momento el tono de su pregunta revestíase de pocas esperanzas. Pero si a él le faltaban a mí me sobraban; asombrado por lo que la música despertaba en mí, confiaba en ello absolutamente. Entonces le respondí: “Sí, parce, yo estoy seguro que sí.” Y lo encontraría. En una montañita a las afueras de Manizales.

Una inquietud filosófica había provocado en mí la lectura del libro de Jaspers. “Lo circundante” no aparecía por ningún lado. Era un concepto fuera de mi alcance. Se encontraba más allá de mi mundo circundante. Hacía un gran esfuerzo por *verlo*, sin lograrlo. Finalmente, pasaría al olvido y seguiría mi camino.

En cambio, a Sartre lo sentía más cerca de lo que había vivido. Por eso había puesto todo mi empeño en comprender su pensamiento. Así, me acercaría a la fenomenología de Edmund Husserl, en un intento por llegar al pensador francés.

Pero la fenomenología era para mí como “lo circundante” de Jaspers: un discurso lejano. No obstante, esta vez persistiría en el intento.

Con Sartre y Husserl revoloteando en mi cabeza, iba a la montaña mágica. Y experiencia tras experiencia los honguitos fueron abriéndome la puerta al mundo fenomenológico, al mundo de las esencias. Una perlita multicolor me obsequiaron. Al ponerla en mi corazón, la fecunda semillita de luz en que se habían convertido todas mis experiencias con ellos, irradiaba todos los colores de la vida. Entonces los cifrados conceptos fenomenológicos salían de su rígida caparazón y el mundo de las esencias aparecía ante mí, tan claro y prístino como el agua.

Con esta perlita me dirigí al cajón de los libros; tomé entre mis manos el sagrado libro que sobre *el ser y la nada* discurría, lo abrí y comencé a leer su introducción. Su cifrado lenguaje ya no lo era más. Iluminado por la perlita, veía ahora lo que sus palabras guardaban. Y sí, de un conocimiento de la vida trataba. Un conocimiento más allá y más acá de todo conocimiento. La fuente primigenia del mismo. No podía creer lo que veía.

Sobre la fenomenología en su introducción hablaba Sartre, e iba al meollo de la misma. Y yo lo comprendía. Comprendía de qué se trataba la fenomenología. A la inversa de lo que esperaba, accedí a ella por medio de Sartre.

Gracias a este obsequio de los honguitos pude sacar adelante mi monografía sobre Sartre y culminar la carrera universitaria de filosofía. Guardaría conmigo este obsequio como un tesoro. Aguardando el momento de emplearlo de nuevo. Y

ese momento llegaría al emprender el camino de la Maestría. Pero antes la perлита se iría cargando de la energía de las nuevas experiencias, hasta el día en que dejaría de ser un obsequio para fundirse con la fecunda semillita de luz y esperar el momento de florecer.

No obstante, para fundirse ambas en una sola sería necesario superar los diferentes obstáculos que saldrían al paso. El más difícil: la imagen que tenía de mí mismo.



Algo *sabía*; cuya fuerza era para mí innegable. Una vez que algo nos es *mostrado*, tomamos cabal conciencia de ello, y *sabemos* su verdad, es decir, lo aprehendemos con toda su evidencia (apodíctica diría Husserl), no podemos dejarlo pasar de largo, obviarlo y seguir repitiendo lo mismo. ¿Por qué no cambiar las cosas, darles la vuelta y descubrir lo que se oculta tras la pasividad? Para mí, hay un compromiso con ello. Esto mismo lo había encontrado en Sartre<sup>24</sup>; y esto fue lo que me acercó a él.

---

<sup>24</sup> Éste es un punto de encuentro entre el chamanismo y la filosofía. Kajuyali Tsamani, en la introducción a su libro *Ayahuasca – Yagé, Der schamanische Weg zu neuen Erkenntnissen*, titulada *Chamanizar*, nos habla de la fuerza chamánica: “Chamanizar es la voluntad de poder, es la fuerza de la afirmación de la vida, la cual nomadiza la existencia [...]. La fuerza chamánica, como poder del devenir, posibilita el devenir animal. Ayuda al cuerpo a reorganizarse, lo libera de sus ataduras, las que lo ligan a una determinada identidad. Lo ayuda a encontrar el lenguaje, su lugar [...]. La fuerza chamánica permite fluir a los hombres de cuerpos atados en el devenir continuo del espacio de los humano” (TSAMANI, 2003: 13). Traducción propia.

La fuerza chamánica es una fuerza activa, en contraposición a la fuerza reactiva (pasiva) que es la que propende por la conservación de una determinada identidad, cuerpo y organismo. Esta misma fuerza activa la podemos ver en Sartre y su propuesta existencialista. Es la misma fuerza que subyace al compromiso con la existencia; un compromiso con la conciencia. Acusado por difundir una postura quietista y pesimista ante la vida, responde: “La doctrina que yo les presento es justamente la opuesta al quietismo, porque declara:

Uno, si no el mayor impedimento para efectuar este cambio, para actuar, es la imagen de nosotros mismos. Normalmente, hay entre ella y lo que *somos*, fuente de luz que fluye de la vida gracias al vínculo sagrado, un campo de energía en tensión; porque la imagen que creemos ser se encuentra en la mayoría del tiempo en conflicto con el mundo; más aún cuando el mundo en el que vivimos, aquél que validamos con nuestros actos, pensamientos y sentimientos, es decir, con todo nuestro ser, no refleja nada ni siquiera a nosotros. Por una sencilla razón: él también es una imagen, vacua e irreal; y porque además, una vez es convalidado por nosotros desde la imagen que creemos ser, no sólo convalidamos todo un mundo de imágenes, sino que lo estaremos viendo a través del reflejo de nuestra propia imagen. En pocas palabras, vemos del mundo lo que ponemos en él; lo que reflejamos en él.

La energía sagrada del hongo entra en este campo de energía en tensión. Según el estado en que nos encontremos, entra con facilidad o dificultad; es decir, hasta cierto punto, depende de nosotros que su energía fluya sin dificultad. Pero, por otra parte, a dosis altas, si se es prudente, no hay de otra que dejarse llevar, porque de lo contrario, en una experiencia pesada puede terminar.

Como lo venía diciendo, el hongo entra y te muestra. Te muestra lo que necesitas ver, y el resto lo guarda en tu corazón; de manera que, a medida que vayas cambiando según lo que *viste*, según lo que te ha enseñado, el resto va saliendo

---

sólo hay realidad en la acción; y va más lejos todavía porque agrega: el hombre no es nada más que su proyecto, no existe más que en la medida en que se realiza; por lo tanto, no es otra cosa que el conjunto de sus actos, nada más que su vida." (SARTRE, 2000: 56).

de tu corazón, poquito a poquito, en sueños, en déjà vu; prestarás atención a sutiles detalles que, en otras ocasiones, hubieran pasado desapercibidos a tu *mirada*. Alguna palabra; un olor trayéndote algún recuerdo; una inesperada sensación. En pocas palabras, te abre “las puertas de la percepción”<sup>25</sup>. Pero sólo te serán abiertas las puertas en la medida de tu actuar en relación con lo que te ha mostrado, lo cual sólo se convertirá en verdadera enseñanza al actuar, al cambiar, al transformarnos. Si no, no sirve de nada.



Los honguitos hicieron un bordado en mi corazón, en el transcurso de las veladas que realicé desde el inicio de la Maestría hasta concluir el período presencial en ella. Lo hicieron entretejido con la música que siempre me acompañó durante las veladas. Fueron dos agrupaciones musicales: Dead Can Dance y Luis Paniagua<sup>26</sup>. Un tejido bordado con la delicadeza femenina; la firmeza masculina; y la alegría infantil. Toda una vida por descubrir había sido bordada en él. A la espera de salir a la luz en el momento en que me enfrentara a la oscuridad de mis miedos; la vacuidad de mis vanidades; la cobardía de mi ego; el volátil orgullo de mi intelecto; en resumidas cuentas, la ilusoria imagen que tenía de mí mismo.

---

<sup>25</sup> Título del famoso libro de Aldous Huxley, en el que narra su experiencia con mescalina.

<sup>26</sup> DEAD CAN DANCE, es una agrupación musical integrada por Lisa Gerard y Brendan Perry, formada en Melbourne en el año 1981. Su nombre hace alusión al dar vida nuevamente a algo que está muerto o inutilizado por mucho tiempo, como, por ejemplo, algunos de los instrumentos musicales empleados en sus composiciones de origen medieval algunos de ellos, o ritmos musicales olvidados. Algunos de sus trabajos son: Into the Labyrinth (1993), Toward the Within (1994) y Spiritchaser (1996), entre otros.

LUIS PANIAGUA, nacido en Madrid en el año de 1957 y con formación musical occidental y oriental, empezó a componer desde el año de 1980. Igualmente emplea en sus composiciones instrumentos musicales antiguos, algunos de hasta 4.000 años de antigüedad como al lira, la kithara y el arpa arqueada. Algunas de sus composiciones son: Soltando Amarras (1996), Nanas del Sol (1999) y Muy Frágil (1993), entre otras.

Sólo empezaría a darme cuenta que algo había sido tejido en mi corazón, luego de que una puerta por el Hongo fuera abierta en una sesión con Jorgeche, en la cual consumía por primera vez una cantidad mayor a la que estaba habituado.

Los días pasaron. La primera semana mi mente se apagó. Era y no era; estaba y no estaba; simplemente ahí. Sólo el silencio me acompañaba. Luego, la segunda semana, *algo* se despertó en mí. Empecé a escuchar Dead Can Dance y Luis Paniagua. Colores, sonidos, imágenes, sensaciones, comenzaban a fluir libremente desde mi corazón hacia la superficie de mi ser vibrando en una sola sensación; vibrando con cada canción, cada palabra, cada sonido, vibrando con la vida.

Escuchando la música de Paniagua, me llenaba de asombro. Jorgeche me lo había recomendado y facilitado. Lo ensayé en una velada, pero no escuché nada, incluso me incomodó, hasta el punto de preferir quitarlo. Prácticamente lo había dejado a un lado, hasta que el Hongo me abrió la 'puerta' y escuché la música más hermosa de mi vida. Su belleza, inefable. Paniagua reproducía la armonía de la vida. Una felicidad inmensa me embargaba; de alegría me embriagaba. Lo que sentía con esta música me hablaba al corazón; me hablaba de algo por venir y del porvenir. Fuertemente lo sentía, aunque no lo *veía*; esto no me importaba, porque su belleza y armonía eran como una fuente de energía inagotable. Fuente de alegría. La alegría de la vida en flor.



En medio de este éxtasis, empecé a **ver** al Hongo. *Lo veía crecer sobre la tierra, “como el viento que no se sabe de dónde viene ni porqué”<sup>27</sup>. Así, sin saber de dónde ni porqué, el hongo sobre el lomo del viento venía, sobre la tierra caía y allí crecía. Con la fluidez de la lluvia lugar se abría entre la boñiga. Filamento tras filamento entretejiéndose iba, hasta que el capullo del hongo se formaba. En su capullo la energía sagrada de la vida estaba; entonces un sol abrasador al ritmo de los tambores lo llamaba. Crecer y florecer<sup>28</sup> es ahora su deber. Crece, hongo, crece, lo llama así el sol. Y al ritmo percutivo del sol su sombrero empieza a abrir. Y la sabiduría solar a recibir, mientras su sombrero cual ojo a la vida se abre, bajo la **luz** que el astro solar le ofrece. Una vez la **luz** es recibida, al viento sus esporas son ofrecidas.*

*Algunos su ciclo cumplirán, mientras otros con el hombre se irán. Y a la luz de la luna su sabiduría develarán, a hombres en la oscuridad que en vela estarán. Seres que luz recibirán, seres que con sus palabras, cual esporas, la luz esparcirán; porque en infinita gratitud estarán, pues con la sabiduría del hongo vivirán.*

Al principio lo tomé como una visión. Ahora comprendo que al Hongo *vi* a través de y gracias a la energía universal sagrada que, en ese momento, en mi corazón palpitaba; porque la fecunda semillita de luz que el Hongo había plantado en él,

---

<sup>27</sup> Esto fue lo que un mazateco le respondió a Wasson, cuando éste le preguntó por el significado de la palabra en su lengua (Ndi-xi-tjo) para el hongo. Le dijo: “el honguillo viene por sí mismo, no se sabe de dónde, como el viento que viene sin saber de dónde ni porqué”.

<sup>28</sup> Como flores eran llamados los honguitos por los Aztecas; y a la experiencia que ellos desencadenaban le daban el nombre de Temicxoch, cuyo significado es “sueños florecientes.” (RÄTSCH: 11).

comenzaba a crecer. Y un viaje en el horizonte empezaba a aparecer. La hora del enfrentamiento se acercaba, pues excusas para cambiar no quedaban. Una imagen por deshacer y viejos hábitos que deshacer, era lo que urgía hacer. Llegaba la hora de *actuar*.



La velada con los ‘niños santos’ me había abierto las puertas a su dimensión sagrada. Del desprevenido uso lúdico comenzaba ahora a caminar por el camino del Hongo, guiado por la luz de la velada, con cuidado y respeto. El espíritu de la montaña mágica en las veladas empezaba a *ver*. De fórmulas me decía que no se trataba; pues en un *intento* por romper la ilusión cartesiana de obtener un ‘conocimiento’ sobre los hongos que me fuera útil a la hora de buscarlos, había tratado de ser espontáneo, llegar desprevenido y confundirme con la montaña en el canto de los pajaritos que por allí rondaban.

El ejemplo lo había tomado de Jorgeche, en una ocasión en que, al seguir el rumor de que en Filandia<sup>29</sup> se encontraban honguitos por cantidades, fuimos hasta allí a ver si era verdad lo que se decía. Tras una búsqueda infructuosa, Jorgeche tomó el camino de vuelta, mientras yo y mis compañeros de camping allí nos quedábamos. Caminando de regreso adonde mis amigos, me entró una llamada de Jorgeche a mi celular. Contesté, pero él no respondió; sólo escuchaba su cantar en su caminar. Extrañado por lo sucedido, mi camino seguí y su cantar continué; luego del cual, tras un par de pasos dar, una familia de honguitos en mi

---

<sup>29</sup> Pueblito del Quindío.

camino pude ver. Sorprendido por el encuentro, en mi memoria quedó el recuerdo. Los honguitos como niños son, pensé, y las canciones han de gustarles, conjeturé. El ejemplo en Maltería intenté, y con resultados sorprendentes me encontré. Como una fórmula lo utilicé, y de nuevo los hallé. La montaña entonces me mostró que con fórmulas no es la cuestión. El ejemplo había tomado y como una cosa lo había empleado. En este simple acto, algo de mayor impacto se ocultaba. Algo que sobre el conocimiento y el ser trataba. Algo en cuyo conocimiento mi ser implicado estaba. Buscarlo de mí dependía, y en ello me empeñaría. Con respeto a la montaña y los 'niños' tratar debía, y en mi búsqueda ello aprendería.

Jorgeche me hablaba sobre un amigo suyo, quien vivía en un lugar muy especial. El amigo: William Torres (Kajuyali Tsamani); el lugar: Nabi Nunhue (casa del jaguar en lengua Kogi), Sus historias, sus experiencias, despertaron en mí el deseo de conocer a esta persona tan especial. Finalizando el primer año de Maestría, programaría un viaje a Pasto con la única intención de conocerlo y conversar sobre los 'niños santos'. Me acompañaría en este hermoso viaje, la mujer que ha sido mi compañera de vida desde que conocí los honguitos: Luisa. Con la emoción de viajar hacia el Sur, emprenderíamos este viaje.

Tras un breve paso por Cali, arribaríamos temprano en la mañana a la ciudad de Pasto. Luego de recibir las indicaciones de Jorgeche, sobre cómo llegar a la

maloca<sup>30</sup> de William, tomaríamos la Van<sup>31</sup> rumbo a Chachagüí. Completos desconocidos y sin previo aviso, sólo llevábamos con nosotros una palabra mágica: Jorgeche. La palabra con que nos abrirían las puertas de Nabi Nunhue.

Adriana, la esposa de William, sería la primera persona que amablemente nos recibiría. Luego conoceríamos a la delicada y afable persona de William, quien cordialmente nos ofreció la maloca de huéspedes para pasar la noche. Asuntos tenía primero que atender, pasando antes de atardecer a saludarnos y conversar un rato. Cautivados nos encontrábamos, respirando la pureza y serenidad del lugar en el que estábamos.

William llegaría bajo la lluvia que atardecía; la observábamos caer mientras un cigarrillo se fumaba y tímidamente conversábamos. Al acabar su cigarro, abriría la colilla y el tabaco restante a la tierra lo ofrecía. Luego nos haría pasar a la maloca, no sin antes descalzar nuestros pies para entrar a ella. Sentados sobre una colchoneta hablábamos. Pacientemente me escuchó hablar sobre lo que en esos momentos tenía para decir acerca de mi búsqueda con los honguitos. Le decía que buscaba la forma de expresar lo vivido con ellos. Y muy sinceramente me respondió que él no poseía algún conocimiento sobre ellos y que, por consiguiente, no los manejaba. Pero que había oído que el taita Florentino Ágrede, de la comunidad indígena Kamentsä del bajo Putumayo, quien vivía en el Valle del Sibundoy, los utilizaba en combinación con el yagé. Así que sería bueno que lo

---

<sup>30</sup> La maloca es una construcción indígena, cuyo nombre es propio de las comunidades aborígenes de Colombia. Entre los múltiples significados que se le pueden asignar, está el de “la casa de todos”.

<sup>31</sup> Pequeño vehículo de transporte colectivo.

visitara. Él lo conocía, entonces podíamos decirle que íbamos de parte suya. Ahora teníamos otra palabra mágica: William.

Aunque, por otro lado, él conocía un sitio sagrado, un lugar de poder, donde sabía crecían los honguitos. La cascada del Wilke, se llama el lugar, nos dijo; narrándonos a continuación una bella historia, la historia sagrada de este sitio. Sin embargo, nos advirtió o, más bien, recomendó que primero debiéramos hacer una ofrenda de tabaco a la cascada, pidiéndole el permiso para pernoctar allí. “Pues muchas historias se han escuchado, de cómo jóvenes impertinentes han recogido y comido allí los honguitos sin ninguna clase de respeto, siendo espantados del sitio por los espíritus que allí habitan, y les ha tocado salir corriendo despavoridos”, nos contó. Tras esta breve conversación se retiró a compartir con su familia. Encantados por la magia del lugar y de William, pasamos la noche de año nuevo con todo un viaje por delante que realizar: nuevos lugares que conocer, enseñanzas en práctica que poner y nuevas experiencias que vivir. William, humildemente, nos había mostrado un camino que recorrer.

Al día siguiente, con las energías renovadas, nos despedimos de William y su familia, agradeciéndole tan calurosa hospitalidad. Así tomaríamos camino al municipio de la Florida, en busca de la sagrada caída de agua del río Chacaguaico: la cascada del Wilke<sup>32</sup>, a la búsqueda de los honguitos.

---

<sup>32</sup> Wilke: espíritu del agua. Nombre dado por los indígenas y ancestros Quillasingas. En: <http://www.laflorida-narino.gov.co/nuestromunicipio.shtml?apc=m1m-1577931-1577931&m=T>.

Nos bajamos al pie del camino. Fuerte caía la lluvia sobre las montañas. Tras cubrirnos con un plástico, tomamos el camino que unos pasos más adelante se abría ante nosotros. Serpenteando la ladera iba paralelo al curso del río. Sin saber qué tan lejos era, caminamos subiendo y bajando leves laderas. Al cesar la lluvia, seguimos el camino, respirando la frescura que a su paso había dejado, llenos por la belleza del paisaje que a nuestros ojos se ofrecía.

Si a nuestro paso aparecían, bienvenidos serían; mas nuestro espíritu con el paisaje tenía. Poco a poco en el horizonte fue apareciendo y a su encuentro nos fuimos acercando. Al cruzar un rústico puente sobre el río, se despejó ante nosotros el camino. Majestuosa e imponente desde lo alto caía. El trecho había sido más corto de lo que suponíamos y, por un instante, dudamos si habíamos llegado a la indicada. Sin embargo, fuese o no la señalada, su belleza era innegable.

Paso a paso nos acercamos, sintiendo su gran energía. Su fuerza nos bañó con una suave brisa. De una breve planicie, llegamos a un montículo donde podíamos observarla caer con todo su ímpetu.

Fascinados y encantados recorrimos los alrededores divisando todo el paisaje y buscando el lugar apropiado para pernoctar. Tras elegirlo, hicimos entonces lo sugerido. Con el tabaco en nuestras manos, permiso pedimos para allí la noche pasar; depositándolo en sus postrimerías, con todo nuestro respeto lo ofrendamos. Y así, mientras montábamos la carpa, vimos toda clase de gente llegar, para un

poco de agua tomar y recibir la energía sagrada de sus aguas, confirmándonos que era el sitio indicado por William. El día cerró su telón y la noche llegó.

Pasó por allí nuevamente una leve lluvia que nos hizo buscar el abrigo de la carpa. Al sentir que su paso por allí había terminado, salimos a contemplar una hermosa noche de estrellas, cuyo paso fugaz por el cielo cerró la noche en el Wilke con hermosura inefable, sin necesidad alguna de los honguitos que finalmente no aparecieron. Cobijados por la caída del agua, plácidamente dormimos con el calor en nuestros corazones de haber conocido las virtudes sagradas y mágicas de tan bello lugar.

Al encuentro de un cálido sol matutino, salimos de nuestra carpa. Luego de relacionarnos con el ganado que pastaba en nuestras cercanías, nos sumergimos en las frías pero enérgicas aguas del río. Llenos de energía emprendimos el camino de salida, encontrándonos a nuestro paso con otra cascada que había pasado desapercibida a nuestra vista el día anterior. Finalmente salimos a la carretera y caminamos hacia el pueblo. Era hora de continuar nuestro viaje.

Volvimos a la ciudad de Pasto, donde tomamos un transporte rumbo a la laguna de la Cocha. Ya en sus cercanías podíamos ver su inmensidad. Al llegar abordamos una lancha para navegar sobre sus aguas. Cruzamos la isla, para observar desde el otro extremo las verdaderas dimensiones del lugar en el que estábamos. Sus aguas perdiéndose en el horizonte, dando origen a diversos ríos que llevarían el líquido por serpentinosa cauces, nutriendo las fértiles tierras del sur.

Tras este breve paso por esta sagrada fuente de vida, salimos a la carretera a la espera de un bus que nos llevara hacia el Valle del Sibundoy. El para mí mítico Valle de las narraciones de Wade Davis sobre su mentor: Richard Evans Schultes. Según el cual, el lugar donde éste había encontrado más de un millar de alucinógenos<sup>33</sup>. Hacia allí nos dirigíamos en busca del taita Florentino Ágreda.

Desde el bus seguíamos observando las infinitas aguas de la Cocha bajo el sol del ocaso, para ir, poco a poco, sumergiéndonos en una región boscosa en medio de una solitaria y polvorienta carretera que la atravesaba; luego de la cual empezábamos a ver lejos en el horizonte un valle que suponía era nuestro destino. Lejano destino al que parecíamos nunca llegar, hasta que por fin andábamos sobre tierra y caceríos a nuestro alrededor comenzaban a aparecer. Escasos pasajeros continuábamos en el bus, hasta que un ayudante dijo: "Sibundoy". Nos bajamos del bus, tomamos nuestro equipaje y fuimos en busca de un hotel.

No tardamos en conseguir un cuarto. Amplio, sencillo, en un segundo piso y con vista a la calle. Con la satisfacción de haber llegado sin ningún inconveniente a nuestro destino y tener un cómodo lugar donde pasar la noche, nos dimos una ducha y salimos a conocer el pueblo. Fuimos en busca de un lugar donde

---

<sup>33</sup> "Fue en Sibundoy durante 1941, en el curso de su primera expedición en Colombia, donde halló la mayor concentración de plantas alucinógenas jamás descubierta. En un valle que se puede cruzar a pie en una mañana, había más de mil seiscientos árboles alucinógenos individuales, y eso sólo del género de las solanáceas." (DAVIS, 2005:204).



refrescarnos con una cerveza. Para nuestra sorpresa encontramos un bar de Rock con el nombre de un conocido programa de televisión: “La taberna de Moe”<sup>34</sup>.

Por lo retirado del lugar creíamos erróneamente que hasta allá no llegaba la cultura mediática; y menos aún cuando pensábamos llegar a una comunidad indígena. Por ello llamó nuestra atención; entramos al bar para escuchar la misma música a la que estábamos acostumbrados en los bares de nuestra ciudad. Nos tomamos una cerveza y volvimos al hotel.

Al día siguiente, con un sol radiante, salimos en busca de un medio de transporte para llegar a la casa del taita Floro. Preguntamos y preguntamos hasta que información nos dieron del lugar en el que podíamos tomar un taxi que nos llevaría hasta su casa. Poco a poco el carro se adentraba más y más en el valle. Diferentes cultivos veíamos a nuestro paso; y a la entrada de algunos ranchos, al borde del camino, hermosos floripondios exhibían sus flores acampanadas. Nos estábamos acercando a la casa del taita, pues el conductor nos había dicho que la familia de los Ágrede, vivían todos cerca los unos de los otros, señalándonos a nuestro paso la casa del hermano de Floro, el taita Juan Bautista.

Hasta que finalmente llegamos a su casa. Con la timidez del desconocido nos acercamos a ella. Aunque teníamos con nosotros la seguridad que nos brindaba la palabra mágica de William. Tocamos a su puerta, pero nadie respondió. Entonces fuimos hacia la otra puerta ubicada al fondo. Allí apareció una mujer que estaba haciéndole aseo al lugar. Le dijimos que íbamos de parte de William Torres y que

---

<sup>34</sup>Los Simpson es el programa televisivo.

queríamos conocer al taita. Nos dijo que era la esposa, pero que en el momento no se encontraba, pues la noche anterior había estado en una “toma” y que seguramente la habían seguido desde que todavía no hubiera llegado. Pero que si queríamos lo podíamos esperar y descansar adentro en unas colchonetas. Entonces nos preguntó si íbamos a tomar yagecito, porque esa noche él iba a dirigir una ceremonia.

Con timidez le respondimos pues que sí; pero que por el momento preferíamos ir a caminar un poco y conocer los alrededores. Cuando salimos, noté que el terreno de enfrente era un potrero; me pregunté si quizá él recogía los honguitos allí y me lo imaginé haciéndolo.

Fuimos a caminar por las tranquilas tierras de este valle. Caminamos durante largo tiempo, hasta observar no muy lejos en el horizonte una iglesia y lo que parecía ser otro poblado. Sin embargo, no fuimos hasta allí y más bien nos devolvimos a la casa de Floro. Al llegar vimos un carro estacionado, entonces supusimos que ya había vuelto. Y en efecto, pero había llegado directo a descansar. Nos quedamos sentados en una banca con el potrero en frente nuestro y unas montañas dibujando sus curvas en el fondo.

Las nubes habían cubierto ya el cielo que ahora tomaba un color azul grisáceo. Fuerte soplaba el viento que una leve brizna trajo a los alrededores. Entre el silencio del valle y el de nosotros, escuchábamos de vez en cuando movimientos de gente en el segundo piso. Y en ocasiones, una que otra persona se asomaba

por sus pasillos. Al parecer eran sus hijas e hijo. Luego los escuchamos reunidos, hablando y riéndose, al parecer en lo que sería la cocina o el comedor.

Finalmente apareció. Cruzamos unas pocas palabras; lo básico, por decirlo de alguna manera. Estaba ocupado en atender otras labores. Iba de un lado a otro, mientras le indicaba a una de sus hijas cómo machacar bien unas hojas en una vasija de madera, al tiempo que su hijo se encargaba de hacer fuerza en un intento por bajar una llanta del carro que estaba pinchada. También había otra persona que no era de la familia, pero que, por lo visto, era bien conocida entre ellos. También puso sus fuerzas tratando de soltar la llanta que estaba aferrada al carro. Una tuerca torcida era el gran impedimento. De observarlos pensé que por lo menos debería ayudarles en algo. Así que también lo intenté sin resultado alguno. Hasta que Floro se hizo cargo y pudo soltarla.

En mi mente tenía la inquietud sobre los hongos. Pero la total ausencia de confianza por ser un completo desconocido allí entre todos ellos; aunado al pensamiento de ir así no más y preguntarle directamente sobre la cuestión, lo cual me parecía completamente inapropiado, desembocó en optar por el silencio y simplemente observar y esperar la ceremonia. Además tenía tan poco claro lo que quería saber que una pregunta clara no se formulaba en mi cabeza; y también consideraba que el modo adecuado para saber algo de ellos por medio de él, no era a través de preguntas.

Permanecimos en silencio, observando pacientemente el acontecer del día en frente de nosotros, hasta que la hora de la ceremonia se fue acercando. Con el frío del anochecer entramos al salón de la ceremonia y sobre una colchoneta nos acostamos a descansar hasta que la misma tuviera inicio. Una a una las personas fueron llegando. Todas eran de la región que buscaban claridad, consejo o la solución a algún problema que los aquejara. Finalmente la ceremonia tuvo inicio.

A cada uno de los participantes les había sido encargada una vela y a quienes no la tuvieran se les dio una. Con ella en nuestras manos, en silencio escuchamos a Floro hablar sobre el yagecito. Cómo es un remedio que a él lo sanó de una enfermedad muy grave. Pero que para que sane hay que entregarse a él; dejarlo que haga sus cosas. Es una medicina que no cura de una vez, sino que es un proceso. Todo esto nos lo decía en tono cálido y de vez en cuando con una sonrisa en su rostro, sentado ante una mesita, con el altar a su espalda, en el cual fueron puestas las velas de cada uno de los participantes. Sin mayores atavíos, apagando la luz del salón, y quedando prendidas sólo las velas del altar, comenzó la ceremonia.

En el proceso de repartir el yagecito, un tabaco siempre lo acompañaba, el cual soplabamos sobre la coca del yagé. Coca tras coca todos fuimos tomando. Cada quien tomó su lugar; la mayoría acostados sobre las colchonetas. Sentado al lado de Floro siempre estuvo el joven que no era indígena ni tampoco de la región; era bogotano y al parecer aprendiz, porque todo el tiempo hizo las veces de ayudante, incluso hasta de encargado en los momentos en que Floro se ausentaba por

largos períodos de tiempo. Tocaba diferentes instrumentos musicales que acompañaron muy bien la ceremonia.

Ésta fue para mí casi una total oscuridad. Casi nada sentí y menos que poco fue lo que vi. Solamente un salpullido de colores sobre mí; como cuando el taita toma un líquido en la boca y lo sopla sobre nuestros cuerpos. Fue el único tipo de limpieza que tuve, aparte de la que Floro hizo al amanecer, puesto que ni purga o vómito en mí se dio. En cambio, Luisa tuvo una noche poblada de espíritus, visiones y demás sensaciones que, aunque no la perturbaron profundamente, inquieta sí la dejaron.

Al amanecer, luego de la limpieza y de haberle expresado nuestros agradecimientos a Floro y su asistente, nos marchamos. Emprendimos el camino de vuelta a pie, ya que no había otra forma. Sin embargo, unos metros más adelante, Floro nos recogió en su auto, pues también se dirigía al pueblo. Una vez allí tomamos el primer transporte que encontramos de vuelta a Pasto.

Tuvimos la oportunidad de disfrutar el último día de nuestro viaje en Pasto, del carnaval de blancos y negros. Regresando a nuestra ciudad con la emoción de haber vivido un viaje único y especial, agradecidos profundamente con William por habernos mostrado un bonito camino que recorrer; habiendo aprendido cosas aparentemente tan simples y elementales como hacer una ofrenda con tabaco para pedir permiso a los espíritus, pero llenas de significado y de un *sentido* y un *valor* que con el paso del tiempo iría comprendiendo en toda su amplitud. Así no

más, aprendería de William este humilde acto y conocería y entraría en relación con el espíritu ancestral y sagrado del tabaco. Espíritu aliado y protector.



Sobre la bola de cristal, en que se había convertido la imagen que tenía de mí, las enseñanzas del Hongo deslizábanse como gotas de agua. Sobre ella trataba de darles un lugar sin afectar en lo más mínimo el cristal. No obstante, su sagrada energía, velada tras velada, experiencia tras experiencia, había sido en mi corazón guardada al descorrerse el vaporoso tejido del cristal en cada una de éstas noches. Sin embargo, este tejido entretejido estaba sobre mi vida diaria, cerniendo su velo nuevamente sobre ella. Encapsulado en la bola de cristal sobre la vida andaba, mientras el velo de la costumbre conmigo arrastraba.

La fuerte experiencia en aquélla velada con Jorgeche detendría, por un breve lapso de tiempo, la inercia de este rutinario movimiento. Con mis hábitos en suspenso vería, por este período de tiempo, la vida con otro sentimiento. Con los colores de la sagrada energía, vivo me sentiría. Por la espontaneidad de la vida dejar me llevaría y lo que a su paso me ofrecía aceptaría. Entonces una grata amiga a viajar me impulsaría. Inconvenientes no le vería y a ello no me negaría.

Iniciando la Maestría, la universidad abriría convocatorias para financiar proyectos de investigación de postgrado. Jorge Ronderos, director de la Maestría, me invitaría a participar en la convocatoria. Con un proyecto planeado rápidamente en las postrimerías del cierre de la convocatoria, alcanzaríamos a entrar en ella. Una

joven egresada de filosofía y yo seríamos los investigadores. Sobre el yagé pensábamos trabajar, titulado al proyecto “Fenomenología de los enteógenos y su dimensión espiritual y cognitiva”. El proyecto sería aprobado por la universidad, asignándole un presupuesto. Pero primero había unas condiciones que cumplir; una de las cuales era que el proyecto presentado tenía que ser mi trabajo de grado de la Maestría. Primer obstáculo; pues desde el comienzo de la misma claro tenía lo que quería trabajar: los hongos y no el yagé.

A un lado y en suspenso fue dejado el proyecto. Saldría de nuevo al paso impulsado por Ronderos. Una nueva posibilidad se había abierto. Podría trabajar el tema de mi preferencia, conservando el nombre inicial con el que fue presentado. Un presupuesto había sido asignado y la oportunidad de aprovecharlo para mi investigación no ‘debía’ ser desperdiciada. Sin embargo, me preguntaba en qué me podrían servir tales recursos económicos, cuando en lo que buscaba no hallaba necesidad alguna de ellos. Así que, ¿para qué inventarme algo en qué usarlos si en lo absoluto veía su urgencia? No obstante, Ronderos urgía una pronta respuesta de mi parte. Entonces, la noche anterior al día en que mi decisión debía comunicarle, algo sucedió.

Por sus características diría que de Marte se trataba, pues rojo era el planeta. Equipados con trajes a propulsión, una niña y yo saltábamos jugando sobre su superficie. Nos divertíamos llenos de alegría, para encontrarme, al momento

siguiente, sobrevolando una hermosa pradera cercada a su derecha por una cadena montañosa. Entretenido en el vuelo, la observaba atentamente. A un lado de la pradera, una vía asfaltada su curso seguía; mientras al otro lado de la carretera, delineada por árboles en línea, la pradera continuaba. Un billete sobre el asfalto pude observar.

Mi sobrevuelo seguiría, hasta aterrizar al pie de la montaña, no sin antes haber notado la desbordante presencia de honguitos sobre todo el ancho de la pradera. Una vez sobre tierra, asombrado un rato permanecí observando el brillo de la vida en los colores de las plantas y flores que enfrente mío tenía.

A mi mente entonces vino, el recuerdo del billete en el asfalto. Caminando hacia allí me dirigí, encontrando a mi paso honguitos en familia reunidos por sobre toda la pradera. Ninguno recogí, pues primero al billete me dirigí. Una vez llegué al lugar donde lo vi, en frente mío un campesino me encontré. Viéndome de rodillas ante el dinero, una advertencia me dio: “ese dinero de muertos es”. Su camino siguió y su advertencia no escuché. Entre mis manos el dinero empecé a tomar; pero tanto era lo que había que en ellas no cabía. Entre mi camisa lo intenté, pero igual fallé. Recordé entonces que Luisa, al borde de la vía sentada sobre un tronco estaba y consigo un maletín llevaba. Con ella por el dinero volví. Era mucho lo que había, pero sólo tomé lo que en el maletín cabía. “Sólo lo que puedo llevar”, pensé.



Luisa, al ver tanto dinero, de entusiasmo se llenó, hasta que su mente absorbió. A recoger honguitos ahora con Luisa fui, con el dinero en el maletín. La carretera cruzamos y a la pradera entramos. Luisa sin mente corría, por el entusiasmo del dinero absorbida. Al ver la situación, comprendí que así no podía ser la cuestión. Recoger los honguitos con el dinero en mis manos, no podía ser. A Luisa traté de decírselo, pero mis palabras no escuchaba. Lo intenté y lo intenté, hasta que por gritarle opté. Sólo así me escuchó y entonces desperté, de lo que para mí un simple sueño no fue.

Al día siguiente me reuní con Ronderos para expresarle mi decisión. Mis razones no lo convencían; sólo comprendió hasta que le di la verdadera. “Tuve un sueño que para mí fue inequívoco sobre el camino a tomar”, le dije. Me causó sorpresa al decirme: “no me diga más. Comprendo perfectamente”. Quedando ese proyecto económico nuevamente en suspenso, hasta el día en que mi amiga Ofelia, compañera de Maestría y quien también resultó beneficiada con la convocatoria, acudió a mí a decirme que todavía le quedaba un suspiro a mi proyecto; que porqué no lo aprovechaba para viajar a México y conocer a los honguitos en su propia tierra, en la tierra de María Sabina. Despierto por la espontaneidad en que andaba tras la velada con Jorgeche, y atento a las señales de la vida que ahora captaba en el aire, *vi ésta* y decidí darle vida a ese proyecto que estaba a punto de morir. Así como nació, con la presión del tiempo sobre sus espaldas, así revivió, con sólo un par de días para reanimarlo.

Sobrevivió, poniéndome en el camino a México. Pero antes había asuntos por atender y fuerzas que descubrir. Pues tras el breve lapso de tiempo durante el cual pude experimentar la alegría de la espontaneidad, al tiempo de una atención presta a captar la riqueza de la vida instante tras instante oculta detrás de la habituada percepción, volvió a cernirse sobre mi vida el soporífero velo de la costumbre, formándose de nuevo la bola de cristal; aunque trastocada luego de lo vivido. Y cómo no, cuando la conciencia de los dos estados generaba una energía en tensión; mayor aún cuando en retrospectiva la bola de cristal aparecía nítida ante mí como lo que era; mientras que en perspectiva *veía* al otro estado como lo buscado, lo anhelado. Convirtiéndose así mi presente en esta fuerza en tensión.

Esta energía contenida tomaría forma en una conciencia con una dirección unívoca: actuar. Las excusas se opacaron ante su fuerza y la hora de operar un cambio comenzaba. Surgiendo en mí una conciencia decidida a enfrentar lo que fuera necesario. Con tal fuerza mis intenciones se hicieron claras tomando el color de la honestidad. La oportunidad entonces se presentó, no dando lugar a dudas.

Un taller sobre chamanismo, programado estaba dentro del seminario que llevaba el mismo nombre en el transcurso del último semestre de la Maestría. Dos talleres se iban a realizar; uno a cargo de Hernando Arango<sup>35</sup>, y el otro a cargo de William Torres. El primero lo haría sobre el tabaco; y el segundo sobre los cantos chamánicos.

---

<sup>35</sup> Fundador de la Escuela Chakra Vidya con sede en Pereira.

Con Hernando se programó una ceremonia de yagé; evento aparte de la Maestría. Por un momento estuvo en vilo, ante la ausencia de un lugar donde llevarla a cabo. Definido a última hora, tome mi *sleeping* y me embarqué hacia Neira.

Un café en la plaza del pueblo sería el punto de encuentro de los congregados por el yagé. Poco a poco fueron llegando los interesados. Una vez reunido el grupo, se contrató un *Jeep* para transportarnos hasta la finca donde se iba a realizar. Pendientes lomas comenzó a subir el Jeep, hasta tomar la carretera destapada. Sobre el lomo de una montaña transitó, arribando finalmente a la finca, centro de la ceremonia. Sus habitantes con cordialidad nos recibieron y en la parte trasera nos ubicaron.

Deshabitada se encontraba esta parte de la casa; conformada por una cocina, un baño, un ático y el salón. En éste sólo había una mesa grande que destinada sería al guardián del yagé. Empleada por él para la ubicación de los diferentes símbolos invocados y demás elementos de apoyo, convirtiéndose así en la mesa ritual desde la cual la ceremonia dirigiría.

Cada uno de los asistentes buscamos un lugar dentro del salón, algunos en la cocina, dónde ubicarnos. Yo lo hice al lado de la puerta que daba salida al lado de la casa que miraba hacia las montañas, en cuya lejanía podía observarse la ciudad de Manizales. Del otro lado, las luces del pueblo en el fondo se extendían.

Todo fue tomando su lugar en la ceremonia; y el fuego, iniciado de cara a las montañas, su luz comenzó a dar y su calor a compartir. Al pasar del tiempo fue

tomando fuerza, dejando con ella los primeros carbones. Recogidos entonces fueron por Gemai, ayudante de Hernando. Con la fuerza del fuego todavía en ellos, sobre una teja fueron puestos. Sus pequeñas brasas se encendían al revivir con el soplo de Gemai, mientras él sobre ellas copal esparcía. Un etéreo aroma fue poblando el ambiente, al pausado paso de Gemai, con el cual nuestro cuerpo bañado fue. Una ceremonia de yagé así comenzaba; al paso de las palabras que Hernando nos compartía, por el tabaco esparcidas.

Sentado en mi lugar lo escuchaba, al tiempo que concentrado en mis intenciones estaba, pidiéndole al yagecito, desde mi fuero interno, las escuchara. Toda mi intención, todo mi espíritu, sólo en ello volcado estaba.

Hernando comenzó a repartir yagecito. Al verlo en mi dirección señalar, a su encuentro me dirigí. Volviendo a mi lugar, concentrado permanecí. La ronda terminó y la luz se apagó. Sólo una permanecía encendida sobre la mesa del guardián, y su luz desde allí esparcía.

Entretanto, algunos se levantaban, caminaban, expectantes a la llegada del Espíritu, para terminar reunidos en torno al caluroso abrigo del fuego. Algunas palabras entre el silencio se cruzaban, por el fuego reconfortadas. También una que otra mirada, por las llamas del fuego despertada.

Tras abrigarme un rato con el fuego, volví a mi lugar. Con la primera nada percibí, entonces por una segunda me decidí. Me senté en mi lugar, en silencio y concentrado escuché. Escuché atento lo que el yagecito me empezaba a mostrar.

Decidido como iba, a hacer lo que fuera necesario por cambiar, sus enseñanzas seguí, sin hacerle caso a temor alguno que lo impidiera.

Una bolsita de perico llevaba conmigo en mi billetera. Compartiendo unos tragos con unos amigos en un fin de semana, lo había adquirido por la insistencia de uno de ellos en conseguirlo. Tiempos atrás lo había dejado y ningún interés tenía en retomarlo. A través de las experiencias y enseñanzas con los honguitos, había empezado a comprender el irrespeto cometido contra la plantica sagrada de la coca concretado en tal producto. Un círculo del cual era consciente cómo el mismo se reproduce y perpetúa al uno consumir dicho producto, entrando a participar del círculo espiritual y material en que ello se mueve.

Yo tenía deseos, mas la persona con que compartía seguía persistiendo, hasta que terminé por acceder. Ese fue mi error. A falta de carácter para decirle no, con el temor de dar otra imagen de mí y la ausencia de firmeza en lo que creía, reproduje el círculo. Uno que ya conocía y en el que no me quería ver de nuevo. Finalmente las circunstancias de la noche llevaron a que la bolsita no se abriera y yo me quedara con ella.

Esto el yagecito me mostró. Sentí entonces el irrespeto contra la plantica guardado en mi billetera. Allí lo busqué y sobre el pasto lo boté.

Con suavidad y mucha calma, el yagecito había ido respondiendo a todas las inquietudes con las que había llegado a la ceremonia. Llegado un momento, sentí que ya había obtenido lo que buscaba, entonces me pregunté: “bueno, y ahora

¿qué?”, pues la noche aún era joven, iluminada por una luna que derramaba su luz sobre las montañas.

Por otra copa a la mesa me dirigí. Sentado en mi lugar, en silencio seguía concentrado en mi interior. Pronto empecé a sentir un malestar en el estómago. Algo allí se estaba gestando y salir buscaría. Pero no era cualquier cosa; hondas raíces tenía y fácil no saldría. Pues gran parte de mi mundo en torno a él giraba. Familia y amigos relacionados con él estaban. Gran parte de mi vida a él había dedicado y mi energía entregado. Más que alegrías, problemas era lo que me había traído. La discordia en mi relación sentimental había instaurado. Los tremendos conflictos que me generaba, fatigado me dejaban, pues la visión del mundo me cerraba y la bola de cristal reforzaba.

Con este incómodo malestar en mí, salí del salón. Pero de mí nada salía. Entonces recordé unas palabras de Gemai: “Si alguien siente que necesita vomitar y no puede, no les de pena y pidan ayuda que yo se las puedo dar”. Pasó entonces a mi lado; aproveché y le dije que no podía vomitar. Me dio instrucciones sobre cómo provocarlo. Las seguí, pero aún no podía. Permaneció a mi lado, ayudándome con sus indicaciones. Hasta que el vomito salió. Me preguntó entonces si ahora me sentía mejor, le respondí que sí; me quedé otro momento en el mismo lugar, pues sentía que todavía faltaba algo. De repente, la purga vino y algo amorfo salió. Gemai, que iba camino a la fogata, giró hacia mí y me dijo: “ahora sí, yo *vi* que algo salió”. Definitivamente algo había salido, porque mucho

mejor me sentía, como si me hubiera descargado de un gran peso. El yagé me había purgado la mala yerba que había dejado crecer con el alcohol.

En el silencio de mi decisión la bola de cristal se había suspendido. En el silencio de mi voluntad con humildad escuché al yagecito. *Una* decisión; *una* voluntad. La energía en tensión en ello se había convertido; y en una *fuera activa* devino. Actué conforme las indicaciones que el yagecito me iba mostrando, liberando la energía represada en la bola de cristal; fluyó la energía de mi vida, *una* con la de la fecunda semillita plantada por los 'niños'; *una* con la sagrada energía del yagecito. Arrastrado por su corriente, casi disuelto en ella, en el infinito las visiones fueron apareciendo una tras otra, quedando sólo algunas grabadas en mi retina: el viaje a México; el yagecito con bata de médico, y las puertas de la sabiduría abriéndose; aunque entrar no pude, pues preparado no estaba.

La noche seguía su curso. Por fin se respiraba silencio, luego de que una de las asistentes lo hubiera perturbado gran parte de la noche al extrovertirse cuando la chuma le subió; de un momento a otro se calló, entró a la casa y se acostó en su lugar. Allí acostada empezó a tiritar de frío; sólo había llevado una frazada que, al parecer, no le era suficiente. Estaba cerca a mí y la veía moverse de un lado a otro acostada, buscando no sé dónde algo de calor. Yo esperaba a que alguien hiciera algo; miré a Hernando pero no parecía preocupado, ni tampoco con la intención de hacer algo por ella.

La energía que sentía en mí me proveía de suficiente calor; así que le ofrecí mi ayuda pensando en que debía hacerlo, ya que frío no sentía y había llevado conmigo un buzo de más. Le presté entonces mi sleeping; pero luego ella me dijo que porqué no usábamos su frazada poniéndola en el suelo y compartíamos los dos el sleeping. Accedí pensando que no era mala idea, que no había problema, y así seguía yo abrigado. Hicimos lo que propuso. Sintiendo todavía en mí el sagrado flujo de energía, busqué compartirlo con ella con intenciones claras. Era una energía que sentía debía compartir. Y así lo hice hasta el amanecer.

Sólo mucho tiempo después, comprendería que en la ceremonia la única responsabilidad era hacerme cargo de mí mismo. No sólo en esa, sino en toda ceremonia; dado que cada persona tiene una experiencia que vivir y afrontar, y uno debe intervenir en ello lo menos que se pueda.

Un nuevo amanecer entonces presencié. En la frescura de la mañana, en el brillo matutino del sol, en el verdor de las montañas, respiraba la serenidad de haber vivido tan maravillosa experiencia y dado un nuevo paso en este camino que apenas iniciaba.

Caminando bajaríamos al pueblo a disfrutar un café en la mañana que apenas comenzaba. El resto del grupo partiría de vuelta a sus hogares; mientras Jorgeche y yo buscábamos la plaza de mercado para un desayuno. Pero antes recorreríamos algunas calles del pueblo, conocido por él, pues allí parte de su niñez había pasado. Recuerdos de aquella época volvían a su espíritu,



compartiéndolos conmigo en un caminar pausado y sereno, hasta llegar a una cafetería enfrente de la plaza de mercado, ya que aún no había abierto. Allí continuó sus relatos, entre cucharada y cucharada de un caldo que renovaba nuestras energías tras la noche en vela.

Seguimos caminando hasta reunirnos con Ronderos y su esposa, quienes también asistieron a la ceremonia, para tomar el camino de regreso a la ciudad.

Así fue tomando consistencia el viaje a México. Con esta experiencia había *conocido* el fluir de la energía, liberada por la fuerza del actuar, proveniente de una *intención* clara, sincera y con la humildad del corazón. *Uno* en la intención; llena de fortaleza ante la ausencia de dudas, habitualmente surgidas de la bola de cristal; pero una vez puesta en suspenso fueron neutralizadas. Sin la sombra de las dudas, se alcanza entonces una intención comprometida; es decir, donde la conciencia es *UNA* con el corazón, hay unidad en nuestro ser. Así, la energía de la vida fluye en libertad<sup>36</sup>.

Y fluía en mi vida; fluía con la música que llenaba mi espíritu y entonces una evanescente presencia sentía y *veía*; veía que algo venía, sin idea alguna de lo que era. No me preocupaba intentando apresararlo, retenerlo para saber qué era; simplemente lo vivía, disfrutando la emoción que provocaba en mí. Además me

---

<sup>36</sup> “Una resistencia deberá ser superada, para abandonar el cuerpo y la forma organizados. Las fuerzas activas, las cuales atraviesan el cuerpo desprendido, ejercen presión sobre él y lo obligan a salir de sí, para fugarse del organismo, la identidad y la forma, para ingresar en una dimensión diferente de la vida.” (TSAMANI, 2003: 15). Traducción propia.

daba energía par ver cada día de una forma diferente. Lo cual en absoluto significaba que la bola de cristal no estuviera ahí; los pequeños cambios que había efectuado en la toma de yagé, sólo la habían trastocado ligeramente. Aún así sentía el cambio, y procuré mantenerlo. Sin embargo, en ocasiones me faltó firmeza; todavía faltaba mucho por transformar, cometiendo graves faltas en mi relación sentimental. Así que antes de viajar a México, requería de un saneamiento en este ámbito.



Los ‘niños’ me habían mostrado la belleza de la vida en cada pequeño y sutil detalle, hasta conformar todos un mundo, *otro* mundo, el del misterio de lo divino. Me fueron enseñando lo sagrado de la vida en sus dimensiones más profundas o, para ser más exactos, hasta donde mi constitución anímica me lo ha permitido. Comprendí lo sagrado desenvuelto en el fluir de los años de una relación; así como lo sagrado del ser femenino.

En éstos ámbitos había cometido una falta; la cual ocultaba y pretendía haber olvidado, escondiéndola con pensamientos simplistas. En diversas ocasiones en que había preparado veladas con los ‘niños’, esto, tarde que temprano, empezaba a salir a flote con la carga y el aspecto de lo que era: un irrespeto; un acto deshonesto, no más que opaco, marcado por el reflejo de su origen: el ego.

Al principio no le hice caso; luego, el yagé me lo mostraría de nuevo. Pero seguía sin reunir las agallas para sacarlo y decirlo frente a frente. Lo dejaba seguir,

incapaz de asumir el *sentido* palpitante en él. Fue tomando fuerza y más fuerza hasta convertirse en un temor de grandes proporciones. De un acto incauto, deviniendo en un secreto encubierto bajo la complicidad de pequeños temores egoístas (el cuidado de la imagen de sí, el miedo a enfrentarme cara a cara con mis actos), hasta llegar a transformarse en un temor que desbordaba la sanidad de mi conciencia. Precisamente, cosa tal sólo podría enfrentarse llegando a los límites mismo de la cordura.

La energía que me transportara hasta estos límites, en aquellos momentos no podría provenir de mi propio ser. Había sido el Hongo el que me lo había mostrado; si quería continuar por este camino, no podía seguir haciéndome el de la vista gorda, así que Él salió a mi encuentro para hacerme saber que esto no era un juego.

Había algo especial en ese hongo desde el momento en que lo recogí. Su vitalidad y su estado de crecimiento fue lo que me llamó a llevarlo sólo a él. No era cualquier hongo. En la velada *vería* su rostro; al *verlo* comprendí la seriedad del asunto. Era Él solo, porque tenía que ser compartido; con mi pareja. Era un asunto de dos.

Su energía se hizo notar durante un período de tiempo en el que ambos *vimos* y sentimos pasar ante nosotros todo un universo, dentro del cual Luisa se hizo parte de la energía sagrada universal, alcanzando una fuerte experiencia en la cual no

sólo *vio* la proximidad de mi viaje a México, sino que además *escuchó* la voz del Hongo.

Luego de que la energía del Hongo subiera a toda velocidad, lentamente fue bajando en el silencio del cuarto, sólo iluminado por unas cuantas velas. Mas el silencio, absoluto no era; sólo en un sentido. Era el silencio del enfrentamiento; era la hora de asumir lo que había estado ocultando. Era ahora, sin postergación alguna posible. Esa era la verdadera razón de nuestro encuentro; la verdadera intención del Hongo en la velada. En mí no había silencio. Con toda su fuerza me mostraba lo que había estado haciendo. Todo mi ser estaba impregnado del carácter de la falta. Busqué salidas, escapatorias; insistentemente le preguntaba porqué tenía que hacerlo. Pero las proporciones que había alcanzado eran tales que mi conciencia, en ese momento, vislumbraba los lindes de la sanidad. Costara lo que costara debía asumir la responsabilidad de mis actos. Sólo hasta que comprendí esto pude hacerlo. Y así lo hice. Gracias al Hongo, ella comprendió, asumiéndolo con serenidad y con amor. Gracias a él que muestra las verdaderas y sagradas dimensiones del amor.

Esta experiencia me enseñó el camino de la honestidad; en el cual tan sólo había dado un pequeño paso. El Hongo me lo había mostrado; y comprendí que era una exigencia suya si en realidad quería seguir aprendiendo. Pero para aprender hay que actuar. Y yo no lo estaba haciendo. A ello es a lo que el Hongo me estaba

llamando, y eso me estaba mostrando. Sin embargo, la verdad es que yo no lo veía. Encapsulado en la emoción de lo que sentía con la música, más la confirmación, con las visiones del viaje a México a través del yagé y el Hongo de aquella noche, de algo por descubrir en el viaje por venir, me sentía especial. Y de tal sentimiento las expectativas se nutrieron. Irreales y fantasiosas el ego que movía mi bola de cristal activaba su imaginación en fabulaciones sin límite, desfasadas de las reales necesidades de mi corazón.

Todo lo que me imaginé no fue más que una proyección de mi bola de cristal. Un proyecto egoísta. Lo suficiente como para no incluir a mi compañera en él. El amor de mi vida. La persona que la había endulzado con su desinteresado amor; la que había alimentado mi corazón con su cálida ternura, su paciencia, su comprensión y su apoyo incondicional. A esta persona la había excluido de mi camino; con frialdad pensaba en mis fantasías que si había que dejarla, lo haría, inventándome todo tipo de excusas.

Ella era consciente de ello. El temor a que no volviera albergaba en su corazón; en el silencio de su mirada guardaba su tristeza. Aún así, me brindó todo su apoyo. Y con destino a México partí.

## **MÉXICO: hora de actuar**

Lugar de llegada: San Luis Potosí, en las tierras del norte. Gracias a la colaboración de Joaquín Muñoz<sup>37</sup>, director de la EESCIHA, la cual por medio del convenio suscrito con la Universidad de Caldas, formalizó una invitación para participar en uno de los cursos sobre chamanismo y estados modificados de conciencia allí impartidos, brindándome así la posibilidad de acceder con mayor facilidad a la visa mexicana.

Permanecí unos días en San Luis, recibido por las personas relacionadas con la Escuela, quienes me abrieron las puertas de su hogar con calidez y humildad. Tras solventar un inconveniente que tuve con mi maleta, la cual no llegó a San Luis en mi vuelo, tomé rumbo hacia Real de Catorce, gracias a la sugerencia de una bella persona, egresada de la Escuela: Marlene.

### **REAL DE CATORCE: puerta de entrada al desierto de Wirikuta**

Llegué al pueblo cargando sobre mis espaldas viejos, obsoletos y pesados hábitos. Con ellos empecé a recorrer sus empedradas calles hasta atravesarlo por

---

<sup>37</sup> Director de la EESCIHA (Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Históricas y Antropológicas). Historiador, phd en Antropología.

completo, viendo al final del mismo una construcción rectangular cercada por muros de ladrillo, en cuyo interior sólo había dos canchas de básquet. Allí armé mi carpa, con cierta dificultad por el suelo rocoso del lugar. Tomé un cigarro, elevándolo hacia las cuatro direcciones; luego lo desarmé y lo soplé sobre el sitio en el que estaba. Después tomé otro, lo saqué de su envoltura y lo esparcí alrededor de la carpa, pidiéndole protegiera mis bienes. Así, metí en su interior mi morral; tomé sólo una chaqueta, el paquete de cigarros, la caja de cerillos y un par de dulces que tenía conmigo.

Tomé rumbo hacia el pueblo una hora antes de atardecer, pensando qué hacer. Las ofertas turísticas eran una cabalgata por el desierto; visitar el pueblo fantasma; o ir a Cerro Quemado, lugar sagrado para los Huicholes, porque allí nace el sol. Sabía que la región era conocida por el cactus sagrado, esto es, el peyote; razón por la cual había elegido este destino. Así que, por la hora que era, alquilar un caballo rumbo al desierto para ir en busca de peyote, no me parecía una buena opción; además porque no quería conocerlo de esta forma. Esperaba que el destino lo pusiera en mi camino. Lo cual *pensaba* que por la situación en que me encontraba estaba fuera de toda probabilidad. Solo, sin conocer a nadie, atardeciendo y con el espíritu cerrado para conocer gente, no parecían las mejores condiciones. Absurdamente estaba calculando el destino.

La opción de conocer el pueblo fantasma no me atraía para nada. Decidí entonces que caminar hacia Cerro Quemado y ver el atardecer desde allí, sería lo mejor. Hice un par de preguntas sobre cómo llegar a él; no parecía complicado, aunque

me decían que era casi una hora de caminata. De todos modos, me aventuré pensando que ya estando allí, algo por lo menos debía hacer. Seguí las indicaciones a paso rápido, prestando atención a señales en el camino, ¡no fuera a perderme en el camino de regreso!

Bajé por las calles del pueblo hasta cruzar el puente sobre el cauce de lo que alguna vez habrá sido un riachuelo. Empecé a subir la montaña enfrente del pueblo, deteniéndome por momentos a observarlo al fondo bajo la luz poniente del sol. Seguí el camino que bordeaba la montaña, hasta llegar a un lugar desde el cual podía ver las montañas levantarse a lado y lado de un camino desdibujado. Había alcanzado a ver que más adelante iba una familia Huichol a paso rápido; pero no quise seguirla pensando que igual no sabía adónde se dirigían.

Áridas montañas reflejaban su piel cobriza adonde mirara; y varios caminos se abrían a mis pies. Las indicaciones se esfumaron. Ahí cualquiera podía ser el camino; aunque el que siguió la familia Huichol, parecía el más probable. La luz del sol se acercaba a su ocaso. Inseguro del camino que tenía en frente, cualquiera podía ser el indicado; pero equivocarme sería perderme en las montañas, solo, apunto de anochecer y no siendo más que un turista desapercibido en el pueblo que había montado su carpa en las afueras del mismo. Además, si en verdad tomaba el camino correcto, volvería al anochecer; a esta hora me sería casi imposible reconocerlo de regreso. El pueblo quedaba en el medio de la nada; sólo áridas montañas se extendían a sus alrededores. ¿A qué había ido allí?; ¿qué era lo que estaba buscando?



Caí al suelo deshecho por este manojito de inseguridades que me impedían vivir, actuar con libertad; el mundo me cerraron y sucumbí ante ellas. Como un niño desolado, indefenso y temeroso, esperando a ser reconfortado en el calor materno, permanecí ahí sentado, derramando lágrimas de impotencia y frustración. Noté entonces que alguien se acercaba a caballo. Se detuvo a mi lado y me preguntó hacia dónde me dirigía. “A Cerro Quemado”, le dije. “No, pero si el camino es lo más de fácil; además hacia allá se dirige una familia Huichol. Probablemente vayan a hacer una ceremonia esta noche. Y al cerro lo puedes reconocer porque tiene forma de elefante. Yo me llamo Vicente, alquilo caballos por si quieres ir al desierto. Nada más pregunta por mí en el pueblo que yo te llevo. He escuchado que ustedes los colombianos son buenos montando a caballo”. Me despedí de él, agradeciéndole sus indicaciones. Lo tomé como una bonita señal que me impulsó a tomar camino sin pensarlo dos veces.

Apresuré mi paso tratando de alcanzar a la familia, hasta que en la distancia pude verlos. Mientras me iba acercando a ellos, reconocí el cerro por su forma de elefante; entonces me les adelanté viendo claramente el camino y con el ánimo de alcanzar a ver el atardecer.

Al llegar al lomo del elefante, lo primero que vi fue el círculo sagrado ceremonial, y ante él se abría la planicie infinita del desierto en cuyo horizonte un sol se estaba poniendo, matizando el cielo vespertino el fulgor de sus últimos momentos, para llevarse consigo la vida en color y abrirle paso al infinito estelar.

Mientras observaba el ocaso del sol, fueron llegando los integrantes de la familia Huichol. Se acercaron al centro del círculo ceremonial, donde el fuego ancestral había dejado sus cenizas, y algunas ofrendas habían sobrevivido a su paso, las cuales fueron buscadas por ellos para emplearlas nuevamente. Luego subieron hasta la cabeza del elefante, donde yace un templo, construido en piedra, cuyas puertas metálicas estaban cerradas con candado. A su alrededor sólo habían rocas, pero la panorámica era todavía más espectacular.

Al verlos subir, los seguí, tras contemplar el atardecer. A un costado del templo continué observando los últimos rastros del ocaso. Ellos se encontraban al otro costado, unos pasos más allá, rodeando un fuego recién encendido. Ya la oscuridad estaba tomando su lugar. No me detuve a pensar si volver o no; tan sólo contemplaba. Entonces, uno de los niños (eran cuatro: la niña era la mayor, le seguían otros tres niños con diferencia de edad, siendo el menor un bebé en brazos maternos), se me acercó y me preguntó: “¿Te quedas o te vuelves?” Pensar en volver a encerrarme en la carpa, dado que el pueblo se silenciaba a tempranas horas de la noche, no me interesaba. A eso no había ido hasta allí. “No, yo me quedo”, le respondí. Volvió a donde estaban reunidos los otros.

A medida que la noche iba entrando, con ella también lo hacía el frío. Al decidir quedarme, había elegido pasar la noche allí. Sólo había llevado conmigo una chaqueta; “pero ya me las arreglaré”, pensé. Me uní a su círculo alrededor del fuego, ubicándome al lado de un pequeño. En silencio los observaba, mientras

recibía el calor del fuego. “A su lado no hay problema en pasar la noche”, me dije a mí mismo, previendo la noche que venía en camino.

Hablaban entre sí en su lengua. Hacían bromas y reían. Luego, el padre de los niños, guía del grupo y por lo visto *mara' akame*<sup>38</sup>, me explicó que ese día realizaban una ceremonia de purificación. Con un manojo de ramas en su mano, empezó a pegarle a su hermano en la parte trasera de su cuerpo y a decirle cosas mientras lo hacía; todos reían cuando lo hacía. Hecha la limpieza con las ramas, cada uno sacó un puñado de un polvito de una bolsa de tela del *mara' akame*, con el cual alimentaron el fuego, el tatarabuelo Tatewari; explicándome esto el *mara' kame*, me acercó la bolsa para que yo hiciera también mi ofrenda al fuego ancestral.

Siguieron conversando entre ellos. Aunque el niño a mi izquierda, me miraba con curiosidad; cuando su padre empezó a sacar el peyote de su morral, me miró y me dijo: “peyote, peyote”, y con el gesto de llevarse algo a la boca, me preguntó: “¿comes, comes?, ¿peyote?”, a lo que le respondí con un gesto afirmativo.

Unos grandes, otros chicos, extrajo de su morral las coronas de peyote. Lo observaban con detenimiento y entre ellos se los pasaban, haciendo uno que otro comentario. Reconfortado por el fuego, estaba confiado en que a su lado pasaríamos la noche. Pero entonces se levantaron y se dirigieron hacia el templo, no sin antes indicarme el *mara' akame* la leña con la que podía mantener vivo el

---

<sup>38</sup>Palabra en su lengua para lo que ahora se conoce comúnmente como chamán.

fuego. Vi cómo se marchaban; mas tras pensarlo un momento decidí que no me quedaría ahí y los seguí.

Al pasar por el frente del templo, pensé que ellos tendrían la llave y que seguramente ahí pasarían la noche. Me imaginé adentro, recostado contra una de sus paredes, pensando que allí por lo menos habría algo de protección. Luego me daría cuenta de que no tenían ninguna llave y que sobre las rocas a su costado pasaríamos toda la noche.

Bajo un cielo de estrellas, sentados nos encontrábamos en semicírculo. Al lado del pequeño, quien constantemente dirigía su mirada hacia mí, me senté nuevamente. Contemplaba el firmamento, mientras ellos conversaban entre sí. Pasado un tiempo, sacaron sus abrigos; recogidos cada uno sobre sí, esperamos en el silencio de la noche. Sobre mí trataba de recogerme, en un intento por guardar el calor que mi chaqueta me alcanzaba a dar. Sin mediar palabra alguna, el pequeño a mi derecha extendió su abrigo sobre mí, cobijándome con su calor. Aunque el frío era el dueño de la noche y mi blando cuerpo no olvidaba la firmeza de las rocas, pude resistirlo pacientemente gracias al humilde niño que compartió su abrigo conmigo.

Lentamente las estrellas surcaban el cielo. En un momento de su andar, el *mara'* *akame* volvió sobre sí y empezó a sacar diferentes elementos de su mochila para, sobre una roca, conformar su altar. Velas encendió, iluminando una imagen de Cristo y los demás objetos ceremoniales. Configurado el altar, en sus manos

apareció el Híkuri<sup>39</sup>. A sus pies los puso. Cruzó unas palabras con su hermano, y con una navaja en sus manos empezó a partir en gajos uno de los peyotes de tamaño mediano, compartiéndolo con él.

En mi mente giraban las palabras y los pensamientos sobre la situación. Dando vueltas en ellos los observaba. A mi memoria vinieron entonces las palabras de una grata amiga: “Con preguntar no se pierde nada. Lo menos que puede suceder es que le digan a uno que no”. Sus palabras me dieron fuerza para elevar mi voz y preguntar. Le dirigí al *mara' akame* mi petición. Tras hablarlo con su hermano, me ofreció un gajo.

Prácticamente vacío estaba mi estómago. Así que pensé que con un gajo seguro sería suficiente. Lo mastiqué, sintiendo su textura y sabor que horrible no me pareció, pues algo así me imaginaba. “Es peor el sabor del yagé”, pensé. Pasó el tiempo y nada sentí. Le pedí entonces otro gajo. Seguía igual. Luego le pedí uno más. Tampoco noté cambio alguno en mi estado de ánimo; aunque tampoco en ellos percibí algún cambio notable. Decidí no insistir; dejarlo así y abrigarme para pasar el resto de la noche.

Descubría mi rostro por momentos para contemplar la maravilla estelar; siguiendo el curso de una que otra constelación para mí conocida. Me preguntaba qué tan cerca estaríamos del amanecer. Hasta que poco a poco la luz del sol naciente fue iluminando de nuevo el cielo estrellado. Luz que emergía detrás de las montañas, extendiendo sus sombras sobre la planicie del desierto en frente de nosotros.

---

<sup>39</sup> Nombre huichol para el peyote.

Inmensa sombra que fue retrocediendo al paso de un sol que nacía de nuevo para ofrecer su luz a la vida y reconfortarnos con su energía.

La purificación aún no había concluido. La energía de un nuevo sol había que recibir y con ella concluir. El *mara' akame* tomó en sus manos el Tsikuri, una varita ritual, que luego de elevarla en dirección al sol, la giró sobre nuestras cabezas, limpiándonos con la energía del astro mayor. Luego repartió entre los niños Híkuri, dándole uno pequeño a cada uno. A mí me ofreció un gajo más que acepté sin inconveniente. Lo comí de cara al desierto, revitalizado por la luz del nuevo día.

Tras haber pasado la noche con ellos, una pequeña brecha de confianza se había abierto, compartiendo conmigo su desayuno. Honrado me sentí, sin saber cómo retribuir todo lo que me compartieron. Tan sólo les di las gracias; me despedí y el camino de vuelta tomé, sin sombra alguna de temor a perderme. Un poco preocupado por mis bienes, apresuré mi paso, no sin antes detenerme a observar el elefante. A mi regreso, encontré la carpa derrumbada por el viento, pero con todo adentro. Le di las gracias al tabaquito por escuchar mi voz. Hice maleta; con todo su peso la monté de nuevo sobre mis espaldas y emprendí el camino de vuelta a la ciudad de San Luis Potosí.

Así comenzaba mi viaje por México. A la vuelta de Real de Catorce, me detuve un día en San Luis, antes de tomar rumbo hacia el sur, con destino a Oaxaca. Tenía planeado pasar por el DF antes de ir a ésta ciudad. Pero un sueño que tuve y el

correo de una amiga, a quien había conocido por internet en un grupo chat sobre hongos, cambiaron mi rumbo.

Al día siguiente de llegar a San Luis, desperté con una palabra en mi mente, residuo de un evanescente sueño: Michoacán. No tenía idea alguna de qué era, como tampoco algún recuerdo consciente de haberla visto o escuchado en algún lado. Pregunté por ella, resultando ser una ciudad<sup>40</sup> al centro-occidente de Ciudad de México. Decidí embarcarme hacia allá antes de pasar por el DF, en un *intento* por entregarme al fluir de la vida.

Tras un largo viaje arribé a la ciudad en horas de la tarde. Busqué un lugar dónde quedarme, descargar maleta y salir a caminar en busca de alguna señal, algo, cualquier cosa que me indicara el *para qué* había ido allí. Anduve por la plaza principal; visité un museo, una exposición artesanal, y seguí caminando. Conocí las majestuosas iglesias que se elevan imponentes por encima de la ciudad. En la plaza principal, me senté en una banca y me fumé un par de cigarros, observando la gente pasar y a un niño con una pelota jugar contra una de las paredes de la iglesia. Seguí caminando por sus avenidas principales; entré a un centro comercial de artesanías, a la salida del cual un puesto de información turística se encontraba. Averigüé por los destinos y las ofertas; lo pensé por un momento, pero nada me decía nada. Entré entonces a un café internet y, María, la amiga de Puebla del grupo chat de hongos, había respondido el correo que le había enviado mientras estaba en San Luis. Me decía que estaba en Puebla; que mejor que estar

---

<sup>40</sup> Michoacán es la capital del Estado de Morelia.

en el DF me fuera para allá; que me podía quedar en su casa y de allí salir hacia Oaxaca, pues me quedaba más cerca; dándome su número celular al final del correo.

Lo tomé a bien, pero aún seguía preguntándome para qué había ido a Michoacán. Seguí recorriendo sus calles principales hasta encontrar dónde tomarme una cerveza. Ingresé a un bar, pedía una chela, me la tomé rápido y regresé al hotel. Esperando encontrar no sé qué, mi tránsito por Michoacán fue casi efímero. Con el tiempo comprendería que este pronto desvío me daría el tiempo para recibir el correo de María y dejar mi visita al DF postergada hasta el final.

## **PUEBLA**

Al día siguiente tomé el primer bus que saliera con destino a Puebla. Acercándome a la ciudad, pude observar a la luz de un sol poniente cómo el Popocatepétl dejaba salir un respiro por su boca, convertido en una nube gris que se elevaba hacia el cielo. Llegaría una hora después del atardecer. Al llegar a la Terminal de buses, llamé de inmediato a María. Con gran amabilidad me recibió al teléfono; me dio indicaciones de cómo llegar al centro de la ciudad para encontrarnos en la fuente del Zócalo.

Allí llegué sin ningún inconveniente y la esperé por breves minutos, tras los cuales nos encontramos, recibéndome con un cálido abrazo. En un café de la plaza nos sentamos a conocernos, en compañía de una amiga suya. Les hablé sobre lo que



buscaba con los honguitos; algo de lo que había vivido con ellos; cómo había surgido el viaje; mi encuentro con el peyote en Real de Catorce; entre otras cosas. Con atención me escucharon y las escuché; hasta que su amiga tuvo que irse. María entonces me llevó a dar un breve paseo por los alrededores, hasta llegar a un bar donde compartimos una cerveza con otro amigo suyo.

Luego tomamos un taxi y nos dirigimos hacia su casa. Sentados en la sala, continuamos nuestra charla, mostrándome la bella energía de su ser puesta en sus intereses por el conocimiento, en su afinidad musical, en sus creaciones artísticas, y en el cordial recibimiento que me estaba haciendo, ante el cual estaba sorprendido. La misma energía con la que me relató sus experiencias con los honguitos, en un mágico lugar llamado San José del Pacífico. Allí vivía una amiga suya, llamada Catalina, quien recibía a los viajeros por allí de paso; viajeros también en busca de los hongos sagrados. “Una mujer de mucha experiencia; una mujer de conocimiento”, me decía. Narrándome experiencias que había tenido allí, en aquél mágico lugar; y cómo en alguna ocasión el tabaco había sido su aliado y protector ante una situación difícil que ella supo comprender y manejar.

Al igual que me contó experiencias difíciles, también me narró otras bonitas en las cuales los ‘niños’ habían realizado una sanación en su espíritu afligido. Una de las cuales había tenido lugar, precisamente, en Huautla de Jiménez. Pero por su experiencia me recomendaba pasar primero por donde su amiga La Cata, antes de ir a Huautla. Esa noche me obsequiaría la lectura del Tzolkín maya, un CD de

música con una bonita dedicatoria y unas piedritas que había encontrado en las cercanías a un templo sagrado Azteca.

Al día siguiente me llevaría a conocer mejor la ciudad. La gigantesca catedral, cuya torre se eleva por encima de los treinta metros y en cuyo interior un órgano descomunal preside la entrada; me enseñaría la calle de los artesanos, algunos amigos suyos, para luego encontrarnos con otro que ella quería que yo conociera: Gabriel. De él tenía referencia por sus historias juntos en San José del Pacífico, quien además tenía un vivo interés por la filosofía. Nos reuniríamos con él en el centro de la ciudad, dirigiéndonos luego a un comfortable bar a tomar una cerveza escuchando música en vivo.

María conocía a los integrantes de la agrupación y compartiría esa noche con ellos una canción que cantaría con su alegre voz. De allí iríamos al apartamento de Gabriel, pasando primero por mi maleta, ya que él amablemente me ofreció su hospitalidad. Allí continuaríamos nuestra charla, conociéndonos un poco más, al son de las voces femeninas de América Latina, acompañadas por el buen hachís de San José del Pacífico. Un tanto adormecido por su espíritu, fue poco lo que hablé, y menos lo que pude articular; tan sólo escuchaba a Gabriel hablar con serenidad, remojando sus palabras en vino. Dormiría esa noche y la siguiente rodeado por los libros de su biblioteca. Gabriel poseía un vasto conocimiento interiorizado en una profunda y serena conciencia.

Seguía sorprendido por la amable hospitalidad que me ofrecían, llevándome incluso a conocer las ruinas del templo sagrado de Cholula, a una media hora de la ciudad de Puebla. Visitamos primero el museo, para luego atravesar la montaña por un túnel que hace parte del templo sagrado, recorrido durante el cual pudimos observar el mural de los bebedores, hasta salir al otro extremo donde se encuentran los demás restos de lo que fue el templo, sobre cuya cima se haya una iglesia construida por los colonizadores. Hasta allí subiríamos, alcanzando a divisar en la lejanía la difuminada figura del imponente Popocatepétl, uno de los tres volcanes que circundan a Puebla en sus límites.

Al atardecer regresaríamos a la ciudad, compartiendo un café en el zócalo antes de volver al apartamento y alistar maleta para continuar mi viaje rumbo hacia Oaxaca y partir de allí a San José del Pacífico. A la mañana del siguiente día, amablemente me llevaría Gabriel hasta la Terminal de buses.

### **SAN JOSÉ DEL PACÍFICO: la casa de doña Cata**

Llegaría a Oaxaca alrededor del medio día. Primero me comunicaría con mi familia antes de adentrarme en la Sierra Madre Oriental; paso seguido buscaría un desayuno, para luego ir en la pista del transporte que me llevaría hasta mi destino. Un poco desorientado por las calles con nombre de personajes históricos, llegaría unos minutos tarde al sitio indicado, pues la Van ya había salido, pero para mi

fortuna lograría alcanzarla al girar en la esquina, gracias al congestionado tráfico vehicular.

Me embarcaría en un viaje de tres horas hasta llegar a un pequeño poblado encumbrado en las montañas. De inmediato buscaría la casa de Cata, hasta dar con ella, topándome en el camino con un joven que me ofrecía venderme mota<sup>41</sup> cuando necesitara.

Le dije que gracias, que por ahora no, y continué subiendo la falda que conducía hacia la casa. Era la última y única a la izquierda, antes de seguir el camino que continuaba su curso a mano derecha. Construida sobre la ladera occidental de la montaña, estaba de cara al poniente, ofreciendo una panorámica inigualable. Se decía incluso que cuando el horizonte estaba abierto totalmente sin nube alguna, podía verse el mar Pacífico; aunque nunca tuve la oportunidad, durante el tiempo que permanecí allí, de apreciar este inimaginable horizonte. Pero sí pude presenciar atardeceres inolvidables y magníficos.

Crucé la portada abierta y entré al salón, lugar de reunión, a la vez de dormitorio. Sentada en un mueble, fumándose un cigarro, estaba doña Cata; le dije que iba de parte de María Villatoro, la biomédica, pero pareció no recordarla. Hablé entonces con doña Ana, su ayudante. Ella sí la recordó. Me especificó los costos: 70 pesos la noche incluidas las tres comidas. Me enseñó los dormitorios disponibles en ese momento.

---

<sup>41</sup> Cannabis sativa.

Había un cuarto amplio que era compartido y otro en una cabaña pequeña sólo para dos personas. Elegí una cama en un rincón al fondo del primer cuarto. Dejé allí mi maleta, observando con curiosidad las diferentes pinturas que lo adornaban, la mayoría con los honguitos como tema principal.

Con la timidez que siempre me ha acompañado, no quise entrar a la sala, quedándome sentado en las escalas afuera del dormitorio, divisando un hermoso paisaje lleno de serenidad, presto a pintarse de los colores del atardecer. Luego bajé a la carretera principal, sobre la cual se extendían a sus costados unas cuantas tienditas. Compré algo de comida como para pasar el rato y volví a la casa.

A mi regreso los pocos huéspedes que en ese momento estaban allí alojados, habían regresado ya de una caminata y se encontraban reunidos en la sala; sentado en un sillón, los escuchaba hablar. Observaba a Catalina, vestida toda de blanco, con su largo cabello, pintado por el gris del tiempo pasado, pero también el blanco de todo lo vivido, cayendo sobre su espalda unas veces, otras recogido en la cabeza. Siempre mantenía un cigarro en la mano fuera de tabaco o de hachís, pasando gran parte del tiempo sentada sobre el borde del sofá con su mirada fija en la siguiente movida del ajedrez. Sería en su hablar, todos la escuchábamos con respeto. Fuerte presencia que no ponía restricción alguna a los viajeros. Ella hacía su vida ahí, recibiendo con sencillez y humildad a los jóvenes viajeros que por rumor alguno conocían la casa de Cata; lugar donde se podía pasar el tiempo en

tranquilidad, con libertad experimentar las virtudes del opio, el hachís, la mota y los hongos mágicos.

Entre partida y partida de ajedrez, Cata un cigarro de hachís se fumaba; pendiente solamente de los insumos para las comidas, se los encargaba a su ayudante, doña Ana, siempre sonriente; caminaba por la casa atenta a su jardín; se sentaba en las bancas que habían afuera enfrente de la sala, a cuyo pie las flores del trompeto miraban de frente el horizonte del poniente. Volvía a la casa, comía con nosotros hasta que se sentía cansada y se iba a dormir a su cuarto, en la parte posterior de la casa. Así hacía su vida doña Cata.

*“Para amar hay que dejar ser. Para dejar ser hay que dejarse ser”.*

Éste era el tipo de amor que la Cata nos daba. Nos dejaba ser. Sin ningún interés ofreció su casa a los viajeros que por allí iban de paso. Sólo cobraba una módica y simbólica suma de dinero, porque los visitantes aumentaron, sobrepasando sus recursos.

En el hogar de la sala, comíamos entre charlas, abrigados por el calor de la chimenea en las noches frías. Allí se pasaba el tiempo al ritmo de la mota que circulaba constantemente entre los reunidos, cuando no era el hachís de Cata, porque sólo éste fumaba.

El día de año nuevo la energía de Cata nos congregó, invitándonos a celebrarlo con una deliciosa cena, mezcal de la región, gigantes chispitas mariposas y un pequeño y sencillo ritual que ella conocía. Consistía en escribir en un pedazo de

papel una intención para el año nuevo; pisarlo con el pie izquierdo minutos antes de la medianoche y echarlo al fuego en el momento exacto en que el reloj marcaba las doce. El fuego se llevó consigo al infinito mi intención, puesta en las palabras “deshacer los nudos que atan mi ser, para poder ver un nuevo amanecer.”

La serenidad del lugar había ido filtrándose entre mis ataduras, distendiéndolas en un suave respiro. Tras permanecer varios días sin moverme de la casa, salí a caminar al día siguiente de la celebración rumbo a la montaña que se elevaba a espaldas de la casa, con la intención de conocer el cerro que, según nos decía Cata, era sagrado y en el cual se encontraba un altar. Hasta él llegué para hacer una ofrenda de tabaco; conocer el bosque y respirar un poco de su calma, esparcida por el lugar con la luz del sol filtrada por entre las copas de los altos pinos que allí se erguían. Luego bajaría a contemplar uno de los siempre maravillosos atardeceres dibujados en el horizonte.

Esa tarde le preguntaría a Cata por los honguitos; respondiéndome que como no era época, los que se conseguían eran malos y caros. Sin embargo, no me quedaría sin hacer el intento ya estando allí. Averiguaría entre las personas que se estaban hospedando en la casa; una de ellas conocía la región y sabía dónde podía conseguirlos. Me llevaría hasta aquél sitio; una casa ubicada más allá del pueblo, cruzando un camino bordeado por pinos. Preguntamos por los honguitos, pero nos dijeron que en miel ya se le habían acabado y que sólo le quedaban secos. Josuelf, quien me había llevado, me miró, preguntándome si sí me

interesaban así. Acepté la oferta; no perdería nada con intentarlo. Él y otra persona más con la que habíamos ido, aprovecharon la ocasión para comprar mota. Permaneceríamos un rato más allí, acostados sobre la yerba, observando el cielo mientras fumábamos mota y conversábamos, para luego emprender el camino de vuelta, llevando conmigo una bolsita llena de hongos diminutos, secos y negros.

Tenía pensado comérmelos así, pero me aconsejaron que mejor sería en un té para hidratarlos. Una chica, de voz suave y pausada que, en ocasiones nos preparaba unas deliciosas comidas, me ayudaría, y con ella el té compartiría. Sentados en las banquitas custodiadas por el trompeto, preparé la mesita que en el centro había con velas e incienso. Bajo el silencio de las estrellas, concentrado en mi intención, la misma que había formulado la noche de año nuevo, bebí el té con sabor a tierra, masticando los pequeños y oscuros honguitos, acompañado por la joven de calmo espíritu. Luego ella se iría y yo allí permanecería observando las estrellas brillar en el firmamento; la noche transcurría sin sentir “efecto” alguno en mí. En la soledad de mi búsqueda, decidí ir al dormitorio y acostarme.

Al día siguiente desperté con mi espíritu tranquilo. Caminar por el pueblo en su búsqueda; encontrarlos; preparar la velada con ellos; comerlos; y permanecer allí sentado, contemplando las estrellas en el silencio de mi experiencia, trajo serenidad a mi espíritu y la tranquilidad de, por lo menos, haber hecho el intento. La suave joven me contaría que ella sí pudo sentirlo. Lo sucedido despertaría todo



tipo de conversaciones, comentarios y opiniones entre los viajeros. Configurándose así una imagen de mí: el que anda en busca de los honguitos.

Algunos me contarían entonces que venían de Huautla de Jiménez y que allí se conseguían frescos, aunque de los de San Isidro. Contándome sus experiencias y dándome algunas vagas indicaciones para encontrar a la persona que se los había conseguido. Otro joven me ofrecería un ácido, cuyo nombre era Muerte Hoffman. Una buena opción que, por el momento, preferí aguardar antes de aceptarla.

Ese día conocería dos personas que luego me pondrían en el camino indicado. Mauro Garino y Nicolò Filippo Roso. Par de italianos que andaban también de viaje por México. Nicolò llevaba varios días en la casa y no había cruzado palabra alguna con él. En cambio, conocería a Mauro el día de su llegada. Nos encontramos en el dormitorio y conversamos un poco sobre algunas plantas; me contó algo de las bonitas experiencias que había tenido con el San Pedro<sup>42</sup>, viajando por Perú. Al parecer, sus mejores experiencias las había tenido con él. A Nicolò lo conocería en la noche, mientras preparaba una pizza para la cena en un horno de barro ubicado afuera detrás de la sala. Allí hablaríamos un rato, conociéndonos un poco; lo suficiente como para recordarnos. Esa noche disfrutaríamos de una deliciosa pizza preparada por los italianos.

---

<sup>42</sup> Cactus cuyo principio activo es el mismo del peyote: mescalina, y cuyo nombre botánico es *Trichocereus pachanoi*.

Llevaba ya varios días en San José del Pacífico, durante los cuales la tensión de mi espíritu, originada por una indeterminada e irreal expectativa entretejida en los rígidos lazos de mis obsoletos hábitos, en la rigidez de mi identidad, había disminuido con la serenidad de este mágico lugar y los apacibles atardeceres que abrían la noche a las estrellas. Entonces decidí aprovechar la oportunidad de visitar el mar Pacífico, a sólo tres horas de allí, antes de continuar mi camino rumbo a Huautla de Jiménez. Pero quería hacerlo más especial de lo que ya de por sí era, y acepté la oferta del ácido. Nunca los había probado, y hacerlo en el mar nocturno me parecía perfecto. Así, me embarqué en una Van hacia la costa Pacífica, pasando por la ciudad de Pochutla.

Al llegar a la ciudad, busqué de inmediato el transporte para llegar a la playa. En el mismo conocería un par de argentinos con quienes visitaría la playa de Mazunte, Agustinillos, hasta desembocar en Zipolite. Allí nos perderíamos de vista, ya que ellos se hospedaron en un hotel, mientras yo busqué un sitio donde armar la carpa; no sin antes alcanzar a disfrutar juntos del mar bajo la luz del atardecer, al paso que una clara luna hacía su salida en el firmamento, dando aviso de su compañía en la noche que se acercaba.

Monté mi carpa a la orilla del mar de frente a su inmensidad. Hice un breve recorrido por la localidad, para luego andar por la playa iluminando mis pasos la clara y pálida luz de la luna, acompañados por la marea respirando en la orilla. De extremo a extremo la recorrí, hasta que sentí que era el momento adecuado para entrar en contacto con el ácido.

Hice un círculo sobre mi eje, tras el cual hice una ofrenda de tabaco. Como si de una planta sagrada se tratara, al ácido le hablé comunicándole mis intenciones, que no eran sino una sola, la misma que había tomado forma en el ritual de Cata de año nuevo. Bajo mi lengua puse el pequeño cartoncito; extraído de su envoltura de aluminio. Húmedo y casi deshecho lo sentía en mi boca. Esperé, con la luna sobre mí y el mar ante mí; sobre el cual las estrellas brillaban. Luna y estrellas continuaron su paso por el firmamento, sin percibir cambio alguno en mi estado. Decidí entonces volver a la carpa.

Acostado procuré concentrar mis energías para que el ácido en mí fluyera; empecé a dar vueltas en el suelo y pequeños destellos de luz fueron apareciendo, conforme me movía en una u otra dirección, cambiando de color según la orientación. Pensamientos iban y venían algunos relacionados con Cata. De allí surgió una decisión. Volver donde ella en el camino de vuelta, retarla en el ajedrez con el fin de que las cartas me enseñara a leer sin costo alguno en caso de que yo ganara.

Aunque efímero, en cierta manera, fue el paso del ácido a través de mi espíritu, satisfecho estaba con la resolución que había tomado, pues su *sentido* era para mí valioso. Despierto permanecí el resto de la noche, permitiéndome disfrutar del mar en su incansable ir y venir sobre la orilla, hasta contemplar el lento abrir del día por un sol tinturado de atardecer que, poco a poco, iba surgiendo en el horizonte por entre dos rocas a un extremo de la playa. Así, fue retomando su lugar en el firmamento, sobre un mar que con fuerza arrojaba sus aguas sobre la

arena. Atraído por ellas me sumergí, sintiendo la fragilidad de mi ser ante la imprevista fuerza de sus olas que como un muñeco me revolcaron. De ella logré salir y a mi lugar volver.

Desarmé la carpa y busqué el transporte de regreso. Volví donde la Cata. Le formulé mi propuesta y aceptó; mas no pude vencerla. Aun así, me dio unas rápidas indicaciones sobre cómo leer las cartas, las anoté en una libreta, llegando sólo hasta ahí. Al día siguiente me dirigí a la ciudad de Oaxaca.

## **OAXACA**

Antes de seguir mi camino hacia Huautla de Jiménez, mi principal objetivo, quería visitar las pirámides de Monte Albán, en las cercanías de la ciudad de Oaxaca. Me ubiqué en un económico hostel, descargando el pesado morral, y salí a conocer la ciudad en busca de información sobre cómo llegar a las pirámides y dónde abordar el transporte hacia Huautla.

Anduve por el centro histórico de la ciudad; allí conseguiría parte de la información que necesitaba. Visité algunas de sus monumentales iglesias; seguí caminando por sus calles, observando artesanías, haciendo una parada en una librería. Entre los diversos libros que allí se encontraban hablando sobre hongos, peyote y chamanismo, uno en particular me llamó la atención, titulado *Sacred Mushroom of Visions: Teonanácatl*, de *Ralph Metzner*. Tenía una sección dedicada sólo a relatos de experiencias con hongos que me interesaba, pues tal vez podría darme

luces sobre la forma de dar cuenta de las experiencias con hongos. Luego de adquirirlo me encaminé hacia el hostel a echarle una ojeada. Fui directo al capítulo de mi interés. Las experiencias.

Eran relatos más o menos breves, aunque leyéndolos sentía que algo faltaba. Como si la mayoría llegaran hasta un punto, limitadas por un discurso que en torno a las experiencias se había establecido, y con el cual las describían, no ofreciendo más que lo que el mismo discurso permitía, sin llegar a algo más. Lo guardé esperando continuar su lectura en Huautla.

Temprano al día siguiente, dejé el Hostal, pidiendo el favor me guardarán la maleta el tiempo que me demorara visitando Monte Albán. Salí en busca del camión<sup>43</sup> que hasta allá me llevaría, tras cruzar la ciudad y emprender el camino de subida al cerro.

A nuestra llegada, un cielo despejado iluminado por un radiante sol matutino nos invitaba a disfrutar de un cálido y apacible recorrido en el silencio de las ruinas presentes en la cumbre de la montaña; custodiando los valles que a sus lados se extendían, en uno de los cuales se hallaba la congestionada ciudad; en otro, un pequeño pueblo albergaba a los campesinos de la región, también trabajadores artesanales que subían a la montaña a vender sus obras: máscaras de color jade finamente elaboradas; figurillas de barro representando el juego de pelota, la diosa de la sabiduría y el maíz, entre otros.

---

<sup>43</sup> Camión es la palabra equivalente para bus público aquí en Colombia.

Con uno de ellos desharía el silencio, ofreciéndome unas figuras que, según él, había encontrado entre las ruinas; pues, “fuimos nosotros los que las descubrimos. Acá veníamos cuando esto era puro monte y escarbábamos en el suelo trabajando los cultivos. Y dicen que fueron unos arqueólogos, ahí todos jovencitos. Pero a nosotros no nos reconocen.”

Sentados en las escaleritas de una ruina, al final de las cuales se levantaban dos solitarios pilares, conversábamos; o, más bien, lo escuchaba hablar sobre su conocimiento del lugar. “Esto era una cultura de hongos. Del cielo llega un rayo de luz cuando uno los come, que cubre la montaña en una esfera azul sobre la cual brillan lucecitas como estrellas. Allá, señalándome una pirámide al fondo a la derecha de donde estábamos, están dibujados. Eso allá lo llaman las parteras, pero no, están danzando por los honguitos.” Me indicó el lugar donde podía encontrarlos retratados, pero no los pude ver. Seguí recorriendo las ruinas hasta que decidí era hora de volver y partir hacia Huautla.

Regresé a la ciudad respirando la silenciosa serenidad de Monte Albán. Recogí mi maleta y fui en busca del garaje de donde salían las Van hacia Huautla.

## **HUAUTLA DE JIMÉNEZ**

Compré el tiquete y me senté a esperar la hora de salida mientras me fumaba un cigarro. Un empleado de la empresa transportadora se me acercó y me preguntó:

¿vas a Huautla?; sí, le dije. Con una sonrisa de complicidad, me dijo: ¿vas a comer honguitos?; allá se consiguen muchos; bueno, aunque no es temporada, se pueden conseguir los San Isidro. ¿Ah sí?, tal vez me gustaría probarlos”, le contesté.

“Yo te los puedo conseguir. Tengo un primo allá que también trabaja en la empresa y él te los puede vender. Ya te lo llamo y le digo que tú vas para allá.” Llamó entonces a su primo y le dijo que un chaval iba para Huautla y quería comer honguitos. “Si no tienes donde quedarte, él también te puede dar hospedaje.” “Bueno, muchas gracias”, le respondí. Así no más, tenía ya dónde quedarme y el contacto para los honguitos.

Emprenderíamos el viaje antes del atardecer. Luego de transitar un par de horas en línea recta, por una vía a cuyos costados escasos poblados se hallaban y en los cuales hacía paradas, comenzó a serpentear escalando las encumbradas montañas de la Sierra Madre Oriental, sobre una carretera azarosa por sus infinitas curvas cubiertas totalmente por la neblina lluviosa. Por momentos lograban verse las luces de un lejano pueblo brillando en la oscuridad, preguntándome si ese sería nuestro destino; pero la Van seguía subiendo y subiendo las montañas que parecían no tener fin, hasta que finalmente empezó a descender arribando a un frío y solitario pueblo que resultó ser Huautla de Jiménez. De inmediato busqué al taquillero, quien era la persona con la que me habían contactado; lo esperé unos minutos a que cerrara el establecimiento, para luego tomar un taxi hacia su casa que no quedaba muy lejos; pues según él y la

mayoría de personas con las que hablé, “el pueblo estaba muy peligroso de noche”.

Caminamos hacia su casa, ubicándome en la segunda planta, que se encontraba en obra negra, en un cuarto al fondo, sencillo, con una amplia ventana cerrada por tablas y una puerta de lata de *eternit*, junto con una cama sencilla con un nochero. A la luz de una vela me facilitó una sábana y una cobija; me dijo el precio y que sobre los honguitos mejor hablábamos en la mañana, pues era mejor descansar, igual ya sabía dónde podía encontrarlo.

Me desperté al día siguiente en medio de una fría y lluviosa mañana. Una espesa neblina cubría las montañas. Lentamente fueron abriéndose paso, dibujándose en el horizonte, las cumbres montañosas de un paisaje sin fin. Estaba en Huautla, el nido de las águilas<sup>44</sup>. Salí a conocer el pueblo; pasando primero a saludar a la familia que me estaba dando hospedaje, la cual me ofreció huevos revueltos con tortillas y chile como desayuno.

Apretujadas casas se extendían a lado y lado del camino que conducía a la plaza principal. Bajo la fría mañana, allí me detuve a observar el mural que adornaba el edificio principal de la plaza. El rostro anciano de María Sabina, era la imagen sobresaliente; acompañada por la de Xochipilli<sup>45</sup> y unos honguitos, uno de los cuales, a su izquierda, llevaban pintados sobre sí ojos desincorporados, y elevándose al fondo, sobre un cielo azul, un águila.

---

<sup>44</sup> Significado en náhuatl para Huautla.

<sup>45</sup> Dios de las flores.



Seguí caminando por sus calles, encontrándome con un pueblo en mucho movimiento, impulsado por un comercio que ofrecía, prácticamente, las mismas opciones de una ciudad; calles pavimentadas con un amplio tráfico vehicular; taxis con los honguitos como emblema, incluso empresas con el nombre de María Sabina. Lejos de la rústica imagen que transmitía Robert Gordon Wasson en sus relatos; aún más de la que dibujaba Wade Davis al honrar a su mentor Richard Evans Schultes, en su libro el Río, como el descubridor del Teonanácatl, el hongo sagrado de los Aztecas.

Incluso las descripciones de Fernando Benítez (BENÍTEZ, 2005) y Richard Yensen (YENSEN, 1998), eran imágenes de otra época. Una época lejana, pintada con el misterio de los primeros encuentros; de las primeras veladas realizadas en la humildad de las chozas de paja y barro; de los hongos consumidos con el silencioso respeto de lo sagrado; con el misterio de una curandera postrada de rodillas ante un altar dedicado a los 'niños santos', elevando la mirada hacia el cielo en tono de súplica, pidiéndoles su ayuda, su colaboración en la develación de la razón de una enfermedad, de un grave problema. Honesta súplica por el bien de sus paisanos.

“Mujer remolino”, era. Impecable mujer que recibió el libro de la Sabiduría, directamente de los Principales<sup>46</sup>. Con ellos danzaba, tomaba aguardiente en su mesa, y recibía el Lenguaje, el Lenguaje de la sanación. María Sabina:

*“Mujer que mira hacia adentro”*

*Todo mi lenguaje está en el libro que me fue dado. Soy la que lee, la intérprete. Ése es mi privilegio.*

*Mi sabiduría no puede enseñarse. Es por eso que digo que mi lenguaje nadie me lo enseñó, porque es el lenguaje que los niños santos dicen al entrar en mi cuerpo.*

*Los ignorantes nunca podrán cantar como los sabios. Los niños santos me dictan, yo soy la intérprete. Aparece el libro y ahí empiezo a leer.*

*Cuando ellos me entregaron el libro había música. Sonaba el tambor, la trompeta, el violín y el salterio.*

*Me sumerjo y camino por abajo. Puedo buscar en las sombras y el silencio. Así llego donde las enfermedades están agazapadas. Muy abajo. Abajo de las raíces y del agua, del barro y de las piedras. Otras veces asciendo, muy arriba, arriba de las montañas y de las nubes. Al llegar donde debo miro a Dios. Miro a las gentes buenas. Allí se sabe todo. Del todo y de todos, porque allí está todo claro. Oigo voces. Me hablan. Es la voz del pequeño que brota. El Dios que vive en ellos entra en mi cuerpo. Yo cedo mi cuerpo y mi voz a los niños santos. Ellos son los que hablan, en las veladas trabajan en mi cuerpo.*

*Me dicen que soy la mujer de los mares, que traigo la sabiduría en mis manos. Que soy la mujer de San Pedro y San Pablo. Que soy la mujer niña.*

*A veces lloro, pero cuando silbo nadie me espanta.*

*En el medio está el Lenguaje. Con los niños veo a Dios. Ellos hablan y yo tengo el poder de traducir. Si digo que soy la mujercita de libro eso quiere decir que un pequeño que brota es mujer y que*

---

<sup>46</sup> “Y es que los hongos son santos; dan Sabiduría. La Sabiduría es el Lenguaje. El Lenguaje está en el libro. El Libro lo otorgan los Principales. Los Principales aparecen con el poder grande de los *niños*.” (ESTRADA, 1984: 57).

*ella es la mujercita de libro y así me convierto durante la velada en hongo-mujercita-de-libro. Si estoy en la orilla acuática, yo digo:*

*Soy mujer que está parada en la arena, porque la sabiduría viene desde el lugar donde nace la arena. Soy la mujer que escribe (SABINA, 2008).*

Ahora los ‘niños santos’ estaban en boca de todos. Ya no se bajaba la voz al hablar de las veladas (ESTRADA, 1984:103). Mucho menos se escuchaba el nombre mazateco; como tampoco nombre alguno que señalara el respeto hacia ellos. Como honguitos se los llamaba en todas partes. Claramente la relación había cambiado, mediando en ella el dinero.

Salí en busca de la casa de María Sabina, tras haber visitado el Cerro de la Adoración<sup>47</sup>. Tenía una pequeña idea de más o menos por dónde era. Le pregunté a algunas personas que no me quisieron dar respuesta. Hasta que una persona me dio unas indicaciones, dando finalmente con el lugar. Sobre la carretera había un letrero que decía: “Aquí vivió María Sabina. Aquí vive ahora su nieto, Filegonio, heredero de su sabiduría.”Al frente del mismo había una tiendita, donde pregunté por el nieto de María Sabina.

Me causaba gran emoción estar allí y conocer a su nieto. La señora de la tienda lo llamó con un silbido, indicándome luego por dónde entrar. Me encontré con él saliendo de su choza; lo saludé y le dije que había escuchado hablar de María Sabina y me gustaría mucho conocer dónde vivió. Me condujo entonces hacia una

---

<sup>47</sup> Montaña situada frente a Huautla. También conocida como Nindó Tococho. Dice la leyenda que allí habita el Chicón Nindó, el señor de las montañas.

casa cerca adonde estábamos; entramos a un cuarto limpio, ordenado y adornado con fotos de ella y de los honguitos. Sólo me dijo: “Aquí vivió ella”.

El gran respeto que ella me causaba, lo sentí ahí, imaginándomela en el cuarto. Le pregunté entonces si era posible asistir a una velada. Mostrando poco interés, me dijo que “ahora los honguitos están muy escasos y por eso son más caros.” Le pregunté cuánto podía costar, respondiéndome sin más ni más que mil pesos<sup>48</sup>. El precio me espantó.

Había llegado hasta Huautla de Jiménez con la clara intención de conocer los honguitos en su tierra; la descomunal cifra me hizo dudar, al igual que del nieto de María Sabina. Regresé al pueblo con estas dudas en mi cabeza; era mucho dinero para mí. Fui entonces a Internet a revisar el correo; le escribía a una amiga sobre mis dudas, cuando en ese momento me llegó un correo de María Villatoro. Me decía que conocía en Huautla a una curandera de muy buena reputación, llamada doña Julia, y que vivía cerca a la plaza.

Sin dudar un segundo fui en su búsqueda. Le pregunté a la gente de los negocios en su alrededor sin ningún resultado. El comercio estaba cerrando ya sus locales, agotándose las posibilidades. Me dirigí hacia un puestico de venta de jugos y les pregunté por doña Julia. Amablemente me indicaron el camino a su casa. Se encontraba en un callejón a un costado de la plaza. La ubiqué según las indicaciones. La puerta estaba abierta y lo dudé por un instante, tras el cual una voz femenina me saludó desde su interior, entrando al escucharla.

---

<sup>48</sup> Alrededor de unos doscientos cincuenta mil pesos colombianos.

Sentadas en el suelo se encontraban dos mujeres, acompañadas por un par de niños. Estaban seleccionando unos granos de maíz, echándolos luego a una bolsa. Fui directo al grano. Quería comer honguitos. Doña Julia me dijo que la ceremonia costaba setecientos pesos. Accedí ante la mejor oferta, citándome a las cinco de la tarde.

Asistí puntual a la cita. Estuve un rato sentado en la sala, esperando y observando un álbum fotográfico donde aparecía doña Julia acompañada de otras mujeres en diferentes partes del mundo; hacía parte del concilio de las trece abuelas, mujeres emblemáticas guardianas de la sabiduría de sus culturas tradicionales. Doña Julia me hablaba del cuidado que hay que tener con los charlatanes; pues historias habían muchas sobre extranjeros que se habían enloquecido a causa de esto, viendo a uno que otro correr desnudos por las calles del pueblo. Así que, “si tú sabes de alguien, mándalo conmigo que yo no soy ninguna charlatana”.

También me contó algo de su historia con los honguitos. Cómo los conoció a sus diecisiete años, por intermedio de su suegra, una buena curandera que había heredado la tradición de su familia. Me relató cómo un día comió una gran cantidad de hongos; danzaba contenta, toda borracha, y había *visto* el universo y el reloj del mismo. Así estaba, encantada en otro mundo, hasta que su marido al verla así, le pasó un abrigo por su cara, trayéndola de vuelta, “todo asustado el pobrecito”.

Hasta que llegó la hora de la ceremonia. Pasamos a un salón, al fondo de la casa. Amplio, con grandes ventanas cubiertas por oscuras cortinas. A la entrada descalcé mis pies. A mi izquierda se levantaba un inmenso altar, lleno de figuras e imágenes de todo tipo, predominantemente católicas; en el centro la imagen de la virgen de Guadalupe, de gran tamaño, como muchas otras cosas: los velones, las figuras religiosas de origen católico, el cuadro de Jesucristo, no en el altar sino en una esquina del salón. Enfrente del altar se hallaba un sillón para la curandera, a cuya derecha se extendían unas colchonetas para los participantes.

Al entrar, mi cuerpo fue bañado en el copal que siempre permanecía encendido en el salón. Luego tomé mi lugar, a la derecha de doña Julia. Dio inicio a una letanía de oraciones en mazateco y español; entre las cuales aparecía, esporádicamente, mi nombre. Me pasó entonces unos honguitos, cuatro o cinco, parecidos a los San Isidro; no los reconocí bien porque no estaban ni del todo frescos ni del todo secos; llevaban un poquito de miel sobre su sombrero. Me los dio acompañados por semillas de cacao que eran “las monedas para pagarle a los honguitos”, me dijo.

Aún con las luces encendidas, tras comérmelos, empezó a rezar un rosario, haciendo lo mismo que con las oraciones iniciales. Pasado un rato, me preguntó cómo me sentía, le respondía que no sentía nada. Entonces me entregó unas bolitas negras; “éstos son derrumbe capote, muy fuertes y costosos. Con éstos seguro sí vas a empezar a sentir”. Me los comí y seguí esperando. Al cabo de un tiempo me preguntó de nuevo lo mismo. Le hice un gesto negativo, que me sentía

igual. Ahora me dio en un vaso plástico, una especie de agua revuelta con partículas de algo que no sé qué era. “Eso es de lo mismo, tómatelo.” Eso hice.

Apagó la luz, quedando iluminados por el altar. Me acosté en la colchoneta. Pensaba y pensaba qué era lo que pasaba que tan cerrado estaba. En mi mente revoloteaban voces en diferentes idiomas; eran las voces de las personas que había conocido en San José del Pacífico. Al darme cuenta, procuré concentrarme en un intento por silenciarlas. Toda clase de pensamientos rondaban mi espíritu, girando en torno a lo mismo: ¿qué era lo que pasaba que tan cerrado estaba? Entretanto doña Julia continuaba el rosario. Paró un momento para preguntarme si sentía algo; de nuevo le respondí que no. Me dijo que yo ya estaba trabajando, sino que no me daba cuenta. Pasó su cobertor sobre mis rostro, como si lo estuviera limpiando de lo que no me dejaba ver; y luego untó sobre mis manos, brazo y estómago San Pedro<sup>49</sup>.

Su hija se le había unido, dando inicio a una serie de plegarias en los dos idiomas, en las cuales pedían por mí, dando inicio tras ellas a una serie de cantos, delicados, con amor de mujer, con amor de madre. Frágil, sin vigor, y un tanto frustrado, me enrosqué sobre mí mismo, al abrigo maternal de los cantos. Una vez finalizados, doña Julia empezó a organizar sus cosas, giró hacia mí y me dijo: “hasta aquí llega mi trabajo. Ya tú estás bien. Aquí estás con Dios, para que converses con él. Si quieres te puedes quedar o irte si lo deseas.” Y se fue.

---

<sup>49</sup> “San Pedro, se designa así al tabaco (nicotiana rústica) molido mezclado con cal y a veces también con ajo. Su uso es ceremonial y se le adjudica poder contra las malas influencias de la hechicería.” (ESTRADA, 1984: 43).

Y solo me quedé con mi desazón. Un insípido sabor del que no quería más, pero tampoco quería buscar otro. Miraba las sombras en la pared, tratando de encontrar el camino en ellas; diluirme y despegar, pero la desazón no me lo permitía. Frustrado, me rendí, quedándome dormido.

Me desperté a la mañana siguiente con la desazón desvanecida y con ánimos de seguir adelante. Al despedirme de doña Julia, me dijo que podía conseguir honguitos frescos, de los San Isidro; que porqué no me quedaba en su casa, ella alquilaba también habitaciones, y así podía comerlos yo solo en el salón, ella me vendía el “viaje”. La idea me gustó, así tenía todo el día para prepararme.

Fui por mi maleta y la llevé a su casa. Tomé el camino rumbo hacia el Cerro de la Adoración, con la intención de hacer allí una ofrenda de tabaco, pidiendo por la velada que me aguardaba. Volví en la tarde a la casa de doña Julia, encontrándome en ella con el par de italianos de San José del Pacífico. Fue una grata sorpresa hallar compañía en este remoto pueblo. Conversamos un rato, luego del cual me alisté para la ceremonia.

Hablé con doña Julia y le compré dos “viajes”, dieciocho honguitos. Era bonito verlos de nuevo; me sentía en confianza con ellos, pues gracias a ellos había llegado hasta México. Doña Julia les dio su bendición y me los entregó.

Su hija me condujo hasta el salón ceremonial, me dio un par de indicaciones, quedándome solo con ellos. Me tomé mi tiempo para relajarme y concentrarme; los emparejé y empecé a comerlos, pidiéndoles a cada uno la misma intención



que había formulado desde San José, y que me mostraran el camino a seguir. Acostado en la colchoneta, dirigía todos mis pensamientos hacia ellos. Busqué el silencio interior, abriéndoles mi ser. El tiempo transcurría y no sentía absolutamente nada. Las preguntas fueron apareciendo.

Luego apareció doña Julia con un norteamericano. Me dijo que no había problema si quería quedarme ahí. Ya de por sí estaba incómodo; pero la incomodidad aumentó al iniciar doña Julia su ceremonia. Escucharla seguir la misma secuencia de oraciones, el monótono ritmo del rosario, el extranjero sentado ante ella con solemnidad, todo esto terminó por perturbarme, considerando que lo mejor era dejarlo así y no incomodar a doña Julia e irme a mi cuarto.

Volví a él con la misma desazón del día anterior, aunque ahora tenía algo diferente, quizá por la última impresión que había tenido de la ceremonia de doña Julia. Acudí a Luis Paniagua en busca de la luz que despertaba en mí. Luz de alegría, luz de confianza, fue lo que encontré. Los 'niños' despertaron. A su paso, par de resoluciones dejaron en mí. Necesidad no había de buscar a otros para celebrar la alegría de la vida que florecía en mi corazón, sólo era cuestión de confianza. Y era tiempo de compartir; compartir esta alegría y energía que llevaba adentro.

Salí entonces en busca de los italianos. Se hallaban cerca en otro cuarto. Toqué a su puerta sin excusa alguna; tampoco era necesario tenerla. Conversamos un rato sobre doña Julia, la energía de Huautla, las experiencias con los honguitos.

Habían tenido una fuerte en Palenque. Allí se conseguían fácil los Isidro. Ellos se habían hecho amigos de los que los vendían. Me contaban que éstas personas salían a recogerlos a las cinco de la mañana, y que hablaban de unos especiales a los que llamaban Maestros que, por lo general, eran pequeños.

Así empezó a formarse en mí la imagen de Palenque. Me dieron la descripción del lugar en el que habían estado ellos, así como también del sitio donde podría ir a buscarlos. Compartimos datos, dándoles los míos por si en su viaje llegaban hasta Colombia. Nos despedimos calurosamente, llevando conmigo un nuevo destino que alcanzar: Palenque.

Sí, definitivamente, la relación había cambiado. El Lenguaje ya no era el mismo. “A cien el viaje y a setecientos la velada (doña Julia)”; “están muy difíciles de conseguir y son más costosos; a mil la ceremonia (Don Filegonio)”; taxis con los honguitos como símbolo; agencias turísticas con el nombre de María Sabina; llaveros en forma de honguito. La oferta era amplia y variada, al igual que la demanda.

El Lenguaje cambió, el misterio se desvaneció; “¡ahora los hongos hablan nguilé (inglés)! Sí, es la lengua que hablan los extranjeros...” (ESTRADA, 1984:120). En efecto, tenía razón el anciano Apolonio Terán; era inglés el lenguaje de Gordon

Wasson: *Seeking the magic mushroom*<sup>50</sup>. Publicación que daría a conocer al mundo entero los “hongos mágicos”, y desencadenaría la invasión hippie al remoto pueblo mexicano de Huautla de Jiménez; personas de todas las edades y todos los colores en busca de Dios. Entonces, el Lenguaje fue profanado y “los *niños santos* perdieron su pureza. Perdieron su fuerza, los descompusieron. De ahora en adelante ya no servirán. No tiene remedio” (ESTRADA, 1984:119), le relató María Sabina a Álvaro Estrada.

Definitivamente algo había cambiado. El Lenguaje no era el mismo de antes; ahora “vaga sin rumbo por la atmósfera, anda metido entre las nubes. Y no sólo el espíritu divino fue profanado, sino también el de nosotros (los mazatecos)” (ESTRADA, 1984:120), concluye Apolonio.

Su ausencia fue la que percibí en el libro de Metzner. No había misterio alguno en las experiencias relatadas allí; al igual que en el resto del libro, y en la gran mayoría que sobre hongos he leído. No es que no haya misterio; sino que nuestra lengua no lo permite. Se escabulle entre las pálidas y escuetas palabras que lo componen. Apresarlo no es posible; es innecesario. El Lenguaje del misterio, de lo sagrado, es *otro*.

Tras la charla con los italianos, sentí que era hora de continuar. Antes de encaminarme hacia Palenque, haría una breve visita a Jonathan Ott<sup>51</sup>; gracias a la

---

<sup>50</sup> Artículo publicado en la revista LIFE magazine, en la serie “Great Adventures Series”, el 13 de mayo de 1957.

<sup>51</sup> Químico, etnobotánico y humanista a partes iguales, JONATHAN OTT (New Haven, CT, 1949) colaboró estrechamente con Robert Gordon Wasson desde 1974, luego con Albert Hofmann y Richard Evans Schultes,

intermediación de Jorge Ronderos, había logrado contactarme con él, quien amablemente respondió mi correo, dándome las indicaciones para llegar a su Rancho: Xochiatl<sup>52</sup>, ubicado en las afueras de la capital del Estado de Veracruz, Xalapa.

### **XOCHIATL: el rancho de Ott**

Siguiendo sus indicaciones me encontré caminando por una carretera en una tarde fría, topándome con un hermoso paisaje iluminado por un encantador floripondio que exhibía sus acampanadas flores amarillas en abundancia; seguido por un cristalino riachuelo llevando consigo el frío de las montañas.

Al girar a mi derecha, entré en la carretera destapada que conducía hacia su rancho; a su izquierda fluía el río por entre los árboles, extendiéndose al otro lado praderas de pastoreo. A su derecha un bosque se levantaba sobre la montaña,

---

y su formación multidisciplinaria le ha convertido en uno de los pocos sabios absolutos del mundo en fármacos psicoactivos. Miembro de diversas asociaciones científicas, fue elegido Fellow of the Linnean Society de Londres en 1985, y ha publicado numerosos artículos sobre la materia, así como los siguientes libros: *Hallucinogenic Plants of North America* [1976]; *Teonanácatl: Hallucinogenic Mushrooms of North America* [1978]; *The Cacahuatl Eater: Ruminations of an Unabashed Chocolate Addict* [1985]; *Pharmacotheon: Entheogenic Drugs, their Plant Sources and History* [1993]; *Ayahuasca Analogues: Pangæan Entheogens* [1994]; *The Age of Entheogens & the Angels' Dictionary* [1995]; y *Pharmacophilia or The Natural Paradises* [1997]. Ha sido traducido al alemán (*Ayahuasca Analoge, Medienexperimente, Löhrbach, 1995*) y al castellano (*Teonanácatl, Swan, San Lorenzo del Escorial, 1985*); *Pharmacotheon, Los Libros de la Liebre de Marzo, Barcelona, 1996*). Actualmente es coeditor de la revista *Eleusis: Journal of Psychoactive Plants & Compounds*. Estadounidense sui generis, reñido con la mentalidad WASP, vive expatriado en Iberoamérica desde hace una década, donde dirige el Jardín Botánico Nezahualcóyotl, destacada colección de plantas psicotrópicas. Está terminando una antología de la obra de R.G. Wasson. (Extraído de la solapa de *Pharmacophilia*).

<sup>52</sup> Xochiatl: bebida embriagante en náhuatl.

abriéndose entre ella un camino empedrado, al inicio del cual pude reconocer el nombre del rancho de Jonathan: Xochiatl.

Empecé a subir con la incertidumbre de encontrarlo en su casa, dado que no me había respondido los últimos correos en los que le confirmaba mi visita. Al final del camino un claro de luz se abría entre árboles y helechos, comenzando a dibujarse su casa. Caminando hacia su entrada, al pie del garaje se levantaba un inmenso árbol de blancas flores acampanadas que bañaban la entrada con su aroma. En el último peldaño de las breves escaleras que llevaban a la puerta, un hongo piedra a medio cubrir por el musgo presidía la entrada.

Descargué mi maleta en el pasillo de la entrada, me acerqué a la puerta y vi que estaba con candado. No podía ser que tuviera la mala fortuna de no encontrarlo en su casa. Fui a los alrededores, observé a través de las ventanas y pude notar una lámpara encendida iluminando aparatos eléctricos. Pero no parecía haber nadie en la casa. Me dirigí a la parte trasera hallando una construcción más pequeña aún no terminada y una especie de tambo donde almacenaba la madera.

El rancho me parecía encantador y quería disfrutar un tiempo allí. Devolverme no era la mejor opción; entonces opté por armar mi carpa en el tambo a la luz de la lamparita encendida que me brindaba una leve esperanza de su presencia. Auguraba una fría noche; así que salí en busca de víveres y una vela que me diera su compañía en la oscuridad. En el camino me toparía con él. Me alegró verlo.

En el trayecto de vuelta a su casa, sus palabras fueron introduciéndome al mundo en el que vivía este hombre. Sus palabras eran la unívoca expresión de su vida: energía *activa*. Como energía *veía* el mundo; como energía lo asumía y con energía vivía en él, empleando sus conocimientos para ello con una conciencia autónoma, global y visionaria. En cada cosa que hacía *sabía* lo que quería; llevándolas hasta su cometido, sin disipar lo más mínimo de su energía, pues las sombras de la duda parecían no tener cabida en él. La misma energía que se ve reflejada en sus libros minuciosamente detallados; en el discurrir de su prodigiosa memoria; en su rancho; en sus proyectos; en su vida diaria.

Yo simplemente lo escuchaba. Sentía que la fluctuante energía de mis palabras, ensombrecidas por mis dudas, por la desazón de mis falsas expectativas, palabras demasiado personales, provenientes de un mundo, para mí, en ese momento, diferente al de él. Incapaz de entablar un diálogo, me dediqué en el tiempo de mi estadía en el rancho, a disfrutar del lugar, sus alrededores, sus hermosos paisajes, en el transcurso del día; mientras en la noche, sentado ante la fogata de su biblioteca-oficina-dormitorio, leía cuanto libro sobre hongos que no conocía, encontraba.

Pero siempre con la mirada puesta en un par de libros grandes, de pasta dura, edición limitada y con la dedicatoria personal de R. Gordon Wasson a Jonathan Ott. En lo alto de la biblioteca estaban las versiones originales de los libros del banquero neoyorquino, fundador de la etnomicología y difusor de los “hongos mágicos” de María Sabina.

Cuando por fin le pregunté si podía verlos, respondiéndome que sí con toda naturalidad, los tomé en mis manos con delicadeza, con mucho cuidado, como si de libros sagrados se tratara. Lo olí; palpé sus finas hojas; me maravillé con sus ilustraciones a color de hongos; y lo saboreé leyendo sus páginas. Luego me fui a mi dormitorio, adornado con un telar huichol, un cuadro con las plantas del mundo psicoactivo y otro con la imagen de Xochipilli, para partir el día siguiente hacia Tuxtla Gutiérrez, la capital del Estado de Chiapas.

## **CHIAPAS – PALENQUE**

Llegué a Tuxtla Gutiérrez en horas de la tarde, tras un viaje de dieciocho horas, a raíz de un problema en la vía que nos tuvo detenidos toda la noche. Después del atardecer, abordé el siguiente bus rumbo a la bella ciudad de San Cristóbal de las Casas.

Tan pronto hallé un lugar donde descargar el peso de mi maleta, salí a recorrer sus coloniales calles. Antiguas edificaciones bien conservadas; grandes iglesias construidas con lujo de detalles, a cuyos alrededores se encontraban todavía pequeños grupos de indígenas con sus vestimentas tradicionales de color negro, conformados en su mayoría por mujeres que ofrecían sus artesanías tejidas con vivos colores, acompañadas por sus hijos. Avanzada la noche, como sombras en la oscuridad desaparecerían esfumándose por las calles de la antigua ciudad, quedando en ella sólo la presencia de viajeros ávidos de vida nocturna.

Como uno de ellos me confundí en la chispa de un bar celebrando la emoción de estar de viaje, al son de la música en vivo de un grupo de reggae. Luego de un par de cervezas, regresé al hostel a descansar para conocer al día siguiente la ciudad bajo el sol. Me informé sobre las horas de salida hacia Palenque, planeando mi partida al atardecer, y me fui a recorrer el centro histórico de la ciudad, pasando por la plaza principal, para terminar visitando las artesanías indígenas.

Partí de San Cristóbal horas antes de ponerse el sol, arribando a Palenque en las horas de la noche. El nutrido comercio de la ciudad la mantenía despierta; a mi llegada busqué de inmediato un transporte que me llevara al hospedaje que me habían recomendado los italianos, cerca a las ruinas.

Panchala se llamaba el lugar. Le pregunté al encargado por un lugar para camping, conduciéndome a un pequeño terreno abierto, rodeado por un par de cabañas. No tenía muy buen aspecto; pero no le presté atención a ello, pues era económico y parecía ser lo único que podía conseguir a esa hora de la noche. Monté mi carpa y salí a recorrer el lugar, poblado por bonitas cabañas, cómodos restaurantes, y caminitos encendidos por lucecitas en el suelo que atravesaban pequeños riachuelos cristalinos. En el silencio de mi caminar, regresé a la carpa a dormir.

Un nuevo día brillaba con el sol. Bajo su luz emprendí el camino a pie hacia las ruinas. En el trayecto pude reconocer el lugar donde podía buscar honguitos, de acuerdo a las indicaciones de Nicolò y Mauro. Encontrarlos y comerlos en las



ruinas, parecía una buena opción; me detuve a observar el potrero indeciso de hacerlo. Finalmente el desánimo justificó mi decisión, continuando mi camino.

Un sol radiante sobre un cielo abierto iluminaba las pirámides levantadas en medio de la espesa jungla circundante. Los guías turísticos ventilaban sus ofertas sobre visitas a ruinas aún no descubiertas en medio de la selva.

El silencio de sus misterios guardaba en mi andar por ellas. Guardados estaban también en los grabados realizados con gran cuidado en sus cumbres. Un recurrente símbolo en forma de T que aparecía en el Palacio, inequívoco por su torre, trajo a mi memoria el recuerdo de los relatos de Juanjo Piñeiro en su libro *El despertar del hongo*; el cual, según los hombres de conocimiento con que tuvo contacto, era el símbolo del hongo, caracterizando a la cultura maya como una cultura de hongos.

Anduve por sus templos; me adentré un poco en la jungla, retomando luego el camino de su recorrido turístico desembocando en el museo. Allí se encontraban exhibidos elementos sagrados; los rostros de los guardianes de un saber ancestral, delineado en sus movimientos, en sus símbolos, en sus vestiduras, en sus gestos. El cuidado y la precisión con que estaban hechos era reflejo de ello. Su espíritu estaba ahí, en la viva expresión de sus rostros, de las máscaras, de sus cuerpos.

Antes de irme pasaría por una librería contigua al museo y compraría un par de revistas de arqueología mexicana con temas sobre los enteógenos, los huicholes y

María Sabina, entre otros. Con las revistas en mi maletín iniciaría el camino de regreso.

Me detuve de nuevo ante el potrero. Mi viaje por México estaba llegando a su fin. Palenque era mi última oportunidad; mi último *intento*. Meterme a un potrero a buscarlos no era, en realidad, lo que estaba buscando. Decidí no hacerlo. Crucé al otro lado de la carretera. Al dar unos pasos más adelante del potrero, vi una pareja de extranjeros que salían de un sendero en medio de la trocha a un costado del mismo. Esto me llamó la atención. Paso seguido, salió detrás de ellos un hombre moreno y robusto, claramente de la región, quien al verme hizo su oferta: “champi, champi”.

Era lo que estaba esperando. Crucé de nuevo la carretera en su dirección.

*¿Champi?, le dije.*

*Claro hermanito, ¿cuántos quieres?*

*No sé, a ver ¿cuántos tienes?*

Me condujo trocha adentro y me mostró una buena cantidad de hongos envueltos en la hoja de una planta.

*¿Tienes Maestros?, le pregunté.*

*Sí, claro.*

*¿Cuáles son?, le pregunté.*

Ésos - señalándomelos todos.

Aunque insatisfecho con la respuesta, no me importó y le pregunté.

*¿A cómo el viaje?*

*A ciento veinte – me respondió.*

*Y más o menos cuántos son?*

*Unos doce o trece.*

*Bueno, véndame dos viajes pero bien buenos, que hace poco me comí unos que no me hicieron nada.*

Envueltos también en una hoja, me vendió dos “viajes” como si fueran tres.

*¿Te los vas a comer acá?*

Sí, le respondí.

Me llevó entonces más adentro al lado de un riachuelo. Observé bien el lugar; por las basuras que había a su alrededor, noté que era habitualmente frecuentado. Saqué una bolsa de mi maletín y recogí cuanta basurita encontré. Desarmé un par de cigarros de los que llevaba conmigo y le hice una ofrenda al agua y al lugar. Prendí una velita de incienso; luego de esparcir su aroma en los alrededores, la pasé por mi cuerpo. El sitio ya estaba preparado.

Me senté al lado de un arbolito. Tomé los hongos envueltos en la hoja y los puse sobre la tierra. Uno por uno los observé con cuidado; reparé en la forma en que

habían sido recogidos. Se notaba el descuido con el que habían sido tratados; por lo visto, me los imaginé caminando por los potreros, arrancándolos del suelo (ninguno tenía pie) sin el menor respeto. Tomé cada uno en mis manos limpiándolos con el humo de un cigarro que había encendido, el cual pasé también por mi cuerpo y por cada elemento que iba a utilizar.

Luego, a todos reunidos les hablé con honestidad y con sinceridad.

*Sé que en el día de hoy nuestra relación ha estado mediada por el dinero. Pero el dinero que ha servido para ello, es dinero limpio. Ha sido el producto del trabajo de mi familia, que con amor me lo han obsequiado, depositando en él toda su confianza y todo su amor. Es dinero que ha sido ganado con honestidad y con entrega.*

*Nudos atan mi ser que me impiden ver. Por favor, les pido me ayuden a desatar los nudos para ver con claridad el camino a seguir.*

Luego de unirlos en parejas, empecé a comerlos lentamente, poniéndolos primero en mi corazón, diciéndoles: *que los nudos que atan mi ser sean disueltos; pasándolos ahora a mi frente: y mi mente sea despejada y pueda ver con claridad el camino a seguir*, acompañándolos con miel.

Sentado esperé mientras ojeaba las revistas que había adquirido. Así transcurría el tiempo, hasta que llegó al lugar otro vendedor.

*No hermanito, como así que te has comido unos hongos y no te ha pasado nada, ya era pa' que estuvieras bien honguiado. Te han estafado. Yo sí tengo unos buenos, recién recogiditos.*

*A ¿cómo? – le pregunté.*

*Pues ya te los traigo.*

Al momento volvió y me los enseñó desenvolviendo la hoja.

*Ahí hay cuarenta y tres honguitos. Por eso te cobro... ¿barato? Trescientos pesos.*

*No, no tengo todo eso; ¿cuántos me vende por ochenta pesos?*

*Pues un viaje - me respondió. Dándome una decena de honguitos.*

Los limpié y me los comí, hablándoles de la misma forma y con las mismas palabras.

De un momento a otro, las fronteras de mi percepción se distendieron; el leve y constante murmullo de la jungla aumentó, tomó su *verdadera* forma, palpitando al ritmo de los tambores en una invitación a danzar, a *ser* jungla. La sorpresa me hizo pensarlo, preguntarme de dónde venía ese ritmo; no tardé en comprenderlo, el llamado era persistente, el ritmo envolvente. Quería entregarme, danzar, dejar de ser yo, pero no pude. El ritmo se desvaneció, de la misma forma en que había aparecido: de un momento a otro.

Sin embargo, comprendí el motivo de mi incapacidad, el mismo que obnubilaba mi *vista*, que ataba mi ser. Como un hilo que sin cuidado alguno se ve enredando con otros formándose nudos sin razón “aparente” alguna; nudos que parecen indesatables y que a medida que uno trata de deshacerlos, impacientándose ante el enredo que no pinta salida, se van reforzando haciéndose indisolubles, apareciendo como única solución, cortarlos. Pero ¿de dónde salió este enredo?, se pregunta uno.

Así, el hilo de mi vida se había enredado. Mi ego era su nudo más fuerte; los otros hilos anudados a él eran hábitos provenientes de un mundo convalidado sin más ni más y que más lo reforzaban. Rígidos hábitos que se habían vuelto pesados con el paso del tiempo, cargando su lastre adonde fuera conmigo. Tal y como lo había hecho durante todo mi peregrinaje por México, con la pesada maleta que llevaba a mis espaldas, llena de viejos, pesados y caducos hábitos. Los hábitos de mi vida.

¿Qué podría *ver* a través de este enredijo? Tan espesa era la maraña que a duras penas podía *ver* el amor de Luisa. No obstante, en mi corazón lo llevaba. El temor de ella a que no volviera lo había asimilado en mi corazón. Cuando el son de la jungla se desvaneció; pensé en ese momento que el temor de Luisa a que me desvaneciera, estaba conmigo y que era él el que me impedía entregarme por completo. Un reflejo opaco de mi ego.

Con este ilusorio pensamiento me di por satisfecho; pensando que, por lo menos, había comprendido la razón de mi bloqueo. Empecé a caminar buscando la salida, inseguro del camino ante la realidad transfigurada. Salí sin mayores inconvenientes, siguiendo mi retorno al camping. Llegué directo a la carpa.

Las amarras comenzaron a soltarse. “*Sólo haciendo silencio se puede escuchar.*” Escuchar el lamento en mis lágrimas. Lágrimas de soledad. La fría soledad de mis pensamientos. “*Uno siente como siente, porque piensa como piensa.*” La fría soledad de mis sentimientos. La belleza del mundo ocultada por ellos. Me llaman a *verlo* de frente; me llaman a hacer algo. Lo miro. Ahí estoy yo en él, ofreciéndole el pálido color de mis sentimientos. Haz algo, actúa, me dicen. Mírate, pareces un duende. ¿En qué te has convertido por andar mirando lo que no es? Despierta!, mira dónde te has metido. Por el fango de tus pensamientos has terminado en una cloaca, me dicen. Has visto cómo el agua de la vida fluye cristalina por nuestros ríos. Ve y búscala, déjate llevar que yo te guiaré, me dice. Yo te mostraré el camino. Limpia tus pies, limpia tus pensamientos, sana tus sentimientos. Mira la vida, abre tu corazón, dice. La vida es más y menos de lo que crees. Siempre ha estado ahí, aunque no la vieras, dice. Ahora que la puedes **ver, escúchala**; escúchala con serenidad.

A un lado del camino desempaqué toda mi maleta. Ante mí estaba toda mi vida. Cada cosa decía algo de ella. De rodillas sobre el suelo me detuve a escuchar lo que cada una tenía para decirme. Sobre mi educación familiar algunas me hablaban. La educación de una clase social media; la cual había asimilado sin

mayores cuestionamientos. En gran medida, una educación racional. En anteriores ocasiones, los honguitos me habían permitido reconocerla. Ya en conflicto había entrado con ella; pero todavía no había realizado cambio alguno efectivo. Era un peso que debía ser transformado para seguir mi camino.

Otras me hablaban sobre mi relación sentimental con Luisa. Aunque llevaba tiempo a su lado, parte del mismo a un lado la había dejado, invisibilizada por el espejismo de mi ego que sólo reflejaba una cosa: yo. Inseguro e infantil le había causado penas a su corazón a raíz de ello en un par de ocasiones. Ella, su amor incondicional me había entregado; y yo, con la mirada fija en mis proyectos egoícos, le era injusto. Esto era algo que también quería cambiar.

Algunas otras me mostraron el camino a seguir. Un camino hacia nuevos conocimientos. A mi regreso de México iría en su búsqueda. Pero antes debía ver qué iba a hacer con el revoltijo de mi vida que tenía a mis pies. “*Pensé que lo sabías todo*”, me dijo el Hongo en tono irónico, al verme sin la más mínima idea sobre qué hacer con el enredijo de mi vida.

Momentos antes me había mostrado maravillosos palacios mayas; me había enseñado a danzar con alegría en el fluir de una experiencia con las amarras sueltas; pero una vez que “*el carnaval se terminó*”, llegaba el momento de encarar el mundo con el futuro de mi pasado a los ojos de la conciencia a mi lado como mi mejor amiga; narrando sobre el mundo que atrás dejaba, un mundo de laberintos



mentales<sup>53</sup>, desde los cuales no nos es posible *ver* de frente el mundo y mucho menos *vern*os a nosotros mismos.

Me desperté al día siguiente recordando poco de lo que había visto y vivido. Procuré deshacerme de cuanto pudiera del peso de mi vida. No me preocupé mucho por la aparente ausencia de un recuerdo claro y presente de todo lo que había *visto*, pues sabía que *algo* había comenzado, *algo* había aprendido. Por ahora debía continuar mi camino; aún faltaba el DF. Allí tenía una visita pendiente; y la noche anterior había *visto* que debía cumplirla.

## **ERIC**

En el taller sobre tabaco impartido por Hernando Arango, había conocido a su asistente, Claudia, también encargada de comunicar por vía electrónica sobre las tomas de yagé en Pereira, a cargo de Florentino Ágreda y Hernando. Con ella entablé una amistad casual por internet. Sabía de mi viaje a México y me pidió el favor de llevarle un poco de Remedio a un amigo suyo que allí vivía: Eric Scibor-Rylski. Había accedido a su petición, pero a última hora todo se truncó. Sin embargo, ella me contactó con él, pues Eric era una persona que debería conocer, ya que tenía relación con los Huicholes y sabía del peyote.

---

<sup>53</sup> Ver Anexo A.

Eric había respondido a mi correo, invitándome a su casa a “hablar sobre la vida”, facilitándome su dirección y número telefónico. Lo llamé tan pronto estuve ubicado en el DF; aunque no pudo recibirme el día de mi llegada, si lo haría el siguiente.

Llegué a su casa después del medio día. Con gran afecto y cordialidad me recibió. Me senté un momento en su sala mientras nos conocíamos. Luego me invitó a pasar a su comedor, ofreciéndome algo de comer. Sin yo haber hablado mucho, me dijo: “Te voy a decir una cosa. Pareces ser una persona muy paciente, pero vas a la carrera.” El efecto de las palabras de Eric fue inmediato. Cualquier residuo de ansiedad por lo poco que ‘comprendía’ la experiencia que había tenido, se esfumó por completo. *Supe* que no tenía nada que preguntar, mucho menos hablar. Tan sólo lo escuché.

Me contó un poco de su aprendizaje con el *mara’ akame* Julián; de lo que recuerdo en particular su explicación sobre los cinco puntos energéticos, entre los cuales tanto la entrada como la salida es el corazón, cuyo color es el azul. Los otros cuatro son: el cuerpo – blanco; el sexo – rojo; la emoción – amarillo; y el intelecto – verde.

Me habló mucho sobre los huicholes; de lo mágico de su mundo, pues viven en el mito, el cual es recreado constantemente, siendo así testigos de la creación. Me enseñó una familia de peyote que tenía sembrada en su casa; me explicó sus diferencias, sus historias sagradas. Luego me enseñó los trabajos artesanales de

su maestro, obsequiándome muy generosamente una hermosa manilla huichol hecha por él.

Hasta que finalmente llegó la hora de despedirse, diciéndome: “hay que andar ligero en la vida”. Me fui sorprendido, una vez más, por el caluroso recibimiento a un completo desconocido. Ese día Eric me entregó todo lo que pudo en el breve tiempo que compartimos. El poder de sus palabras llegó directo adonde debían. Con la serenidad de Eric y la alegría de un viaje realizado volví a San Luis Potosí.

Allí me despedí de las bellas personas que conocí; quienes humildemente me abrieron las puertas de sus hogares, todo su afecto me ofrecieron y como si fuera de la familia me recibieron. Con inmensa gratitud recuerdo a Paco y Marlene.

El 27 de enero de 2009 regresé a Colombia.

## ARMONIZAR LA VIDA

“El camino hacia nuevos conocimientos”, señalado por el Hongo en Palenque, me llevaría de nuevo a Nabi Nunhue, donde Kajuyali Tsamani. Esta vez no iría de paso; esta vez conocería a Kajuyali, hombre de conocimiento, en su hacer. El motivo de la reunión: “armonizar la vida”.

Con motivo del “I Encuentro Internacional de Culturas Andinas”, presto a realizarse en la ciudad de Pasto, le escribí a William preguntándole si había lugar en su maloca para hospedarme durante el encuentro. Amablemente me respondió que sí, ofreciéndome la invitación a participar del “Círculo Sagrado de los Saberes”, cuya intención, como ya lo mencionaba, era la de armonizar la vida. Al confirmarle mi asistencia, me compartió el texto base a tener presente durante el círculo, en el cual aclaraba las razones por las cuales es necesario, en la situación actual, encaminar nuestro actuar, nuestro ser-en-el-mundo, con la única intención de armonizar la vida.

Emprendí el camino hacia “La casa del Jaguar” (Nabi Nunhue), con la única intención de entregar mis energías, dirigirlas hacia la invitación de Kajuyali en pro de la armonía. Temprano en la mañana llegué a su casa. Con un cordial abrazo me recibió y me presentó con los demás integrantes del círculo, cuya apertura sería en las horas de la noche. Para ello nos reunimos en la maloca de huéspedes. Allí compartió afables palabras de bienvenida; poniendo luego a

circular la palabra entre los integrantes, expresando cada uno su intención en el círculo. Tras lo cual nos obsequió un ‘pequeño detalle’.

Guardadas en una bolsa de tela se encontraban diferentes piedritas de distintas clases que desde el Brasil había traído. Cada uno sacaría *su* piedrita del interior de la bolsa con la mano izquierda, pues “ésta es la mano con que recibimos, mientras que con la derecha ofrecemos”, nos dijo. Sin mirar sacaríamos *nuestra* piedrita; porque “ésa que saquemos es la que era para nosotros, ésa y no otra.” Con esto puso en movimiento la bolsa, girando en el círculo a partir de su derecha. “Esta piedrita se va a llamar *Na’sewa*, que en lengua Kogi significa mi piedra sagrada. *Sewa* quiere decir piedra sagrada y *Na* es la partícula posesiva mi. Esta piedrita vamos a llevarla siempre con nosotros. Ella nos va a traer un regalo la primera noche o en las que vienen. A través de ella un sueño nos va a entregar un mensaje; para ello debemos guardarla en nuestra mano izquierda y tenerla sobre nuestro corazón al acostarnos.

Como es nuestra piedrita debemos observarla con cuidado para conocerla bien, porque cada detalle, por mínimo que sea, tiene algo que decirnos”; compartió con nosotros Kajuyali. Así era abierto el círculo. Lo finalizó recordándonos la hora acordada para la mañana siguiente de la ceremonia Kogi: el Sabiji.

Una luminosa mañana nos recibió en el nuevo día, con el rostro del Galeras despejado en el fondo celeste. “La Loma”, como es llamado el semicírculo de piedras consagradas por los Kogi, sería el punto de encuentro. Vestido de blanco

con el gorro tradicional Kogi, nos esperaba allí sentado Kajuyali, mambeando. A su derecha reposaban diferentes objetos sagrados, entre los cuales se encontraban algunos de los ancestros Tayrona. Con ellos, una piedrita de nuestro lugar de procedencia que previamente nos había sido encargada llevar, sería consagrada, con el fin de recordar y revivir una práctica ancestral de nuestros hermanos mayores de la Sierra Nevada de Santa Marta; pues, según nos contaba, “hay un lugar sagrado en la Sierra, donde están reunidas las diferentes piedras de cada uno de los pueblos ancestrales de todo el planeta; por ello vamos a poner nuestra intención dirigida a la armonía de la Vida y de los pueblos en esa piedrita que trajimos. Luego será consagrada según la tradición Kogi, para ser depositadas en un lugar especial para ello aquí en Nabi Nunhue. Porque Nabi Nunhue es aquí en el Sur, lo que es la Sierra Nevada en el Norte; ya que así fue dado por los Kogi, en cabeza de sus principales *mamos*, cuando estuvieron aquí reunidos y este lugar fue consagrado por ellos.”

Luego de este primer acto, pasamos a realizar una ofrenda a la Madre Tierra. Dos pedacitos de hilo serían entregados a cada uno de nosotros; uno lo recibiríamos con la izquierda y el otro con la derecha. Con cada uno encerrado en el puño de cada mano, los pondríamos sobre nuestro pecho, imitando la posición de la estatua al pie del semicírculo, guardiana del lugar; posición que, según nos narraba Kajuyali, le fue enseñada por la Mantis religiosa. Así, con este gesto, nos encontraríamos depositando en el hilo de la mano izquierda todo lo malo en nosotros que queremos dejar, todo aquello que no queremos seguir repitiendo; y

en la derecha primero daríamos gracias por todo lo que la vida nos ha dado y nos da cada día, recordando hasta lo más pequeño, lo más simple, para luego sembrar las buenas intenciones que nos llevarán hacia la armonía y que permitirán que nuestra vida florezca. Tras realizar esto Mama Haba Saka (la compañera de Kajuyali), recogería nuestra ofrenda y la entregaría a la Madre Tierra, sembrándola al pie del guardián. Concluiríamos la ceremonia, cerrándola al girar sobre nuestro eje tres veces hacia la izquierda.

A la noche nos esperaba la primera ceremonia de Ayahuasca. El círculo del fuego nos invitó a reunirnos a su alrededor. Kajuyali nos recibió con palabras de bienvenida, sugiriéndonos enviar nuestras intenciones en pro de la armonía de la ceremonia, en los momentos en que sintiéramos la necesidad de hacerlo, a través del tabaco, el cual al ser entregado al fuego con nuestra intención, la llevaría al Gran Espíritu.

Congregados en “la casa de todos” (la maloca), en silencio escuchamos el canto chamánico de Kajuyali al son de la huaira<sup>54</sup> dirigido a la ayahuasca que sobre la mesa reposaba. Luego fuimos pasando, uno a uno de derecha a izquierda en el orden del círculo, por nuestra copa de ayahuasca. Esa noche tuvimos la grata compañía del taita Domingo Cuatindioy y su señora Pastora.

---

<sup>54</sup> Huairasacha: instrumento ritual propio de la cultura del yagé.

En aquélla ocasión era la primera vez que iba sin expectativas a una ceremonia de ayahuasca; pues me sentía tranquilo, y la única intención que llevaba conmigo era la de propender por la armonía en el círculo, la armonía a la que Kajuyali nos convocaba. La misma con la que él guiaba la ceremonia al son de su tambor y sus cantos. Los cantos que poco a poco iban despertando la ayahuasca en nosotros; los que activaban su fuerza; la luz que iluminaba mi oscuridad, asolapada sobre la superficie de mi tranquilidad.

Sentía despertar la fuerza interior en mí; la llama de mi espíritu que había sido avivada por el soplo de los honguitos, en cuyo camino había empezado a ver la vida y a actuar en ella. Pronto comencé a percibir que esta energía no estaba fluyendo libremente, siendo retenida por algo, convirtiéndose en un objeto que quería ser exhibido y que se reflejaba en mis gestos. En mi mirada; en la postura asumida con mi vestimenta.

Comencé entonces a sentir un malestar en mi estómago. Salí de la maloca a buscar la purga. Pero esta no llegaba y yo la buscaba insistentemente con mis pensamientos. Hasta que pensaba que no era nada y trataba de volver a la maloca, mas no podía. Un asunto pendiente tenía; hasta que no lo resolviera no podía ingresar de nuevo en el recinto sagrado. Volví sobre mis pasos y seguí esperando. Con premura llamaba a la purga, pero ésta seguía sin venir. Se me acercó entonces uno de los ayudantes de Kajuyali. Le dije que no podía vomitar y me colaboró con su saber. Al cabo de un instante surgió efecto su ayuda, mas todavía quedaba algo más por purgar.



Con la liviandad que deja la purga, volví tranquilo a la maloca. Entre las palabras que Kajuyali nos compartió al comienzo de la ceremonia, nos había dicho: “escuchen a su corazón. Solo tomen cuantas veces él les diga que sea necesario. Si con una tiene, entonces con una es suficiente.” Yo había llegado con un hábito adquirido en otras ‘tomas’ de yagé, que consistía en tomar lo que más pudiera no escuchando al corazón. Con ello manejaba otro tiempo y otra forma de asumir la experiencia.

Al sentir el malestar en mi estómago, había pensado que lo que necesitaba era otra copa de ayahuasca para solucionarlo. Fui en busca de ella y prácticamente interrumpí a Kajuyali en un canto, mostrando la ansiedad que estaba manejando. En ese momento me dijo que no podía, que esperara. En mi espera fue cuando pudo llegar la purga. A mi regreso, llegué en el momento adecuado para la segunda copa. Amablemente me recibió y un canto a la ayahuasca que me esperaba ofreció.

Volví al círculo del fuego. Reunidos allí escuchamos al taita Domingo cantar con alegría en su guitarra; luego en la armónica; y finalmente nos compartió la historia del día en que decidió ser chamán. “Una vez de niño, cuando tenía cuatro años, estaba yo sentado sobre una piedra. Y entonces me llegó el Pensamiento. Entonces ese día yo me dije que quería ser chamán. Ese día lo *supe*”.

Por un rato me quedé sentado al lado del fuego; consciente de mis gestos, evitaba cualquier exhibicionismo. Luego me acosté en el suelo, aún al lado del fuego,

permaneciendo ahí, tratando de comprender lo vivido, hasta que poco a poco la luz de un nuevo día fue llegando.

Con el nuevo despertar me dirigí a la maloca de huéspedes a descansar, antes de participar en el Inipi (la cabaña de sudar), de tradición Lakota. Lo vivido en la noche anterior era sólo el comienzo; aún quedaban cosas por purgar con mis energías puestas en la intención de armonizar la vida.

Con esta intención la ayahuasca me había mostrado cosas de mí, dibujadas en mis gestos, en mi actuar, que no había reconocido, pero que vistas a la luz comprendía que me llevaban por caminos que no eran tan claros y que en vez de reunir disgregaban. A la luz de esto, claras se me hacían las palabras a poner en mis intenciones y en las ofrendas previas a entrar en el útero materno para nacer de nuevo<sup>55</sup>. Las intenciones eran puestas en una pequeña ofrenda de tabaco, envuelto en un trocito de tela, cada uno de diferente color según el lugar al que iba dirigido. Un color para cada punto cardinal; uno para la tierra, otro para el cielo y otro diferente para el águila mensajera que lleva nuestras ofrendas al Gran Espíritu. Todas enlazadas por un hilo que las separaba con un nudo abierto. Una ofrenda compuesta por siete elementos era introducida en la cabaña de sudar y allí colgada.

En completa oscuridad nos encontrábamos reunidos un numeroso grupo al calor de veintiocho rocas calientes. La energía Lakota puesta en sus canciones, acompañadas por un poderoso tambor, nos conducían a un estado de unidad,

---

<sup>55</sup> Éste es el *sentido* del Inipi. Volver a nacer del útero materno.

olvidando nuestros cuerpos diluidos convirtiéndonos en una sola voz. Refrescados y renovados por el lapso temporal de cuatro puertas<sup>56</sup> que nos permitían tomar la energía vital del agua, respirar el soplo del viento, reconocernos individualmente copartícipes del mismo útero para deshacernos en la unidad de un nuevo canto, en la oscuridad indiferenciable de donde todos provenimos.

Difícil prueba que fortalecía nuestras intenciones, la fraternidad y nuestro espíritu. Limpiábamos nuestro cuerpo con la fortaleza de llegar hasta el fin. Con humildad entramos y con humildad salimos de rodillas dando gracias al Gran Espíritu por lo vivido, por haberle enseñado al ser humano esta práctica sagrada que nos permite recordar de dónde venimos y nacer de nuevo. A la luz de esta reminiscencia pasamos el día con nuestro cuerpo purificado y rejuvenecido.

Al día siguiente el círculo se dividiría en dos: el círculo de la luna y el círculo del sol. En el primero se reunirían las mujeres y en el segundo los hombres a conversar; para luego unirse de nuevo y compartir lo aprendido. Antes de caer el sol, los hombres nos reuniríamos en la maloca alrededor del fuego, y las mujeres en un lugar provisto para ellas.

Kajuyali daría inicio a nuestra conversación, narrándonos algunas de sus enseñanzas con el abuelo uitoto Óscar Román. En una ocasión el abuelo le habló sobre el fuego; de cómo en la forma en que éste era encendido y mantenido se

---

<sup>56</sup> Las puertas son momentos en que se levantan las cobijas que cubren la cabaña para refrescarse por un momento.

podía ver mucho sobre la persona que lo hizo. Por ejemplo, según el cuidado con que éste había sido encendido; la forma en que lo había hecho; la manera en que lo conservaba; pues todo ello indicaba qué clase de fuego era: o uno que se consumía rápido o uno que se conservaba durante días, posibilitando la vida en su entorno; es decir, un fuego que no quema sino que reúne, es un fuego de hogar. Este tipo de fuego antiguamente era encendido por la mujer. Hasta que el hombre tomó posesión de él y se convirtió en un fuego que quema, excluyendo de él a la mujer.

“Este tipo de fuego es el que se maneja ahora en nuestras sociedades mal llamadas ‘civilizadas’. Esto lo podemos ver en las guerras que son actualmente el motor de esta sociedad; el fuego que emplean es destructor y rápidamente se consume. Igualmente lo vemos en la forma en que es utilizado para manejar la tierra, quemando las montañas con él sin ninguna clase de cuidado, destruyendo los bosques y secando los ríos. ¿Qué tipo de fuego es éste? El fuego masculino que no se preocupa por lo que le vamos a dejar a nuestros hijos. Se ha olvidado una valiosa enseñanza de la sabiduría ancestral que dice que cada uno de nuestros actos tiene consecuencias y repercusiones sobre las próximas siete generaciones, y así cada una de las generaciones siguientes.

Esta misma clase de fuego es el que también se ve en el hogar. Se ve en la forma en que son educados los niños. Restringidos a comportarse como ‘hombres’, porque lo femenino es signo de debilidad. Llorar no puedes, porque pareces una niña. Esto no se ve, por ejemplo, en los Kogi, quienes educan a niños y niñas en

un mundo igual, sin diferencia alguna en su forma física, pues los niños llevan su cabello largo hasta la pubertad, antes de la cual todos son iguales. En nuestras sociedades a los niños se les separa de las niñas, empezando por los juguetes.

¿Qué clase de fuego es? que en el hogar la mujer es maltratada física y espiritualmente. Este tipo de fuego disgrega en vez de reunir; éste no es un fuego de hogar. Ha sido excluido de él hasta en las construcciones; donde no hay lugar para él, siendo incluso prohibido. Anteriormente las familias se reunían en torno a él para dialogar sobre asuntos personales; para compartir la comida y conversar. Esto ya no es posible”; nos compartía Kajuyali.

Luego de la cena se unieron los dos círculos. Las mujeres nos hablaron un poco de su conversación. Particularmente mencionaron el hecho de haber olvidado la conexión primigenia de la mujer con la Madre Tierra y con la luna; recordando que su sangre es sangre de la tierra y que cuando se encuentran en luna una ofrenda de su sangre ha de ser ofrecida a la Madre, para no olvidarla y valorar nuevamente este precioso momento de la vida de la mujer; descuidado y desprestigiado en nuestras sociedades, a tal punto que se ha convertido en algo sucio que en vez de dar gracias a la Madre por la fertilidad, por el poder de crear, ha terminado contaminándola.

Los hombres compartimos con ellos lo que habíamos escuchado de Kajuyali; comprendiendo la urgente necesidad de aprender a manejar el fuego al modo en que ellas lo hacían, para escuchar lo que tienen por decir; de por sí mucho más

valioso que el juego de palabras de nuestras vanidades y orgullos, producto de un fuego disgregante sin cuidado alguno. Hay que escuchar a las mujeres. Con esta enseñanza nos fuimos a descansar.

Para la mañana del día siguiente estaba programada una ceremonia de sanación en la cascada del Wilke, pero por algún motivo no fuimos a ésta, sino a una más cercana, ubicada en una reserva forestal, propiedad de un amigo de William.

Tras una cordial atención, acompañada de un caluroso recibimiento, emprendimos camino a la reserva. El lugar había sido reforestado, produciendo ahora bellas fuentes naturales de agua. Seguimos el sendero recogiendo a nuestro paso siete pares de cogollos de distintas ramas en cada una de nuestras manos, por indicación de Kajuyali, para impregnarnos de la energía del bosque. Finalmente llegamos a la cascada.

De poca altura, dejaba caer su agua cristalina sobre las rocas. Al espíritu del agua delineado en la cascada, haríamos una ofrenda de un cuarzo, agradeciéndole por sus bondades y virtudes, por la vida que mantiene infatigablemente al recorrer las montañas, nutrir las y preservar la vida; y pidiéndole disculpas por el mal que le hemos hecho, pero deseando y procurando perdure su cauce por los ríos embelleciendo la vida a su paso.

El cuarzo debía ser colocado justo en la cavidad donde cae su agua; y “si quieren pueden pedirle un favor, apoyando su espalda sobre la pared de rocas en la que ella cae, tocar tres veces con la mano derecha para que escuche nuestra petición,

haciéndola expresa”. Hice eco de estas palabras y tras hacer la ofrenda toqué en su pared pidiendo me ayudara a clarificar y purificar mi ser de todo orgullo, vanidad y todo sentir que en un obstáculo para la armonía se convirtiera.

Al salir de la cascada éramos recibidos por un ayudante de Kajuyali, quien con ramas, un cuarzo y tabaco, limpiaba nuestros cuerpos; saliendo de allí con renovada energía, suficiente para disfrutar de lo que quedaba del día y esperar la segunda ceremonia de ayahuasca del día que venía en camino.

Una cálida mañana nos reconfortó con un bello sol matutino. Aproveché la ausencia de actividades en este momento del día, para hacer una ofrenda de tabaco a la pareja de abuelos que en piedra custodian la cara occidental de la maloca, pidiéndoles por una bella ceremonia que fluyera en armonía, donde las sombras de mi vanidad, mi orgullo y vanas pretensiones no fueran un obstáculo para su libre devenir.

Un riguroso sol se abrió paso en las horas de la tarde, bañando mi rostro y el de otro joven, integrante de la maloca, mientras triturábamos con una piedra el copal para la ceremonia. Finalizada nuestra labor se nos acercaron Luis, amigo de Kajuyali proveniente de Holanda, quien se ha encargado de producir las grabaciones de los cantos chamánicos de Kajuyali, y otra persona, un suizo, quien acompañaba a su hijo que buscaba conocer algo más de sí.

Luis narraba algunas de sus experiencias más trascendentales y el proceso que ha tenido con la ayahuasca al lado de Kajuyali; dando consejos prácticos a los suizos, quienes apenas iniciaban su experiencia con la ayahuasca. A su lado, los escuchaba en silencio, atento a cualquier palabra, sugerencia o vivencia que me pudiera ser útil para la ceremonia de la noche.

Luego ayudé a Kajuyali a entrar la madera para el fuego de la noche, aprovechando la ocasión para observar con mayor cuidado el interior de la maloca, la mesa ritual y algunos elementos sagrados que en ese momento allí se encontraban. Pasado el rato nos reunimos para el conversatorio sobre ayahuasca que estaba previsto para esa tarde.

La intención con él era sobre todo responder a nuestras inquietudes, las cuales no llegaron muy lejos, permaneciendo en la superficie de la ceremonia; como los cuidados que hay que tener a la hora de intervenir, por ejemplo, con algún instrumento musical, habiendo lugares donde esto ni siquiera está permitido a los asistentes. Kajuyali lo permitía, especificándonos el momento adecuado en que se podía hacerlo; pues él tenía, en cierta forma, un ritmo con el cual llevaba la ceremonia y del cual dependía la posibilidad de participar activamente o no. Concluido el conversatorio, esperamos la llegada de la noche para recibir nuevamente a la ayahuasca.



El fuego nos reunió de nuevo en torno suyo, con Kajuyali sentado al oriente. Luego de entonar sus cantos acompañados por la huaira, dirigidos a la madre ayahuasca, en los que se alcanzaba a percibir la evocación de la gente jaguar (*uturuncu runa*), fuimos pasando uno a uno a la mesa para recibir de su mano, la mano del hombre jaguar, la sagrada bebida.

Sentados ante el fuego, esperábamos el despertar de la conciencia universal, incitada por los cantos sagrados de un tambor que rompía nuestros límites corporales en fractales policromos, elevados por un lenguaje transmutado en el *otro* lenguaje, reduciendo nuestra conciencia individual a... nada, simplemente energía. Volvíamos a nuestro limitado cuerpo personal, preguntándonos ¿qué fue eso? La serpiente ayahuasca había sido despertada.

De vuelta en nosotros, era la hora de ver cara a cara lo que éramos, lo que era, lo que reflejaba. Los cantos continuaron; el tambor levantó a los dormidos e invitó a danzar; y yo empecé a juzgar. Me salí del círculo y me acosté en una colchoneta, aislado por el reflejo de mis juicios que incomodaban mi presencia allí. No me hallaba, entonces me senté al borde de la colchoneta. Por allí pasó Kajuyali, rompiendo el aire con el filo de una pluma gigante, pluma de águila, la que luego pasó sobre mi cuerpo, procurando despejar mi enredo mental que, aun así, persistía. Y persistió, hasta convertirse en un malestar que había que purgar. Salí del recinto en busca de ello.

Afuera comprendí nuevamente que la búsqueda consciente no era el camino; por el contrario lo ocultaba. Buscaba la purga con ansiedad, deseoso de volver y reintegrarme. Pero así huía a lo que debía enfrentarme. Poco a poco esto se me fue haciendo claro. Había algo que debía purgar. Al lado de un arbolito, cerca a los abuelos, me senté, iluminado por la luz de una luna que apenas comenzaba su recorrido por la bóveda celeste.

Levantábase sobre la maloca a mis espaldas. Estuve allí sentado, esperando con relativa calma, al comprender que para eso estaba allí; para eso había tomado ayahuasca; para eso seguía la guía de Kajuyali, quien con claridad y con humildad nos invitaba a replantearnos como seres humanos en el mundo, para armonizar la vida.

De muy adentro y con la fuerza requerida para arrancar algo de raíz, vino la purga. Como un animal, apoyado en el suelo sobre mis cuatro extremidades, vomité con toda la fuerza; como si el animal en mí despertara para expulsar la fiera maleza que había permitido pelear descuidadamente.

Allí me quedé sentado dando gracias por la purga. Al momento se me acercó Jorge, buen amigo de Kajuyali de la comunidad uitoto, para decirme que no era bueno quedarse en el mismo lugar en el que uno había vomitado. Agradeciéndole busqué otro sitio. Al sur-oriente de la maloca encontré un lugar que me proporcionaba tranquilidad. La luna continuaba irradiando su espléndida luz. Abrigado por ésta me acosté en el suelo, pidiéndole disculpas a la Madre tierra por

mi terquedad y agradeciéndole por sus dones; por la vida que nos daba; por la serenidad con que nos recibía. A la madrecita ayahuasca también le dirigía mis palabras de gratitud, por todas sus enseñanzas entregadas con amor.

Permanecí allí, reconfortado en el seno materno. Con el frío de la noche, volví a la maloca en busca del fuego hogareño. A su lado permanecí, cruzando una que otra palabra con los compañeros, hasta el alba que anunciaba un nuevo día. Descansamos en la mañana. En la tarde nos esperaba la ceremonia de yopo.

“Lo que vamos a tener hoy es tan sólo una pequeña muestra, como para saber de qué se trata. Érase una vez, una parejita de enamorados, cuyo amor los unió en matrimonio. Como era costumbre, la pareja se fue a vivir a la casa de los padres de la mujer. El joven marido era muy despierto e inquieto, tanto así que empezó a observar el particular comportamiento de su suegro en determinadas ocasiones. Con un brillo especial en sus ojos y un polvito en sus fosas nasales, el suegro actuaba diferente en estas ocasiones, lleno de energía e infatigable.

Un día el joven curioso le preguntó a su suegro qué era ese polvito que tenía en la nariz. Respondiéndole que era Yopo, la razón de su energía. El joven no dudó en decirle que quería probarlo. Pero el suegro le contestó que eso era imposible, porque él sólo podía obtenerlo cuando tenía relaciones sexuales con su mujer. Pues era sólo en este momento cuando ella podía dárselo, ya que el yopo estaba guardado en la vagina de ella; y además estaba custodiado por feroces animales

que bajaban su guardia sólo cuando su mujer lo permitía. Por lo tanto era imposible que el joven pudiera tener acceso a él.

Sin embargo, al intrépido joven esto no le importaba, ante la inmensa curiosidad de probarlo, insistiéndole fervorosamente a su suegro. Hasta el punto de convencerlo, por lo menos, de preguntarle a su mujer. Entre ruegos y ruegos, ella accedió, con la condición de que sólo la puntita; entonces ella permitiría que sólo bajaran la guardia los custodios de la entrada.

El día llegó, pero el muchacho con el ímpetu de su juventud, no aguantó con sólo la puntita, introduciéndolo todo, absorbiendo todo el yopo almacenado en el interior de su suegra. El joven empezó a volar alto en el cielo, convertido en un águila, sumido en un éxtasis total. Volaba el joven sobre la tierra, hasta que la embriaguez fue tanta que le dieron ganas de vomitar; cayendo su vómito sobre la tierra, y allí donde caía crecía un árbol de yopo. Es por ello que el águila se posa sobre las ramas de éste árbol. El joven retornó de su embriaguez y continuó su vida normal con su mujer. Ahora había sido sembrada en la tierra la semillita del yopo.

Por esta razón el elemento ritual con el que se consume el yopo tiene la forma de los genitales masculinos.”

Así nos narró Kajuyali la historia sagrada del origen del yopo. Paso seguido fuimos pasando a esnifar el polvito, de tal manera que fuera directo a la cabeza y no se quedara en nuestra garganta, causando un malestar estomacal.

Al sentarme sentí de inmediato cómo se electrizaba mi cuerpo; en silencio, con los ojos cerrados, guardé mi postura, logrando concentrarme en la percepción de la energía fulgurante que poseía mi cuerpo, *siendo* la energía. Lapso durante el cual pude ir comprendiendo calmadamente la experiencia de la noche anterior, asimilándome a ella, reposándola e integrándola en la serenidad de lo purgado. Duró el tiempo suficiente para brindarme esto.

Luego Kajuyali hizo un ritual de consagración, ofreciéndonos el agua impregnada de esta energía, para sanar nuestro cuerpo y espíritu con su virtud. Todos compartimos nuestra pequeña, pero rica experiencia con el yopo.

Antes de cerrar la ceremonia nos dio algunas recomendaciones para la ceremonia de ayahuasca del siguiente día, presta a realizarse en horas de la tarde, lo cual tenía sus bondades siempre y cuando se la supiera llevar; puesto que, en vista de que las planticas, los árboles, todo está despierto, fácilmente podemos distraernos en la percepción de ello, perdiendo de vista otras cositas muy valiosas, como el efecto sanador del atardecer y la despedida al día en el cantar de los pajaritos. Además la ayahuasca que se iba a ofrecer era muy suave, por lo cual se requería de una gran concentración. “A mí me enseñaron, por ejemplo, a tener una fuerte experiencia sólo con una gota de ayahuasca,” nos compartió Kajuyali. “Entonces es necesario estar bien concentraditos, para conocer las bondades de esta ayahuasca.” Con estas palabras nos despidió.

Pequeña bolita de luz azul celeste vespertino que irradia su luz horizontal. Suaves y serenos rayitos de luz, palpitando al ritmo sin tiempo. Suaves sonrisas, suave presencia. Mirada fraternal que honra el conocimiento con corazón con bella corona de plumas, portadora de los colores de la vida. Vuela, vuela Kajuyali como las aves silvestres que surcan los cielos, que surcan los árboles de nuestra selva ancestral, pintándola con sus bellos colores.

¡Oh madre, madrecita ayahuasca, qué suave eres!

El jaguar está en su casa; en la casa de todos nos recibe y con su ejemplo nos enseña. Guardián de la armonía; espíritu ancestral, hijo de las estrellas que ilumina nuestro caminar.

¡Oh madre, madrecita ayahuasca, qué bonita es la armonía! simple y serena

Blanca luz que ilumina nuestro andar con la memoria ancestral. Éste es tu hijo, un Chacaruna.

*Gracias Kajuyali por iluminar nuestra senda*

*con la luz de la Armonía.*

## UNA ÚLTIMA LECCIÓN

### Enero 2010

Las palabras que antecedieron a éstas las había dado como las últimas de mi escrito. Creí que había finalizado ya lo que tenía por escribir. Cerré el cuaderno y salí de viaje nuevamente hacia el Sur. Pasando por Cusco, Perú, visité en compañía de Luisa, las ruinas ancestrales de Machu Picchu; luego, brevemente, anduvimos por el Titikaka hasta llegar a la Paz. Daba ya por cerrada mi historia con los hongos.

A mi regreso, esperaba tan sólo hacer unos pequeños ajustes al escrito; pero también esperaba escuchar las observaciones, la opinión personal de mi director de tesis. Pasaron unos días, pero el encuentro no se propiciaba. Pasé entonces a recoger mis cosas al sitio al que me había ido a vivir mientras me sentaba frente a mí mismo, buscando el lenguaje de mis experiencias; el lugar donde rememorándolas, las reviví, dándose lugar en mí una integración de las enseñanzas con que iban cargadas, en el flujo de una conciencia unificada, encontrándome con una vivencia que no esperaba.

Salí entonces por el camino destapado que conduce a la vía principal. Justo antes de llegar a ésta, pude ver a mi izquierda, unos pasos más adelante, un hongo blanco, grande, que brillaba. Me acerqué a observarlo, resultando ser uno de *ellos*. A su lado, otros se encontraban secos por el fuerte sol de este comienzo de

año. Como de costumbre, anduve por los alrededores esperando la presencia de más honguitos. En total reuní siete.

Desde el momento en que tomé en mis manos aquél hongo reluciente, supe que era especial, que era un hongo Maestro. Al encontrar los honguitos me embargó una gran emoción. No obstante, procuré mantenerla dentro de sus límites. Pensé: “algo tendrán para decir; algo habrá que escuchar”.

Al día siguiente recibí una llamada de Jorgeche, relacionada con asuntos más o menos urgentes que había que atender sobre la tesis. Aproveché la ocasión para mencionarle sobre los honguitos que había encontrado. Era una buena oportunidad para suscitar el encuentro y conversar sobre mi trabajo. De inmediato accedió. Programamos entonces la reunión para dos días después.

A la luz de un atardecer que se extinguía, lo vi llegar. Me agradaba verlo de nuevo. Nos reunimos en una finca a las afueras de la ciudad. El sitio, el momento, todo auguraba una bonita ceremonia al lado del fuego.

Un día antes de reunirnos había hablado con él y le había expresado mis dudas sobre la cantidad de honguitos. Pensaba que siete eran muy pocos para los dos. Pero su respuesta me hizo ver las cosas de otra manera. Pues, “como con ellos *nunca se sabe* qué puede pasar; además, así poquitos también puede resultar algo bien sabroso, como para conversar.” Aunque tenía mis dudas, *sabía* que aquél hongo reluciente podía darnos una sorpresa. Así que su respuesta me convenció y me motivó aún más.



Aquella noche nos desatrasamos del tiempo transcurrido. Conversamos sabrosamente acompañados por un vino, y me expresó su opinión sobre el trabajo. Fue poco lo que me dijo, pero suficiente para tener una idea de lo que pensaba. Finalmente, dimos inicio a la ceremonia.

En vista de que eran siete honguitos, consideré que era justo la medida para que cada uno tuviera de a tres y al Maestro lo compartiríamos. Y así lo hice.

La velada tomó su curso, desplegándose en ella la fuerza de los siete honguitos con tal intensidad que nuestra sorpresa no pudo ser mayor. Se confirmaba una vez más lo que ya sabíamos: con ellos nunca se sabe. Y, en efecto, así fue.

Fue una velada que no me esperaba (bueno, esto casi siempre sucede. Nuestras expectativas siempre están desajustadas). Absolutamente fuera de mis expectativas. La presencia del hongo Maestro se percibió sin duda alguna. Y con ello una nueva lección recibí.

Las palabras una vez más, se quedan cortas para transmitir lo vivido; mas el recuerdo de una frase, pronunciada en una ocasión por Hernando Arango, respondiendo a la pregunta si habían principios en el chamanismo, nos compartió tres reglas, no principios, simplemente como para tener una idea de lo que se trataba. Sólo recuerdo una en el momento, la que tomó sentido para mí con esta experiencia:

***Nada es como parece***

## BIBLIOGRAFÍA

BENÍTEZ, Fernando. Los indios de México. México: Ediciones Era, 1970. Tomo III, pgs. 205 – 282.

BERGSON, Henri. Introducción a la metafísica. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1973.

CASTANEDA, Carlos. Las enseñanzas de don Juan. México; Santa Fé de Bogotá: FCE, 2000.

----- El conocimiento silencioso. Buenos Aires: Emecé, 1988.

----- El lado activo del infinito. Barcelona: Ediciones B, 2000.

DAVIS, Wade. El Río. Exploraciones y descubrimientos de la selva amazónica. Bogotá: FCE, El Áncora Editores, 2005.

ELIADE, Mircea. El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis. México: F.C.E., 1994.

ESCOHOTADO, Antonio. Historia general de las drogas. Madrid: Espasa-Calpe, 1998.

ESTRADA, Álvaro. Vida de María Sabina. La sabia de los hongos. México: Siglo veintiuno editores, 1984.

EVANS SCHULTES, Richard; HOFMANN, Albert. Plantas de los dioses. Orígenes del uso de los alucinógenos. México: F.C.E., 2000.

-----; RAFFAUF, Robert F. El bejuco del alma. Los médicos tradicionales de la Amazonía colombiana, sus plantas y sus rituales. Bogotá: F.C.E., El Áncora Editores, 2004.

ESTRADA, Álvaro, Vida de María Sabina. La sabia de los hongos. México: Siglo XXI, 1984.

FERICGLA, Josep María. El hongo y la génesis de las culturas. Barcelona: Los libros de las liebres de Marzo, 1994.

FURST, Peter T. Los alucinógenos y la cultura. Traducción de José Agustín. México: Fondo de Cultura Económica, 1980.

GLOCKNER, Julio; SOTO, Enrique. La realidad alterada. Drogas, enteógenos y cultura. México: Debate, 2006.

GONZÁLEZ ARENAS, Higinio. Objetos Voladores Identificados. Un paseo por el mundo de los hongos mágicos. México: ACD, 2004.

HARNER, Michel J. Alucinógenos y chamanismo. Madrid: Labora, 1976.

HOFMANN, A. *et al.* Los ENTEÓGENOS y la ciencia: nuevas aportaciones científicas al estudio de las drogas; prólogo y edición de Josep María Fericgla. Barcelona: Los Libros de la Liebre de Marzo, 1999. .

----- LSD: cómo descubrí el ácido y qué pasó después en el mundo. Traducción Roberto Bein. 3a. ed. Barcelona: Gedisa Editorial, 1997.

----- Mundo interior Mundo Exterior. Barcelona: La Liebre de Marzo, 1997.

HUSSERL, Edmund. Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente. Buenos Aires. NOVA. .

----- Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. México: F.C.E., 1995.

----- Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro segundo: Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

----- Las conferencias de París. México: UNAM, 1988.

----- La filosofía como ciencia estricta. Buenos Aires: NOVA, 1969.

HUXLEY, Aldous Leonard. Collected Essays. New York: Batam Books, 1960.

----- Las puertas de la percepción y el cielo y el infierno. Traducción de Miguel Hernani. 2a. ed. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1971.

----- Moksha. Barcelona: Edhasa, 1982. .

JASPERS, Karl. La filosofía: desde el punto de vista de la existencia. México: FCE, 1953.

JOSÉ JAMES, Ariel; JÍMENEZ, David Andrés. CHAMANISMO. El otro hombre, la otra selva, el otro mundo. Entrevistas a especialistas sobre la magia y la filosofía amerindia. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2004.

JODOROWSKY, Alejandro. La danza de la realidad. Barcelona: Siruela, 2005.

JÜNGER, Ernst. Acercamientos. Drogas y ebriedad. Barcelona: Tusquets, 2000.

McFADDEN, Steven. Perfiles de la sabiduría. Madrid: Grupo Libro 88, 1992

METZNER, Ralph. Sacred Mushroom of Visions. Teonanácatl. Vermont: Park Street Pres, 2005.

MIRANDA, Juan. Curanderos y chamanes de la sierra mazateca. México: Gatuperio Editores, 1997.

MCKENNA, Terence K. El Manjar de los dioses: la búsqueda del árbol de la ciencia del bien y del mal: una historia de las plantas, las drogas y la evolución humana. Buenos Aires: Paidós, 1993.

----- True hallucinations: being an account of the author's extraordinary adventures in the devil's paradise. New York: Harper San Francisco, 1993. Xii.

----- La nueva conciencia psicodélica: de las alucinaciones a la realidad virtual. Buenos Aires: Planeta, 1994.

MICHAUX, Henri. Conocimiento por los abismos. Buenos Aires: Editorial Sur, 1972. 189 p.; 19 cm.

MERLEAU-PONTY, Maurice. Fenomenología de la percepción. España: Planeta-De Agostini, 1984.

OTT, Jonathan. Pharmacophilia. Barcelona: Phantastica, 1998. 209p.

-----; BIGWOOD, Jeremy. Teonanacatl. Hongos alucinógenos de Europa y América del norte. Madrid:Editorial Swan, 1985.

PIÑEIRO GARCÍA, Juan José. En busca de las plantas sagradas. Madrid: Gaia Ediciones, 1996.

----- El despertar del hongo. México: Grijalbo, 2000.

----- Psiconautas. Exploradores de la conciencia. Barcelona: La Liebre de Marzo, 2000.

RÄTSCH, Christian. Gesänge der María Sabina. Nachtschatten Verlag, s.a.

SABINA, María. Soy la mujer remolino. México: Zare Books, 2008.

SARTRE, Jean-Paul. La náusea. Buenos Aires: Losada, 1947.

----- El ser y la nada. Barcelona: Altaya, 1993. P. 160.

TSAMANI, Kajuyali. Der schamanische Weg zu neuen Erkenntnissen. Germany: Nachtschatten Verlag, 2003.

WASSON, Robert Gordon. El hongo maravilloso: Teonanácatl. *Micolatría en Mesoamérica*. México: FCE, 1983.

----- *et al.* La búsqueda de Perséfone. Los enteógenos y los orígenes de la religión. Mexico: FCE, 1996.

----- *et al.* El camino a Eleusis, una solución al enigma de los misterios. FCE: México, 1995.

WEIL, Andrew. La mente natural: una nueva manera de considerar las drogas y la conciencia superior; traducción de Romeo Medina. México: Editorial Extemporáneos, 1974.

## ANEXOS

### Anexo A.

La siguiente narración es el resultado de una imagen que aproveché para dar inicio a la charla sobre dietas amazónicas en el Simposio sobre el Yagé: *Una mirada multidisciplinaria y cognitiva del remedio*, realizado entre el 14 y el 17 de octubre del 2010. La imagen que me sirvió para tal efecto fue la del laberinto. Esta charla fue compartida con el profesor Jorge Echeverry, quien también hizo la dieta conmigo en el mismo sitio.

### **EL LABERINTO**

Oscuro, frío y desolado laberinto. Desesperado corría por sus pasillos. Ansioso buscaba la salida, mas parecía estar andando en círculos, pues tras girar en una esquina, esperando encontrar la salida, me encontraba continuamente con lo mismo. Era un laberinto homogéneo, rasgo que le imprimía ese aspecto desolador y que aumentaba mi desesperación. Mi cuerpo no daba más, pero mi mente seguía activa y empeñada en hallar la salida. El conflicto entre ambos era desgarrador. Dos fuerzas, que debían ser una sola, jalando hacia extremos opuestos. Opuestas totalmente la una a la otra. En el medio de ambas una leve conciencia que *sabía* lo que debía hacer se desintegraba, tan pronto aparecía, por la fuerzas en tensión.

Débil vestigio de conciencia sin la energía suficiente para integrar ambas fuerzas y disolver el conflicto.

Traté de hacer silencio. Traté de olvidar el laberinto. Hacer como si no estuviera ahí, aún sabiendo que seguía en él. Sentía su presencia. Presencia que causaba un gran temor. Temor de despertarlo y verme de nuevo en él.

Emprendí entonces el viaje a Perú, llevando conmigo este laberinto. Durante todo el viaje de ida logré obviarlo. Los paisajes del sur de Colombia, del norte de Ecuador y Perú; la entrada al alto amazonas peruano y la charla con mi compañero de viaje, lograron opacar su presencia en mí, hasta el punto de creer que se había disuelto; que había sido algo pasajero. Esto no era más que una vacua ilusión. Aún seguía en el laberinto.

Había viajado a Tarapoto – Perú, a presentar una ponencia en el *Congreso sobre Medicina Tradicional, Interculturalidad y Salud Mental*, organizado por el Centro Takiwasi<sup>57</sup>. Había realizado un escrito sobre mi experiencia con los honguitos, titulado “*Los ‘niños santos’: una experiencia de aprendizaje y sanación*”<sup>58</sup>, el cual había sido aceptado por los organizadores.

Había aprovechado la oportunidad que ofrecieron los organizadores al establecer como uno de los principales criterios de selección, las experiencias personales por encima de los discursos teóricos. Esto me brindó libertad a la hora de escribir. Una libertad que no había llegado a sentir en mis anteriores experiencias con la escritura.

Continuamente había que justificare en tal o cual afirmación. Debía encadenar las palabras en una secuencia y un orden que provenía del interior mismo del discurso, de su lógica interna; mas un discurso que no era estrictamente el mío,

---

<sup>57</sup> Centro de Rehabilitación de Toxicómanos y de Investigación de Medicinas Tradicionales. Su objetivo general es revalorizar los recursos humanos y naturales de las medicinas tradicionales y elaborar una verdadera alternativa terapéutica frente a las toxicomanías. Fundado en 1992 por el Dr. Jacques Mabit.

<sup>58</sup> Ver Anexo B.

sino ajeno, exógeno. Yo no encontraba *el sentido*, el sentido estaba en él, en sus conceptos, en el discurrir de los mismos y en las relaciones determinantes que los enlazaban. Yo tan sólo me inmiscuía en alguna de sus relaciones, gracias a la comprensión que pudiera alcanzar de algunos de sus conceptos y al vislumbre del *sentido* que entreveía, asimilándome finalmente al discurso, mimetizándome con él por medio de unas cuantas palabras de más que pudiera decir, pero que, en últimas, extraía de su lógica interna. Palabras de más. Residuos de lo que ya estaba dicho.

Me adapté al discurso racional, creí hallar *el sentido* en las cadenas lógicas de pensamiento. Confiaba en sus condiciones; en sus límites: principio de no-contradicción; identidad; coherencia; orden; homogeneidad. Lo asimilé al punto de no ponerlo en cuestión. Pronto pensaba, veía y sentía racionalmente. Día tras día iba tomando fuerza; noche tras noche, palabras tras palabra, lo reforzaba. Poco a poco, sin darme cuenta, lo estaba construyendo. Yo mismo estaba edificando una barrera entre yo y el mundo, entre yo y yo mismo. Cada pared, cada recodo, había sido trabajado con mis manos; en cada uno de sus nodos estaba yo. En todo este magnífico, opaco y pálido edificio había empleado mis energías. ¡Pero qué construcción mental más maravillosa!

No obstante, por magnífica y maravillosa que fuera no podía evitar que la vida se filtrase por alguna de sus hendidias. Y la vida, por muy escasos que sean los recursos, por muy pequeña que sea la hendidia, sobrevive, crece y florece. Y así fue. Esos pequeños, delicados y sutiles vestigios de vida fueron suficientes para mantener mi corazón despierto y alerta. Porque, después de todo, había sido mi corazón el que me había conducido a la filosofía, buscando en ella el alimento que aquietara mi inquietud.



La llama de mi espíritu seguía viva. Alimentada escasamente por lo bello que encontraba en la música y en la amistad. Los honguitos fueron los que permitieron que se abriera una brecha de luz en la oscura edificación.

Al ver los tenues rayos de luz que atravesaban los muros; al ver cómo lo hacían con naturalidad y con mucha calma, me dirigí a la brecha y lentamente me acerqué a ella, y con toda curiosidad empecé a observarla. El asombro me cautivaba por momentos. Pero cuando la luz se difuminaba confundándose con la oscuridad, quedando no más que un delgado halo de luz, me iba a recorrer de nuevo los pasillos. En ese entonces no buscaba la salida. Simplemente, como por costumbre, andaba por los pasillos que tan bien conocía. Sin embargo, no olvidaba la brecha que se había abierto, como tampoco el brillo de su luz. Además, sentía algo dentro de mí. Por supuesto no sabía qué era.

De todas formas, había comenzado a ver de manera diferente los ya habitados pasillos, sus paredes, sus estructuras. Y sabía que todo había comenzado con la brecha en la pared.

Entonces volví recurrentemente allí. Cada vez que regresaba a deambular por los pasillos, tras horas de observar la luz en las diferentes formas que se presentaba, con sus variadas tonalidades, además de los cambios que provocaba en ese lugar con sus sombras y demás matices, apareciendo de otra forma, viendo rasgos que no identificaba, todo ello me conmocionaba. La conmoción misma era de por sí una novedad, porque la sentía hondo. Estaba tocando las pasmadas fibras de mi ser. Ya estaba comenzando a diferenciar los pasillos; a ver que eran pasillos de algo. La conciencia de esto apenas vislumbraba.

Los detalles aparecían por sí solos de la masa informe y oscura que eran las paredes. Detalles desapercibidos. Detalles, ¿ocultos? No. Siempre habían estado ahí. La luz filtrada por la brecha permanecía en mi retina tras largas horas de observarla. Volvía con ella impregnada en mí; entonces podía percibir la infinita variedad de matices, *los escorzos* que antes no podía ver.

Paulatinamente mis otros sentidos comenzaron a despertar. Sonidos... visuales. Imágenes... táctiles. Sentimientos... profundos. Asociaciones... insospechadas. Mi corazón palpitaba. Respiración violeta. Cálido el sentir. Trepidación fulminante. Calma. ¡Oh! Calma. Silencio. Guarda silencio. Escucha con calma. No preguntes, ya comprenderás. Ten paciencia.

Cada percepción multicolor. Cada percepción... una con las demás. Todo... *un* sentir. Una vivencia. Grabada en las fibras de mi ser. Fluyendo con él, siendo parte de él.

Ahora que empezaba a ver y sentir lo que siempre había estado ahí, velado por el hábito que había forjado con el pensamiento, con la razón, comencé a cuestionar. El laberinto se conmovió con un temblor, sacudiendo sus paredes y su estructura. Más grande se hizo la brecha. Su luz fue mayor, esparciéndose como una serpiente por los pasillos cercanos. De lejos podía percibir su resplandor, parecido a una bruma ondulante sin movimiento, simplemente ahí. O moviéndose, sí, pero a una velocidad imperceptible a nuestro ritmo vital.

Era cuestión de tiempo para que tomara cabal conciencia de lo que había edificado. Y era cuestión de fuerza interior diluir sus paredes, volverlas traslúcidas, sin densidad alguna que impidiera el libre fluir de la luz.

Sería sólo después de viajar a México, tras enfrentarme con el peso de mis hábitos, que podría reconocer que los pasillos que por tanto tiempo había estado recorriendo conformaban un laberinto. El laberinto de mi mente, de mi ego.

Por su oscuridad, por la densidad de sus paredes, el eco era la constante. Sólo escuchaba mi voz. Poco era lo que alcanzaba a escuchar de las voces de los otros, menos aun de la voz de la vida. Hice caso omiso de sus enseñanzas en los momentos en que era más necesario. Simplemente por estar atendiendo a los

devaneos de mi mente, no me integré con sus enseñanzas. Seguía dividido interiormente. Hasta que finalmente esto tomó sus verdaderas dimensiones.

Vi el laberinto. Me vi en él. Lo viví. El desespero tomó presa de mí. El eco se hizo fuerte y más fuerte. Retumbaba por todos sus pasillos, por cada uno de sus recovecos. Esa voz que quería hallar la salida con su razón. Que no quería darse por vencida. Voz pretenciosa, petulante y pedante. Mientras mi cuerpo estaba rendido. Lo que vivía más que un antagonismo era una antagonía. El delirio me rondaba.

Tuve ocasión de vivir esto en un par de sesiones con los honguitos. Con ellos se da la particularidad de desencadenar este frenesí vertiginoso, también posible por supuesto con otras plantas sagradas<sup>59</sup>, que en su caso particular ha de ser enfrentado por uno mismo, en ausencia de un guía sabedor. En ocasiones similares anteriores, había encontrado la forma de enfrentarlo y aprender de ello. Pero en esta ocasión no pude hacerlo. Estaba encerrado en el laberinto.

Al principio había pensado que había sido algo pasajero, casual. Luego comprendí de qué se trataba. Porque, de repente, en mi vida diaria, me encontraba de nuevo en él. El silencio era la única forma de sobrellevarlo. Con tan sólo repetir uno de los tantos hábitos mentales que le habían dado forma al laberinto, éste se activaba, y de nuevo retumbaban mis pensamientos en su interior haciendo eco por sus pasillos. La necesidad de darle solución a este conflicto interno era grande. Y tenía claro que la ayuda debía provenir de otro lado, más allá de los honguitos.

Fue entonces cuando apareció Tarapoto, la alta amazonia peruana. Habitat de la madrecita ayahuasca. En busca de ella fui, y la encontré.

---

<sup>59</sup> Valga la salvedad de que los hongos no son plantas, constituyen por sí mismos un reino aparte.

Como lo venía diciendo en el comienzo, el viaje por las carreteras del sur, las charlas de mi compañero de viaje, más la novedad de conocer nuevos parajes, habían disipado en gran medida la inquietante presencia del laberinto dentro de mí. Expectante de participar en el congreso, asistí a las diferentes conferencias y eventos que habían programados. Incluso participé de una ceremonia de ayahuasca ofrecida por el centro Takiwasi.

Arribé puntual a la cita. Mientras esperaba el comienzo de la ceremonia, sentado a la entrada de Takiwasi, entablé conversación con un argentino: Damián Pelizzari. Recién había llegado a Tarapoto, buscando el sitio del congreso, lo había visto en los alrededores. En aquélla ocasión había pensado que era uno de los pacientes de Takiwasi; pero no era más que un asistente, interesado en el tema. Aunque también en busca de algo. ¿De qué? No lo sé. Su constitución física era particular. Alto, flaco y de cara alargada cubierta por la barba. Como un quijote joven. Un tanto enigmático.

En torno a la ceremonia se había creado cierta expectativa. En parte porque desde el inicio del congreso la misma estaba en duda, a raíz del conflicto indígena que en ese momento estaba viviendo el Perú, específicamente en la región amazónica. Esto derivó en la imposibilidad de que curanderos de la zona y otras regiones no pudieran llegar al evento. Pero la demanda por parte de un gran número de asistentes por una ceremonia de ayahuasca, motivó a los organizadores a programar un par de sesiones. Tan pronto se anunciaron me inscribí en la primera que ofrecieron.

Por otro lado, el centro Takiwasi maneja un estricto protocolo para sus ceremonias, que incluso requiere de más tiempo de preparación, por medio de purgas y dietas en la selva. Pero ésta vez era provisional.

Un baño de ramas con agua florida limpió nuestro cuerpo para recibir a la madrecita ayahuasca. Cada uno buscó su lugar dentro de la maloca. Winston<sup>60</sup> pasó por cada uno de nosotros acompañado del tabaco, aliado protector. Por nuestras manos, por nuestros hombros, sobre nuestras coronillas, suavemente se deslizó su espíritu en forma de humo, invocado e impulsado por el aliento de Winston, el curandero, el guía, el guardián. Sus icaros llaman a la madrecita ayahuasca, con ternura, con delicadeza, con respeto, con el cariño con el que se le canta a una vida en flor. Lo mismo hace con los demás espíritus protectores y guardianes de la sabiduría de la selva.

Cada uno pasamos por nuestra copa de espíritu. Volvimos a nuestro lugar y esperamos... y esperamos...

Y espero... y espero... Oscuridad absoluta. Desorientado completamente, miro hacia todos lados, buscando una luz, así fuera la más pequeña, pero luz. No la encuentro. Ninguna señal. Nada. Pienso en concentrarme, en callar, en hacer silencio. He caído en la trampa. He caído en mi trampa. El eco de mis pensamientos retumba nuevamente por los pasillos. Rebota contra las paredes, pasa por encima de mí, por debajo, por los lados, y cuando creo que se ha difuminado, escucho uno de sus pensamientos y me encadeno a él sin quererlo y vuelve entonces a resonar.

Creía que lo había olvidado. Pero olvidarlo es un engaño. Me había olvidado de mí mismo. ¿Cómo se olvida uno de sí mismo? ¿Tras qué nos escondemos? ¿Palabras?; ¿sentimientos?; ¿actos?; ¿actitudes?; ¿amistades? Máscaras. Tras todo tipo de máscaras. Yo estaba usando una de tantas y había terminado confundíéndome con ella.

Ese mismo día de la ceremonia había presentado mi ponencia. En el trascurso del día había buscado la serenidad, la calma. Había evitado incluso la compañía. Pero

---

<sup>60</sup> Winston Tangoa Chujandama es un indígena mestizo peruano que trabaja en colaboración con el centro Takiwasi y fue el encargado en esta ocasión de dirigir la ceremonia.

había algo que me incomodaba. No sabía qué era pero *lo sentía*. Me sentaba en un lugar, en otro, pero no podía quedarme quieto. La serenidad se me escabullía por entre cada movimiento que hacía, entre cada cigarro que me fumaba. La buscaba y no la encontraba porque no *lo era*.

Llegó entonces la hora de sentarse a la mesa. Todos entraban. Y yo definitivamente no estaba sereno. En ese instante me di cuenta de que me estaba escondiendo. Sentí sobre mí todo el peso de la máscara. Ya no era el personaje de la máscara, sino *el* que llevaba puesta una máscara. Me fracturé. La inseguridad se coló por entre sus fracturas. No me quedó más que aferrarme a lo único que tenía seguro: mi escrito. Me aferré tan fuerte a él que mi cuerpo, mi rostro, todo se volvió rígido. Y lo único que pude hacer fue leerlo de un tirón. Sólo cuando llegaron las preguntas mi cuerpo y yo pudimos relajarnos un poco.

Una lucecita se prende. La figura de Winston y de algunos que lo rodean toma forma en la oscuridad. Ronda la segunda copa de ayahuasca. Vuelvo a mi sitio y espero. Y espero, pero sigo sumido en la oscuridad de mi laberinto. Escucho con atención el icaro de Rosa<sup>61</sup>, el mismo con el que dio apertura al congreso.

*Ábrete corazón, ábrete sentimiento  
Ábrete entendimiento, deja a un lado la razón  
y deja brillar al sol, escondido en tu interior.*

Lo retengo en mí. Anhele su sentido. Quisiera vivirlo. Pero estoy fracturado. El anhelo y el deseo de vivirlo es la distancia que hay en mí entre el icaro y yo. El laberinto es todavía demasiado fuerte. Tan abstracto, tan frío, rígido y desorientador que no logro purgarlo. Pienso entonces en una tercera copa. Lo

---

<sup>61</sup> Rosa Amelia Giove Nakazawa. Médico-Cirujano, miembro del Centro Takiwasi. Esposa del fundador el médico francés Jacques Mabit. Sus icaros hacen parte de las enseñanzas recibidas por parte de la ayahuasca. Al respecto ver: [http://www.takiwasi.com/docs/revista02/rev\\_02\\_art\\_01.pdf](http://www.takiwasi.com/docs/revista02/rev_02_art_01.pdf).

pienso tanto que cuando me resuelvo a pedirla es ya inoportuna. La ceremonia se está cerrando y es hora de la limpieza. Sentado frente al curandero le pido desde mi interior que me ayude a abrir mi corazón y dejar a un lado la razón. En su obrar siento que me hubiera escuchado. Pero esto es sólo el comienzo. Hay un trabajo por delante que hacer.

En la oscuridad de la ceremonia la ayahuasca me ha traído de nuevo al frente. Heme ahí en el laberinto. En mi laberinto. No más máscaras. No más excusas ni olvidos. Resuelto a enfrentarlo, espero atento la oportunidad de hacerlo. Y apareció.

En la mañana del día después de finalizado el congreso, el centro Takiwasi programó una visita guiada por sus instalaciones. Allí me entero de que ellos ofrecen para el público en general el servicio de las dietas amazónicas<sup>62</sup>. Consistente en internarse en la selva por ocho días o más, aislado en un tambo siguiendo una estricta dieta alimentaria a base de comida sin azúcar ni sal, acompañada por una bebida de plantas maestras, entre las cuales se encuentra, por supuesto, la ayahuasca, la cual es programada como ceremonia en determinados días durante la dieta.

Una oportunidad así era lo que esperaba. Pero no tendría lugar en Takiwasi, sino en otro lugar: Hampichicuy<sup>63</sup>. Centro de Crecimiento Personal y Aplicación de la Medicina Tradicional Amazónica, a cargo de Javier Zavala, psicólogo e iniciado como curandero en la medicina tradicional amazónica desde 1993, acompañado también por su esposa Beatriz Quevedo, también con formación universitaria en psicología.

---

<sup>62</sup> Para una información más detallada sobre las dietas amazónicas ver:

[http://api.ning.com/files/VkVHZq7gvyk66\\*UMzqA9rI7-O-F8uuu7okgjuniSVb4mLUfWmjE3PyK0\\*FHBcEOc9BD03J1igK4FuX99V2Rz\\*qL8eZqOvQgA/LOSRETIROSODIETA\\_SDR.A.ROSAGIOVE.pdf](http://api.ning.com/files/VkVHZq7gvyk66*UMzqA9rI7-O-F8uuu7okgjuniSVb4mLUfWmjE3PyK0*FHBcEOc9BD03J1igK4FuX99V2Rz*qL8eZqOvQgA/LOSRETIROSODIETA_SDR.A.ROSAGIOVE.pdf).

<sup>63</sup> En lengua quechua “el lugar que cura”. Para información más detallada sobre este lugar ver:

<http://www.hampichicuy.com/index.html>.

Tras salir de la visita guiada por el Centro Takiwasi, el camino nos llevaría a aquél sitio. Siguiéndole la pista a la amistad que una buena amiga había entablado con la esposa de Javier, fuimos a conocer Hampichicuy. Un hermoso lugar dispuesto para el cuidado y el trato con la madrecita ayahuasca y otras plantas maestras de la selva amazónica. Allí ofrecía Javier también la oportunidad de realizar una dieta; la única diferencia era que tenía más comodidades. Los tambos no eran tambos, sino cabañas agradables con mayores comodidades.

La fortuna pondría en mis manos este sitio como la mejor opción, dándome la oportunidad de compartir esta experiencia con dos muy buenos amigos. Acompañados también por Damián, el argentino que también andaba en busca de algo. En Takiwasi me había preguntado qué iba a hacer; entonces cuando definí lo de Hampichicuy se lo comenté y aceptó participar también. Aunque él haría una dieta más corta y menos estricta. Al día siguiente comenzaríamos la dieta.

El espíritu del tabaco en forma líquida sería el encargado de purgarnos. La rigidez del laberinto se extendía de tal forma por mi cuerpo, que éste impotente observaba el espectáculo de cómo tenía que meterme el dedo por la boca, lo más profundo que pudiera, haciendo círculos con el mismo, excitando cual glándula sea la que se encuentre entre la boca y la garganta, provocando así una reacción en mi cuerpo, convulsionado por las arcadas que esto me provocaba que ni aún así desencadenaban el vómito. Pero insistí e insistí, motivado por Damián, quien también hacía lo mismo. Y claro, yo no quería quedarme atrás. Hasta que finalmente empecé a vomitar. Un vómito fue lo que provoqué. Purga no hubo.

Esa noche se dio lugar a la primera ceremonia de ayahuasca. Para mí, sin parte alguno que pudiera registrar desde mi oscuridad. Al día siguiente recibimos una copita de ayahuasca para despertar nuestros sueños. Todavía no comenzábamos la dieta estricta. El día domingo Javier nos repartió un vaso de jugo de extracto de hoja de coca, 'para abrir la cabeza', nos dijo. Y ese mismo día en la noche ofreció



otra ceremonia de ayahuasca. La oscuridad seguía reinando dentro de mí. Ningún vestigio de luz resplandecía en mi interior. Aguardaba. Todavía quedaba prácticamente una semana por delante.

Al día siguiente nos despedimos de Damián. Ahora comenzaban cuatro días de dieta estricta. Cada uno escogió su cabaña; cada una de las cuales fue acondicionada con una cama con mosquitero; un escritorio, un cuaderno y lapicero, y un cuaderno de dibujo con una caja de colores; y por último, una hamaca. Allí debíamos permanecer los cuatro días sin hablar con nadie más que con nosotros mismos.

Los días se volvían insípidos; insípidamente largos. Marcados solamente por el compás de las comidas y las bebidas de las plantas maestras. Una en el intermedio de la mañana. Y la otra, una copita de ayahuasca para dormir, en la noche.

Al comienzo de la dieta, ante la lasitud del tiempo, sólo quedaba dormir. Dormir lo más que se pudiera. Dormir hasta el hastío, en lo que se convirtió el sueño en los últimos días.

El día martes hubo ceremonia. La que de acuerdo con la programación sería la última. Y lo hubiera sido, si no hubiera pasado por cada uno de nosotros un malestar tremuloso, nauseabundo, fuerte como ningún otro que hubiera sentido; un hálito perturbador de la habitual continuidad de la ceremonia. Javier, nuestro guía, se durmió en la ceremonia, y el sueño llegó. Hampichicuy cercado con grandes bloques de piedra. En su interior, dos perros negros con la ferocidad en sus fauces son desatados; atacan a los perros guardianes del lugar.

Sueño demasiado perturbador para Javier, y la delicadeza de la ceremonia trastocada. Esta vez la oscuridad fue compartida por mis amigos. Javier entonces decidió incluir una ceremonia más, como cierre de la dieta, con una ayahuasca más fuerte que la que nos estaba dando. 'Porque no me gusta que se vayan sin

visión', así me dijo. Se haría el viernes, el día en que se concluía el período de dieta y en el que pudimos probar, por fin, bocado de sal.

Durante los días que estuve en la chocita no había llegado a nada por cuenta propia. Pero había estado en un constante diálogo conmigo mismo, así despierto como soñando. Infinidad de sueños poblaban mis estados de no vigilia. Mas, sin embargo, habían unos que eran recurrentes en su temática. Era perseguido constantemente por la autoridad.

Cuando corría por los pasillos del laberinto no estaba solo. Y el eco que tanto me atormentaba, lo hacía porque no era mío completamente. No era *mi voz* la que retumbaba en ese eco. Podían ser mil voces las que lo conformaran; pero, en últimas, no era sino una. La de la autoridad; metamorfoseada en las diferentes voces del mundo que había convalidado sin queja alguna. El mundo contra el que nunca había alzado mi voz. Yo mismo la había ahogado.

El eco me aterrorizaba tanto porque me sabía y me sentía con la boca vendada. Su sonido era estruendoso, pero no podía cubrir mis oídos con mis manos porque las tenía atadas. Mi cuerpo no sentía más que el dolor de las amagaduras causadas por darse contra las paredes. Mi cuerpo no sentía porque no veía los pasillos. El laberinto era tan oscuro porque tenía los ojos completamente vendados.

Recibí de manos de Javier la copita con ayahuasca. Más espesa y más amarga que las anteriores. La chapaca<sup>64</sup> marca el ritmo para los hermosos y ricos icaros de Javier. Con que esto eran los icaros. ¡Qué belleza de canto! Pero ¡con qué delicadeza cuidas y tratas a la madrecita ayahuasca Javier! Le has pintado un hermoso paisaje aquí en Hampichicuy. Le has dado el hogar que se merece.

---

<sup>64</sup> Nombre peruano para lo que es la huairasacha en Colombia.

Siento cómo despierta mi cuerpo. Cómo lo recorre a cabalidad la madrecita ayahuasca con sus mil colores. Cómo soy los mil colores en una sola vibración. Mi cuerpo empieza a recordar. Es exactamente el mismo despertar que en otras ocasiones los 'niños santos' le habían provocado. Lo recuerda a la perfección. Vibra y se eleva con la chapaca y los icaros de la voz de Javier. Me siento a gusto de saber que estoy despertando.

Por un momento Javier hace una pausa. Aterrizo en mi lugar. Ofrece más ayahuasca. Acepto su oferta, pero tras sentarme la vomito. Le pido entonces una copita más. Nuevamente la chapaca marca el ritmo. Ya mi cuerpo ha despertado. No hay necesidad de elevarse de nuevo ni de vibrar. Es hora de escuchar a la madre...

Ten calma. Sé paciente. Escucha. Aprende a escuchar a la vida. Mira lo simple que es. No te preocupes ni te martirices. Nada más siente la vida. Ese laberinto en el que crees que estás es una ilusión. Y la voz que escuchas es de un fantasma.

Mira la vida. Aprende a escucharla.

No fue necesario más.

## **Anexo B.**

La siguiente es la ponencia presentada en el Congreso Internacional “Medicinas tradicionales, interculturalidad y salud mental”, realizado en la ciudad de Tarapoto, Perú, del 07 al 10 de junio de 2009.

### **LOS ‘NIÑOS SANTOS’<sup>65</sup>: UNA EXPERIENCIA DE APRENDIZAJE Y SANACIÓN**

**Duván Rivera Arcila, profesional en Filosofía y Letras, estudiante de la  
Maestría en Culturas y Droga**

***Universidad de Caldas, Manizales, Colombia***

Son ya siete años desde aquella primera vez que los recogí en el campo y entré en comunión con ellos. Son ya siete años en los que mi visión del mundo ha ido cambiando paulatinamente. Siete años en los que paso a paso los ‘niños santos’ me han ido mostrando y descubriendo el mundo del espíritu, poniéndome en contacto con lo sagrado en mí y el mundo. Siete años de vivencias, necesarias para comprender que para aprender hay que sanar y que mientras sanamos aprendemos.

---

<sup>65</sup> Éste es uno de los nombres que los mazatecos de la Sierra Madre Oriental en Oaxaca, México, le dan a los hongos sagrados. Fue dado a conocer por Robert Gordon Wasson, tras haber descubierto para Occidente las ceremonias sagradas con hongos, gracias a la colaboración de la impecable curandera María Sabina. Al respecto ver: (ESTRADA, 1984:54 -62).

Todo comenzó a partir de un sentimiento. Un sentimiento del que tengo recuerdo desde los once años. Un sentimiento, una fuerte intuición que sobrepasaba en ese momento mis capacidades cognoscitivas. Sin embargo, algo sabía: debía serle fiel y no olvidarlo. Por momentos era como si se apagara, agobiado por la rutina y los hábitos. Pero sin previo aviso avivaba sus llamas por vientos renovados que venían de algún lugar.

Pronto llegaría la edad de la razón e intentaría procurarle una explicación. Para entonces se había cruzado en mi camino la filosofía. Decido seguirla confiado por el horizonte que abrieron ante mí Karl Jaspers, con su libro *La filosofía de la existencia*, y Jean-Paul Sartre, con su novela *La náusea*. Encontraba en la obra de Sartre una reminiscencia de aquél sentimiento, aunque con otros contornos. Mas en su obra filosófica había un libro que me atraía por su nombre y porque imaginaba que allí encontraría los fundamentos de lo que había leído, el cual se titulaba *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*. Así, mi propósito al hacer la carrera de filosofía no fue otro más que comprender la fenomenología, para poder acercarme a esta obra. Lo hice culminando mi carrera con un trabajo sobre este pensador.

El camino de la filosofía me permitió conocer los delirios de la razón. Cadenas sin fin de razonamientos. Laberintos sin salida. Estaba perdiendo de vista el camino. No quedó de otra que hacer un alto en él, ante la duda de seguirlo o buscar otro. Pero los caminos hay que recorrerlos hasta su último trecho cuantas veces sea necesario. Al poco tiempo de retomarlos, acudí al llamado de los honguitos.

Antonio era un joven de Villavicencio, calmado, de voz suave y de pocas palabras cuando no estaba entre gente de confianza. No lo conocía muy bien, pero en ocasiones conversaba con él. En principio había invitado a una amiga a buscar hongos el fin de semana en un sector a las afueras de la ciudad llamado Maltería. El temor de ella la llevó a proponerle a Antonio que me invitara. Nos citamos para el sábado a las ocho de la mañana. Ella no acudió. Sólo nosotros dos fuimos. Ese día yo encontré los honguitos.

Fue una experiencia suave, calma y delicada. Antonio hizo de guía. Desde aquél día no me he separado de ellos. Ésta y las siguientes experiencias en Maltería avivaron nuevamente la llama del espíritu que parecía, en aquel entonces, estar ahogada por escombros. Escombros de palabras y más palabras. Pero cuando los honguitos la avivaban con el viento, su gran aliado, la alegría y la espontaneidad de la niñez hacían presa de mi espíritu.

Los seguí hasta concluir la carrera de filosofía. Por el contacto con ellos pude comprender algunas ideas y conceptos claves de la fenomenología. Sin embargo, para ese momento sabía ya que el camino a seguir no estaba en la filosofía. Era otro pero aún no sabía cuál. Sabía que estaba relacionado con los honguitos. Hasta que la señal llegó. A escasos meses de haberme graduado, la universidad anunciaba el *I Simposio Colombiano e Internacional de Cultura y Droga, "Una mirada hacia adentro"*. Sin dudarle me inscribí en él. Y al final del mismo el gran anuncio. Tras 14 años de investigación en el fenómeno cultura y droga, se anunciaba la apertura de la Maestría en Culturas y Droga, presta a iniciar en el

segundo semestre del 2006, pero por motivos burocráticos, comenzaría finalmente en el primer semestre del 2007.

Cuando la maestría comenzó, poco claro era el panorama sobre lo que quería investigar. Mi propuesta inicial fue el intento por esbozar **eso** que había ido descubriendo con los honguitos. **Eso** que me habían dejado las experiencias con ellos. **Eso**: una ventana. Lejana en ese momento, pero abierta. Por fin recibía la prueba de que había algo más. Tanto tiempo siéndole fiel a ese sentimiento, porque sabía que en él había **algo**; ¿qué?, simplemente **algo** que no debía olvidar; **algo** más verdadero; esencial; **algo** más allá de las apariencias, de lo habitual, de las vías de conocimiento que nos enseñan en la academia. Pero entonces pensaba en **eso** y no en los honguitos.

Un día asistí entonces a una reunión del taller permanente de cultura y droga. Al final de la misma un profesor de la maestría tomó la palabra y mencionó el curioso hecho de que no se investigara sobre los hongos. Hice eco de aquellas palabras y decidí enfocar la investigación en ellos. En ese momento sólo tenía claras dos cosas: una, que no seguiría los delineamientos habituales de investigación académica; y otra, que todo recaería sobre las experiencias que de ahí en adelante tuviera con los honguitos. Aunque había otra cosa que también tenía clara: guiado por la llama del espíritu, flameante por el soplo de los 'niños', mi interés nunca fue académico, siempre personal. Esta intención le confirió dirección a las dos anteriores.

Mis intenciones en las veladas con los ‘niños’ estuvieron dirigidas siempre a aprender. Aprender para cambiar, para transformarme. Empecé así a recorrer este nuevo camino. Pasé de un consumo descuidado e inconsciente a uno preparado ritualmente. Amplios y profundos campos de significación y comprensión se abrieron ante mí con este cambio. Todo alrededor de la velada empezó a cobrar sentido hasta el más mínimo detalle. Esta telaraña de sentido se extendía más allá de la ceremonia, entretejiéndose en ella mi vida cotidiana, mi historia personal, a través de un hilo de conciencia en la mano de alguien o algo que no era yo.

Cambios paulatinos en mi visión del mundo fueron dándose. Pero requería todavía de un cambio más profundo, para que el tejido, que velada tras velada había ido descubriéndose en nuevos vínculos, tomara otra consistencia y un sentido más amplio pero esencial apareciera. La puntada inicial de la telaraña, alrededor de la cual todo comenzó a tejerse.

En las últimas veladas del 2008 un “conocimiento silencioso” había ido despertándose en mi interior. Como nunca antes la llama del espíritu flameaba. Imágenes, sonidos, ritmos, florecían dentro de mí, emergiendo más allá de mi conciencia, y enseñándome algo. ¿Qué? exactamente, no lo sabía. Pero su fuerza, su belleza, su armonía, me daban la confianza de que iba por el buen camino. En un momento, las imágenes, los sonidos, la música, confluyeron todos en una visión del fluir del Hongo en sus ciclos solares, lunares, y cómo de cada uno de ellos se forma el tejido de lo vivido en la comunión; cómo crece el honguito



al ritmo de cada uno de estos ciclos, dando expresión a ello cada uno en su forma particular.

Ver emerger imagen tras imagen enlazándose entre sí por su belleza propia, configurándose en una visión fluyente que hablaba sobre el hongo, emergiendo todo ello espontáneamente desde el interior de mi espíritu hacia su superficie; evocaciones provocadas al ritmo de la música, todo esto transportaba mi espíritu a un estado de alegría tal que me confirmaba una vez más que éste era el camino correcto.

Hasta este momento había estado siguiéndole la pista a la belleza de lo impecable. Lo impecable de una sonrisa, de una canción, de una voz, de una mirada, de un paisaje, de una palabra, de una lágrima, de una amistad, de una relación, en pocas palabras, del respeto. Lo impecable del respeto. El respeto por la alegría, por lo sublime, por lo humano, por la vida; finalmente, el respeto por lo sagrado.

Antes de los honguitos era poco lo que **veía**. Mas, sin embargo, era suficiente como para mantenerme ahí; pero no precisamente estable. Cuando luego de un declive me encontré con ellos, **vi** que había más belleza en el mundo de lo que suponía; y también **vi** que lo que suponía me proporcionaba tan sólo una pálida y escueta imagen de la realidad, de la cual yo hacía parte. Una vez vi esto, no me desprendí de ellos.

Experiencia tras experiencia mi espíritu fue quedando marcado por la belleza de cada una, de cada paisaje, de cada canción, de cada sentimiento. Belleza que se fue expandiendo cuando empecé a preparar ceremonias con los honguitos, buscando un ritual que sirviera de medio para dar cuenta del respeto, del significado y de la intención con la que iba a ellos cuando los buscaba. Y la primera guía que encontré fue la de María Sabina, con sus veladas.

Comencé entonces a preparar veladas con los honguitos. Incienso, música y una pregunta era lo que en aquél entonces preparaba. Era el primer paso para encaminar la búsqueda con otra conciencia, con una intención más clara y determinada que aquella vaga y oscura con la que había trasegado los años de mi formación filosófica; pues había encontrado algo que me mostraba otras caras de la “realidad”, del mundo, de la vida, de mí, impregnadas de ese **algo** al que por tanto tiempo me había aferrado. **Eso**, a través de lo cual veía que todo lo demás no era tan importante; las pequeñas preocupaciones; los temores infundados, adquiridos y transmitidos por la educación, unos de origen familiar, otros cultural; las restricciones sociales; la imposición arbitraria de rígidas cadenas al pensamiento en el mundo académico; y la imaginación ofuscada por palabras y más palabras; entre otras cosas.

Todo ello exigía un cambio. Y no cualquier. Pero todo aquello que no era tan importante había hundido profundamente sus raíces en mi ser. Sentía que, por momentos, alcanzaba algunos cambios, mas la rutina, el hábito, había forjado nudos nada fáciles de romper.

No obstante, en cada velada se había entretejido con la música<sup>66</sup> un “conocimiento silencioso” que iba tomando fuerza, pero, en especial, desde la primera vez que había aumentado la cantidad de hongos. Ésta experiencia sobrepasó todo lo que hasta entonces había vivido con ellos, abriéndome la percepción hasta llegar al punto en que comenzaron a emerger las imágenes que finalmente se convirtieron en la visión de la que hablé hace un momento.

Algo se despertó. Mas este algo, este fluir espontáneo del espíritu, se daba lugar, especialmente, cuando acudía al llamado de la música con la que había acompañado las veladas. Pero algo más se abrió en mí. Lo que en algún momento escuché como voces inconexas en un trasfondo musical en el que no hallaba ninguna armonía, pasó, de un momento a otro, sin continuidad alguna, a ser la música más bella que había escuchado; belleza infinita, inefable; belleza que sólo podría haberse gestado en el mundo de los honguitos.

Ésta música era la de Luis Paniagua. Aunque tanto ésta como la de DEAD CAN DANCE, evocan aún la belleza con la que quedaron impregnadas. En aquél momento, a finales del 2008, cuando la escuchaba **veía** algo por venir, sin certeza alguna de lo que pudiera ser. Pero esto no me preocupaba. Con los ‘niños’ había comenzado a aprender a calmar la manía de estar encima de las cosas, presionándolas a darme lo que yo pretendía sacar de ellas, encontrándome en la mayoría de los casos con resultados infructuosos, decepcionantes, para terminar finalmente frustrado. Un hábito nada fácil de deshacer. En especial, cuando la

---

<sup>66</sup> La agrupación australiana Dead Can Dance

formación académica nos lo inculca sutilmente, al enseñarnos a hallar la razón de las cosas a partir del mismo conocimiento impartido en la academia. Lo cual lleva el riesgo implícito de caer en un monólogo; el monólogo académico. Un monólogo lleno de mil voces, de mil aristas que abren un universo infinito de razonamiento, en el que inevitablemente la propia voz termina ahogándose, logrando expresar algo sólo cuando se alcanza a cogerle la pista a uno o más razonamientos, expresando unas cuantas palabras extraídas de los mismos.

Deshacer este hábito exige paciencia y el conocimiento de que ello no lo es todo; de que hay **algo** más; de que hay otras voces más simples y menos caóticas; en resumidas cuentas, de que el mundo no es lo que creemos que es.

Éste era sólo uno más entre los muchos hábitos que había ido forjando a lo largo de mi vida. Ahora que había comenzado a ver, a sentir, a vivir otras cosas que para mí representaban una luz en el camino – no del tipo de aquellas claras intuiciones fugaces con las que uno logra vislumbrar pequeños destellos de realidad y que bañan de una breve claridad determinados momentos – sino una luz que llena nuestro ser de confianza inefable; sencillamente se sabe y se siente que hay que seguirla. Ahora que la había **visto** y que había empezado a vivir algunos de aquellos estados de mi espíritu que había visto al escuchar aquella música, no quedaba más que enfrentar este rígido tejido de hábitos, consolidado año tras año, segundo tras segundo, día tras día, para tener la claridad suficiente y necesaria para saber cuál era mi camino y recorrerlo con seguridad.

Los 'niños' serían quienes me llevarían hasta México para este enfrentamiento. Pero antes requería de un saneamiento en mi relación afectiva. Ellos me habían ido mostrando la belleza de la vida, su alegría, en cada pequeño detalle, desde el más sutil hasta conformar todos juntos una unión, un mundo, **otro mundo**, el del misterio de lo divino. Me fueron mostrando lo sagrado de la vida en sus dimensiones más profundas, o mejor dicho, hasta donde mi constitución anímica me lo ha permitido. Comprendí lo sagrado desenvuelto en el fluir de los años de una relación, así como lo sagrado del ser femenino.

En éstos ámbitos había cometido una falta; la ocultaba y pretendía haberla olvidado, escondiéndola con pensamientos simplistas. En varias ocasiones en que había preparado veladas con los 'niños', esto, tarde que temprano, empezaba a salir a flote con la carga y el aspecto de lo que era: un irrespeto, un acto deshonesto, no más que opaco, marcado por el reflejo de su origen: el ego.

Al principio no le hice caso; luego el yagé me lo mostró de nuevo; pero seguía sin reunir las agallas para sacarlo y decirlo de frente. Lo dejaba seguir, incapaz de enfrentar todo el **sentido** palpitante en él. Fue tomando fuerza y más fuerza hasta convertirse en un temor de grandes proporciones. De un acto imprecavido, pasando a convertirse en un secreto encubierto bajo la complicidad de pequeños temores egoístas (el cuidado de la imagen de sí), hasta llegar a transformarse en un temor que desbordaba la sanidad de mi conciencia.

Precisamente, cosa tal sólo podría expulsarse, enfrentarse, llegando a los lindes mismos de la cordura. La energía que me llevara hasta estos límites, no podría provenir en aquellos momentos de mi propio ser. Era el Hongo el que me lo había mostrado; si quería continuar por este camino, no podía seguir haciéndome el de la vista gorda; así que Él salió a mi encuentro para hacerme saber que esto no era un juego.

Había algo especial en ese hongo desde el momento en que lo recogí. Su vitalidad y su estado de crecimiento fue lo que me llamó a llevarlo sólo a él. No era cualquier hongo. En la velada veía su rostro. Al verlo comprendí la seriedad del asunto. Era solamente Él, porque tenía que ser compartido; compartido con mi compañera. Era un asunto de dos. Su energía se hizo notar durante un periodo de tiempo en el que ambos, ella y yo, **vimos** y sentimos todo un mundo. Hasta que llegó el momento de enfrentar lo que había estado ocultando. Tuve que hacerlo porque no había de otra. Todo mi ser estaba impregnado del carácter de la falta. Busqué salidas, escapatorias; le preguntaba insistentemente por qué tenía que hacerlo. Pero las proporciones que había alcanzado eran tales que mi conciencia, en ese momento, vislumbraba los lindes de la sanidad. Costara lo que costara debía decirlo. Y así lo hice. Mas para sorpresa mía, ella comprendió.

*El Hongo que muestra las verdaderas dimensiones del amor, brinda la posibilidad de comprender las cosas en su esencia.*

*El Hongo, y de por sí toda planta sagrada, exigen honestidad. La honestidad consigo mismo, con los demás y con la vida, brinda la capacidad de ver, de ver con claridad. De allí el ser fluye hacia un saber. El saber intrínseco a la vida.*

*El camino del espíritu ha de ser un camino impecable. Una vez que algo ha sido mostrado con claridad y llega a ser parte consciente de uno, hay un compromiso con ello que no puede ser eludido si se ha asumido a la honestidad como nuestra guía.*

Esta experiencia constituyó sólo un paso en este camino. Pues todavía no tenía idea de todos los obstáculos que hay que vencer para que la honestidad entre plenamente en nuestro ser. Comprendía el respeto; comprendía la importancia de la honestidad, pero no lograba integrar esto, ni tampoco mucho de lo que los 'niños' me habían ido mostrando, a mi vida. ¿De qué servía tener conciencia de todo ello si no lograba hacerlo parte de mí? Tenía un ser establecido que no había sido capaz de remover. Sentía que los 'niños' me estaban enseñando algo; pero, en términos generales, mi vida continuaba igual.

Para este momento el viaje a México llenaba mi espíritu de expectativa. En la última velada que tuve con los 'niños' antes de viajar a México, había comenzado a vivir lo que en la música había visto por venir. Lo sentía, mas aún no lo **veía**. De cualquier forma supe que algo había comenzado.

Emprendí el viaje a México sin saber con plena conciencia a qué iba. La expectativa que había ido alimentando desde el momento en que este viaje empezó a tomar forma, era pretenciosa y apresurada. No correspondía con lo que realmente necesitaba. Era una expectativa que se había nutrido de la imagen que tenía de mí; de lo que yo creía que era. Una expectativa inadecuada para el momento. Palabras más palabras menos, una falsa expectativa. La importancia personal me había llenado con ínfulas de grandeza.

Hay hábitos anclados en el fondo de nuestro ser, con una dificultad mayor de lo que podemos imaginar que impide traerlos a la superficie, cuya fuerza proviene precisamente de lo que nos dan: control. Aquél que nos brinda una posibilidad de aprehensión, de comprensión, de entendimiento, de luz, de seguridad. Un hábito que nos proporciona **una** forma de ver. Pero no más que eso: *una posibilidad*.

Con los 'niños' había empezado a escuchar al Espíritu. Intentaba seguirlo, pero no era capaz de entregarme del todo. Seguirlo requería diluir mi hábito más sólido. Para ello aún no estaba preparado. Así que intenté encajar lo que había alcanzado a percibir del Espíritu dentro de éste hábito. El resultado: una cierta desazón que me provocaba todo lo contrario: la incapacidad de **ver**.

Así viajé de norte a sur y de sur a norte, pasando por tierras mazatecas; las para mí legendarias montañas de la Sierra Madre Oriental, lugar de habitación de María Sabina y de los 'niños santos', sin encontrar lo que buscaba. Así no supiera qué



era lo que buscaba. Sin embargo, el contacto con un par de italianos en Huautla de Jiménez, me llevaría hasta territorio sagrado maya: Palenque.

***“Sólo haciendo silencio se puede escuchar”***

Es como dice la canción de Luis Paniagua *Lo que pasa, pasa*. Mi interior estaba lleno de voces. Las voces de los amigos, de los libros, de la educación; las voces del hábito. Mi ser estaba encerrado en el círculo vicioso de estas voces. Y todo este tiempo los ‘niños’ me habían estado hablando a través de la música. A través de ella me mostraban lo que habría de vivir. Su voz era de afecto, de alegría, de confianza; esta voz le traía calma y serenidad a mi espíritu. La calma y serenidad suficiente para hacer silencio y poder escuchar. Esta voz me dio la confianza suficiente para acallar mi más sólido hábito y seguirla sin dudar, por mucho que las otras voces me dijeran lo contrario. Y eso fue lo que hice. Viajar a México para enfrentarme cara a cara con mi ser y dejar todo lo que no me servía; lo que me impedía avanzar; lo que me nublaba la vista; lo que me ataba.

Esta voz fue la que encontré en Palenque y la que me guió y enseñó el camino para deshacerme de las voces del hábito; para empezar a derrumbar las estructuras de mi vida, las cadenas imaginarias que ataban mi ser.

A partir de allí comenzó a desplegarse una energía interior que no había conocido, que no sabía que existía. Y su despliegue tuvo lugar en un par de veladas que realicé al poco tiempo de volver de México, en las cuales empecé a comprender las dimensiones de la sanación. Pero esto fue sólo el comienzo. De este modo,

comprendí que para aprender hay que sanar y que en el proceso de sanación vamos aprendiendo del saber de los 'niños'. Las dimensiones de la sanación corresponden a un mundo impecable; si queremos participar de ello, así ha de ser nuestra vida, como lo fue la de María Sabina.